

NORBERT ELIAS

LA SOCIEDAD CORTESANA



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO

VII. DEVENIR Y CAMBIO DE LA SOCIEDAD CORTESANA FRANCESA, COMO FUNCIONES DE LOS GLOBALES DESPLAZAMIENTOS SOCIALES DE PODER

1. Toda forma de poder es expresión de una lucha social que consolida la distribución de poder correspondiente a su punto de partida. El momento de su consolidación y el estado de desarrollo social en la formación del régimen son determinantes de su forma específica y de su ulterior destino. Así resulta que, por ejemplo, el absolutismo prusiano que se solidificó mucho después y realizó la definitiva subordinación de la nobleza feudal en su sistema de dominio bastante más tarde que el francés, pudo, en tales consolidación y subordinación, crear un sistema institucional para el cual, al tiempo de la aparición del régimen absolutista francés, no sólo en Francia misma, sino en todo Occidente, faltaban aún las premisas.

A ambos sistemas absolutistas de poder precedieron luchas entre los reyes y la nobleza feudal. En ambos, ésta perdió su relativa independencia política; sin embargo, lo que los reyes franceses del siglo XVII pudieron y quisieron comprender con el poder que acababan de adquirir y debían asegurar, era algo distinto de lo que los reyes prusianos del XVIII podrían o desearían hacer con tal poder. Aquí es patente un fenómeno observable con mucha frecuencia en la historia: es manifiesto que, en cierto aspecto, un país de desarrollo tardío asume y perfecciona formas más maduras para hacerse dueño de los problemas institucionales, que las utilizadas por sus predecesores. Mucho de lo que Federico II pudo desarrollar en su país, por ejemplo, el tipo de burocracia y administración que introdujo, tiene sólo en Francia su parangón en la Revolución francesa, que posteriormente Napoleón mantuvo. Tales instituciones por su parte, eran capaces de resolver en Francia problemas que Prusia y después Alemania apenas han resuelto mucho más tarde. Para el destino y la "fisonomía" de los pueblos es de suprema importancia la época —y asimismo la manera— en que se plantearon y fueron resueltos los problemas sociales, comunes a todos los grandes países de Occidente. Los reyes no estaban de ningún mo-

do fuera de este destino evolutivo que imponía los problemas y las tareas, que impulsaba los talentos de su naturaleza en uno u otro sentido, que los hacía a veces ahogarse en los deberes de su sino y, a veces, mediante éstos, los conducía al desarrollo. También ellos, como en general cualquier individuo, estaban sometidos a aquellas coacciones que se originan en el fenómeno de las imbricaciones humanas. Incluso su poder ilimitado era expresión y consecuencia de éstas.

2. Es cierto que resulta muy tentador considerarlos como hombres fuera del destino e imbricación sociales, por cuanto no parecen pertenecer directamente a una de las capas sociales de sus pueblos. Por lo menos, se tiene la tendencia a entender los motivos y la dirección de su conducta, exclusivamente a partir, por ejemplo, de su carácter. No cabe la menor duda de que en épocas anteriores, su situación dentro del campo social, su oportunidad para imponer sus cualidades personales, en pocas palabras, el tipo de su imbricación en el conjunto social, eran con bastante frecuencia, peculiares. Pero, sin embargo, también ellos estaban de una manera particular imbricados en el entramado social. Aun un rey o toda una serie de reyes se insertaban respectivamente en una tradición social totalmente determinada. Fueran grandes o pequeños, el modo de su conducta y el tipo de sus motivaciones y objetivos estaban, en cada caso, formados por un específico curso social; por sus relaciones con ciertas generaciones y capas sociales. Allí, algunos de ellos, por ejemplo Napoleón I o Federico II de Prusia, como ejecutores de una revolución social o una transformación del Estado y, en consecuencia, como soberanos en tiempos de ruptura de la tradición, tienen un tipo de motivaciones y un modo de conducta polifacéticos, en tanto que los de otros pueden considerarse más bien unívocos. A los soberanos de un tipo claramente definible, pertenecen los reyes franceses del *ancien régime*; éstos eran por el tipo de su conducta, de sus motivaciones y *ethos*, aristócratas cortesanos, representantes de una capa social que debe ser calificada de un modo negativo y neutro, de capa sin ingresos por trabajo, esto es, una capa ociosa, precisamente porque el lenguaje burgués de nuestro tiempo ha estigmatizado los correspondientes rasgos positivos de la misma.

El hecho de que el rey francés se sintiera como un noble, como

*le premier gentilhomme*¹, y lo pregonase, el hecho de que haya sido educado en la urbanidad y mentalidad aristocráticas y, en ellas, haya formado su obrar y pensamiento, es un fenómeno que no puede entenderse del todo si no se investiga los orígenes y evolución de la monarquía francesa desde la Edad Antigua, pasando por la Edad Media. En este contexto no podemos hacer tal estudio. Lo importante aquí es captar que en ese país, precisamente porque una rica y sólida tradición cultural aristocrática continuó expandiéndose sin ninguna ruptura propiamente dicha —a diferencia de lo sucedido en numerosas regiones alemanas—, a lo largo de toda la Edad Media y hasta la Edad Moderna, el rey, como miembro de esta tradición, necesitaba la sociabilidad, el trato con los que gozaban de igual mentalidad, y estaba ligado a ella más fuertemente que los reyes de países donde entre la Edad Media y la Moderna hay un profundo corte o donde la cultura aristocrática se conformaba de una manera menos rica y peculiar.

3. Pero no es menos importante una segunda circunstancia que depende de lo anterior y que fácilmente se pasa por alto. Es cierto que los reyes franceses, a lo largo de siglos, hasta Enrique IV y propiamente hasta Luis XIV, estuvieron involucrados en una lucha todavía no decidida, no con la nobleza en cuanto tal, pues facciones de la misma habían combatido siempre a su lado, pero sí, al menos, con la alta aristocracia y sus seguidores. La forma toda de la cultura aristocrática se modificaba necesariamente, tanto más cuanto el rey se sentía, por sus victorias, inclinado a estas luchas, y por cuanto esta cultura encontró, frente a la pasada multiplicidad, *un* lugar en París y su centro determinante en *un* organismo social, la *corte real*. Pero los reyes que de este modo contribuyeran a esta modificación de la cultura aristocrática, fueron, durante el transcurso de la misma, asimismo muy afectados. Nunca estuvieron fuera de la nobleza, como, más tarde, la burguesía. De ésta puede decirse con cierta razón que se liberó paulatinamente del ideal de la cultura aristocrática, que, al final, ya no entendía la conducta de la nobleza y que rebasó, como representante de una conducta propia, ya no aristocrática, desde fuera a la nobleza. Pero lo que sucedía con la erección de la monarquía absoluta, con la do-

¹ Lemonnier, *La France sous Charles VIII, Louis XII et François I^{er}* (Francia bajo Carlos VIII, Luis XII y Francisco I), Hachette, París, 1903, p. 244.

mesticación de la alta y pequeña nobleza por parte de los reyes de Francia, los siglos XVI y XVII, no era, en cierto sentido, más que un paulatino desplazamiento del punto de gravedad dentro de una idéntica capa social.

A partir de la nobleza, dispersa por todo el país, se desarrolló, como centro y poder decisivos, la nobleza cortesana centrada en torno del rey. Y así como el grueso de los nobles se transformaba de caballeros en señores y grandes señores cortesanos, los reyes sufrían un cambio en el mismo sentido. Francisco I era todavía un rey caballero, *le roi chevalier*². Amaba los torneos y la caza; la guerra le parecía un espléndido juego caballeresco donde él, como valiente caballero, comprometía su vida, dado que esto formaba parte de las convenciones de la nobleza caballerisca y de su honor, y él se sentía asimismo, como rey, obligado por esta ley de conducta caballerisca, como cualquier otro caballero.

No sucedía otra cosa con Enrique IV, quien, como jefe de los hugonotes y gran vasallo de los reyes de Francia, tras recibir la noticia de que el enemigo se aprestaba para la guerra, pidió resolver el asunto personalmente por las armas con su contrincante el duque de Guise³: "La desigualdad del rango no debe impedírmelo". Uno contra uno, dos contra dos, diez contra diez, veinte contra veinte querían pelear con las armas usuales para resolver un asunto de honor entre caballeros. Así lo decía él. Después de haber llegado al poder, encarnó en sí, en cierto modo, la transición del tipo caballeresco tardío de los reyes al tipo diferente de cortesano-aristócrata, que, en Luis XIV, tuvo más tarde su más acabada representación. Este tipo ya no encabezaba, como Enrique IV, a los nobles para librar batallas en caballero, sino, cada vez más, enviaba a la guerra generales con tropas mercenarias y, aunque a veces se expusiera a las balas, ya apenas estaba acostumbrado al esfuerzo corporal y a la actividad personal en las batallas. Bajo Luis XIV, los torneos también habían perdido por completo su carácter de lucha personal de hombre contra hombre y se habían convertido en una especie de juego cortesano. Y si se busca un ejemplo del grado en que el rey mismo, por su conducta, se había trocado en cortesano, en aristócrata cortesano, y de cómo, sin embargo, dentro de la sociedad cortesana, su persona tenía una especial impor-

² Sobre esto y lo siguiente, véase Lemonnier, op. cit., p. 188.

³ Véase Ranke, *Französische Geschichte* (Historia Francesa), Leipzig 1876-77, 4.ª ed. t. I, libro 6, cap. 1.

tancia que, en cierto modo, lo distanciaba permanentemente de los demás, puede contemplarse el cuadro de un juego caballeresco que tuvo lugar, bajo Luis XIV, en 1662⁴:

"Había cinco cuadrillas, cada una de las cuales tenía un color distinto y representaba una nación —romanos, persas, turcos, moros, rusos—; a la cabeza de cada una, se encontraba a los romanos; su lema era el sol que dispersa las nubes. El primero de los caballeros, rusos—; a la cabeza de cada una se encontraba un jefe de altísimo rango. El rey dirigía la primera cuadrilla, que presentaba a los romanos; su lema era el sol que dispersa las nubes. El primero de los caballeros de su séquito portaba un espejo para reflejar los rayos del sol; otro, una rama de laurel, pues este árbol era sagrado para el sol; el tercero, un águila que dirigía su mirada en dirección al sol..."

"Si no fuera un juego —dice Ranke— rozaría con la idolatría. Todos los símbolos de la primera cuadrilla tienen el mismo sentido; los de las demás lo insinúan. Se diría que todos renuncian a ser algo por sí mismos; *son algo por cuanto se relacionan con el rey.*"

Este juego caballeresco es un símbolo. Cuando se lo considera no únicamente en sí mismo, sino, por así decirlo, desde la perspectiva de la evolución del equilibrio del poder y se compara el comportamiento de Luis XIV con el de Enrique IV ofreciéndose para batirse personalmente en duelo, resulta patente lo que significa que Enrique IV fuese, en cierto modo, el último rey-caballero, en tanto que Luis XIV fue ya un rey cortesano-aristócrata. Ambos pertenecieron incluso como reyes, por toda su cultura, formas de comportamiento y motivaciones, a la sociedad nobiliaria. Esta sociedad y su sociabilidad formaban parte de su existencia, como un elemento obvio que no puede ser pasado por alto. Pero el peso que, dentro de su sociedad, ambos reyes tenían, fue en cada caso, diferente. La posición de poder del rey Enrique IV respecto de la nobleza, bien que mayor que la de cualquiera de los reyes anteriores, no fue, sin embargo, tan grande como la de Luis XIV. Enrique IV no estaba todavía tan encumbrado como éste, y, por consiguiente, no estaba todavía hasta tal punto distanciado de la nobleza.

⁴ Véase Pelisson, *Histoire de Louis XIV*, I, 26, cit. en Ranke, op. cit., t. III, libro 12, cap. 3, p. 204.

4. Luis XIV, aunque viviendo en medio de la sociedad cortesana, se había convertido en cierto modo también en su centro singular, como no lo había logrado ninguno de sus predecesores. El equilibrio de fuerzas vigentes entre el rey y la sociedad nobiliaria a la que pertenecía se había desplazado por completo. Entre él y el resto de la nobleza se estableció entonces una distancia forzosa. Pero, pese a todo, ésta era una distancia dentro de una idéntica capa social. Lo que de modo paradigmático se manifiesta en este juego caballeresco, es válido respecto de la posición de Luis XIV dentro de la nobleza cortesana, y respecto de su conducta frente a esta nobleza en cuanto tal: tal nobleza constituyó su sociedad; pertenecía a ella y la necesitaba como sociedad. Pero, al mismo tiempo, se distanciaba de ella, por cuanto su posición de poder se erguía sobre todos los otros nobles.

En la conducta de Luis XIV frente a la nobleza cortesana están implicadas y siempre actuantes dos tendencias que determinan la posición de la nobleza en este sistema de poder y, consolidadas en las instituciones, naciendo siempre de nuevo de un modo forzoso a partir de éstas, siguen siendo características aun para sus sucesores, hasta el final del régimen: en primer lugar, la tendencia a establecer y asegurar frente a todas las reivindicaciones de poder de la alta y pequeña noblezas, el ilimitado poder personal del rey a través de instituciones de todo tipo; en segundo lugar, existe la tendencia a mantener a la aristocracia como un estamento dependiente al servicio del rey, aunque claramente distinguida de las demás capas, con su mentalidad específica y, en cierto modo, como la única sociedad apropiada y necesaria para el rey.

Esta actitud ambivalente del rey frente a la nobleza, que continuó teniendo desde entonces una importancia decisiva para la forma de la aristocracia, no era manifestación de un capricho personal de un soberano concreto, sino que la obligaba la situación que poco a poco fue creándose en el decurso del siglo XVI por la específica configuración de desarrollo que despojó a la nobleza, juntamente con una gran parte de sus oportunidades económicas, de la base de su posición y de sus distanciamientos sociales, en tanto que ofrecía a los reyes a partir de su carrera y función, nuevas y poderosas oportunidades. Por origen y mentalidad, los reyes estaban vinculados con la nobleza; por la evolución social de Francia, éstos alcanzaban cada vez más, desde la posición de un *primus inter pares*, una posición de poder que aventajaba con mucho las posicio-

nes de todos los demás nobles de su reino. La solución de los conflictos resultantes de estas simultáneas pertenencia y distancia, constituyó la corte.

5. Desde hacía mucho tiempo, se libraba en Francia una lucha entre la nobleza y la monarquía. Sus causas hasta el siglo XVII pueden permanecer abiertas en este contexto. Pero, en todo caso y finalmente, esta lucha se decidió, el siglo XVII, a favor de la monarquía, en virtud de circunstancias que estaban ampliamente fuera de la habilidad y voluntad personales de los reyes franceses concretos y de su ámbito de poder. El hecho de que el poder real, tras las guerras de religión, tocara en suerte precisamente a Enrique IV pudo haber dependido de su talento personal y de una constelación de circunstancias relativamente fortuita. Pero el hecho de que la posición de poder de los reyes frente a la nobleza hubiera cambiado entonces, de modo definitivo y extraordinario, en su favor y siguiese, a ojos vistas, ampliándose en esta dirección, fue esencialmente la consecuencia de cambios sociales que estaban fuera del ámbito de poder de los reyes o de cualquier otro hombre concreto e incluso de grupos de hombres; fueron éstos los que pusieron en manos de los reyes importantes oportunidades —que, desde luego, en casos aislados, podían o no utilizar según sus talentos—, en tanto que conmovieron la base de la vida aristocrática.

6. Las revoluciones en el sistema social de Occidente realizadas en el curso del siglo XVI fueron, con toda seguridad, apenas menos importantes que los cambios que al final del siglo XVIII se manifestaron por primera vez a plena luz. Es cierto que la afluencia de metales nobles procedentes de las tierras de Ultramar y el correspondiente aumento de moneda circulante que, por supuesto, influyó en todos los países de Occidente, más tarde o más temprano, pero en todo caso de modo bastante diverso, no constituyeron la única causa de los cambios del siglo XVI, pero, desde luego, puede afirmarse: la afluencia de metales nobles actuó como catalizador. La lluvia de oro y plata hizo germinar muchas semillas que en el desarrollo de las sociedades occidentales estaban ya presentes y que, sin esta lluvia, hubieran crecido con mayor lentitud y quizá en parte se hubiesen malogrado. Por otra parte, apenas se hubiese llegado a esta afluencia de metales nobles, si el desarrollo de las sociedades europeas no hubiera alcanzado ya un grado tal que nece-

sitaba y podía utilizar tales metales. En el caso de Francia, se ha aclarado ampliamente las relaciones entre el aumento de los medios monetarios y la dirección que tomó el cambio social de esa época⁵.

El primer efecto del aumento del dinero circulante fue una extraordinaria devaluación del mismo. El poder adquisitivo del dinero se hundió, según una estimación contemporánea⁶, en proporción de 4 a 1 y, en consecuencia, subieron los precios. Se incrementó el capital móvil. Aunque los bienes raíces siguieron siendo la base sólida de toda fortuna, se generalizó de modo creciente la costumbre de guardar en casa una considerable cantidad de dinero en metálico. Sin embargo, tal devaluación del dinero tuvo efectos muy diferentes para las diversas capas del pueblo. No se puede presentar estas relaciones de modo más conciso y claro que con el siguiente párrafo⁷: aproximadamente a partir de 1540,

"la livre tournois ne cessa pas de descendre et le prix des choses d'augmenter insensiblement. De ce phénomène on peut déjà signaler quelques conséquences sous le règne de François Premier: hausse des fermages et de la valeur vénale du sol; au contraire affaiblissement des revenus fixes, tels que les censives (...) les résultats ne furent facheux ni pour les agriculteurs, ni pour les industriels ou les commerçants, qui pouvaient monter leurs prix proportionnellement. Ils le furent en haut et en bas, pour les *seigneurs fonciers* et pour les ouvriers. (...) Les seigneurs et les nobles cherchèrent les fonctions de cour ou du gouvernement; les bourgeois, les charges administratives ou les offices. Les uns se pressèrent autour du Roi, les autres se repandirent dans les emplois. Para là, se précipita le mouvement qui entraînait tout vers un régime d'absolutisme, de centralisation, d'aristocratie, de fonctionnarisme"

⁵ Véase sobre esto y lo que sigue especialmente H. Sée, *Französische Wirtschaftsgeschichte* (Historia económica francesa), t. I, Jena, 1930, p. 118 y s., y Lemonnier, op. cit., p. 266, donde se encuentran precisos datos bibliográficos.

⁶ Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, Hachette, París, 1905, p. 2.

⁷ Lemonnier, op. cit., p. 269.

* "la libra tornesa no cesó de bajar, y el precio de los artículos, de aumentar insensiblemente. Debido a este fenómeno, ya bajo el reinado de Francisco I se pueden señalar algunas consecuencias: elevación de los arrendamientos y del valor de venta del suelo; por el contrario, una debilitación de las rentas fijas tales como las del censo. (...) Los resultados no fueron demasiado gravosos ni para los agricultores ni para los industriales o comerciantes, quienes podían elevar sus precios de manera proporcional; lo fueron, en mayor medida, para los *seigneurs fonciers* y para los trabajadores. (...) Señores y nobles buscaron las funciones de corte o de gobierno; los burgueses, los empleos administrati-

Aparte la importancia de estos procesos para las demás capas, la devaluación del dinero significaba en este contexto, desde luego, una profunda sacudida, si es que no la destrucción de la base económica de gran parte de la nobleza francesa, la cual recibía de sus bienes raíces rentas fijas. Puesto que los precios subían incesantemente, ya no le bastaba en mayor o menor grado, lo que percibía de ingresos según los contratos. La mayor parte de la nobleza estaba, al finalizar las guerras de religión, llena de deudas. Los acreedores se incautaban en muchos casos de sus bienes raíces. La mayor parte de la propiedad rural cambió de propietario en esa época, y, al menos una parte de la nobleza, desposeída así de sus propiedades rústicas, llegó a la corte para crearse allí una nueva existencia. Es patente aquí cómo el destino social reducía las oportunidades de toda una capa social y, por consiguiente, su posición de poder, su prestigio social y su distancia respecto de las demás capas.

7. Si uno quiere contar directamente al rey entre la nobleza, puede decir que aquél, en virtud de su función, fue el único noble de ese país cuya base económica, posición de poder y distancia social no se vieron limitadas por estos procesos, sino, por el contrario, mejoradas.

Originalmente, los ingresos de sus propiedades rurales constituían la principal fuente de entradas tanto para el rey, como para todos los nobles. Esto había cambiado hacía mucho tiempo. Para los ingresos del rey, los tributos y similares percepciones que éste sacaba en cierto modo de los haberes monetarios de sus súbditos, habían adquirido una importancia cada vez mayor. Así, de ser un rey que poseía terrenos y los concedía, se convirtió en un rey que poseía dinero y lo otorgaba.

Los reyes-caballeros tardíos del siglo XVI representan tipos intermedios. Por el contrario, la monarquía cortesana de los siglos XVII y XVIII, considerada desde un punto de vista económico, está basada en ingresos monetarios. Y mientras que, por tanto, la nobleza de finales del XVI y principios del XVII, vive fundamentalmente de sus bienes raíces y apenas participa en los movimientos

vos o los desempeños civiles. Los unos se estrecharon fuertemente alrededor del Rey, los otros se distribuyeron en los empleos. De ahí nació la presteza en el movimiento que todo lo arrastró hacia un régimen de absolutismo, de centralización, de aristocracia, de funcionariado".

comerciales de su época, empobrecida a consecuencia de la devaluación del dinero, las entradas del rey pueden fluir más abundantemente a través de muchos canales, por concepto de tributos o venta de cargos, no sólo para compensar la devaluación del dinero; se multiplican, en efecto, según la riqueza creciente de ciertas capas forzadas a pagar impuestos. Estos ingresos continuamente en aumento que aflúan a los reyes en virtud de su peculiar posición en la configuración global de la sociedad estatal, juntamente con las crecientes urbanización y comercialización de ésta, constituían una de las condiciones decisivas de un aumento relativo de poder. A través de las donaciones monetarias al servicio de su poder, tales capas se crearon un aparato de dominio. A este respecto, no hay que pasar por alto que tales ingresos no eran para el rey, a diferencia de los comerciantes y artesanos, propiamente una remuneración por el trabajo, porque estuviera involucrado en una actividad o profesión, sino que llegaban a los reyes de los ingresos por trabajo de las capas profesionales, en razón de la actividad que ejercían funcionarios pagados. Una de las funciones regias era dirigir a estos funcionarios, coordinar sus actividades y tomar decisiones en el escalón supremo de coordinación de la sociedad estatal. Vistas las cosas desde esta perspectiva, tiene sentido decir que los reyes eran los únicos miembros de la capa nobiliaria a los que este cambio de configuración ofrecía mayores oportunidades, pues podían en definitiva conservar su carácter señorial sin ejercer ninguna actividad profesional y multiplicando sus entradas en proporción a la riqueza creciente de su país.

Mientras el rey ascendía, se hundía el resto de la nobleza, es decir, cambiaba el punto de equilibrio mencionado anteriormente. Y la distancia que mantuvo luego Luis XIV entre sí y la aristocracia, configurando con gran cuidado la etiqueta, por ejemplo, había sido "creada" no únicamente por él de una manera personal, sino en virtud de todo el desarrollo social que brindó poderosas oportunidades a la función social regia, en tanto que redujo las oportunidades del resto de la nobleza.

No menos significativa para el destino de los nobles fue la transformación de la estrategia de la guerra realizada en el mismo período. El peso relativamente grande de la nobleza medieval en el equilibrio de tensiones entre ella y el señor central principesco radicaba no en último término en el alto grado de dependencia del señor central respecto de la aristocracia en todas las empresas béli-

cas. Cuando los terratenientes nobles que debían aún hacer frente a la mayor parte de los gastos de equipamiento militar, de los aprestos, caballos y armas propios y de sus seguidores, con el excedente de sus propiedades rurales o, en todo caso, con lo obtenido en las campañas bélicas de saqueo, no obedecían al llamado de su supremo señor para acudir al campo de batalla; cuando, como acontecía algunas veces, tras el tiempo prescrito tradicionalmente, abandonaban el ejército y regresaban a sus fincas, a sus villas y cortes, entonces sólo una expedición de castigo podía finalmente mantenerlos en la sumisión. Pero tal expedición o incluso la sola amenaza de la misma únicamente podía tener éxito si el señor central disponía de una tropa de guerreros bastante impresionante. Y a su vez, el disponer de tal tropa dependía de sí, y en qué grado, podía el señor central confiar en alguna parte de la nobleza guerrera.

En el decurso del siglo XVI se hicieron sentir numerosos cambios cada vez más en la estrategia de la guerra, que se habían venido preparando desde hacía largo tiempo y que asimismo se relacionaban en parte con el aumento de las operaciones monetarias. La siguiente cita indica algunas particularidades estructurales características de esa época de transición.

"Para los señores franceses del siglo XVI se mezclaban elementos de índole diversa. En casos de emergencia solamente, y aun entonces sin mucha utilidad militar ni mucha suerte, se llamaba a las armas por bando a la nobleza. El viejo señor feudal quedaba en realidad excluido. La nobleza capaz de llevar armas se alistaba más bien en la caballería pesada —compañías de ordenanza reunidas bajo la denominación de gendarmería—; los gendarmes mismos disponían los caballos y los aprestos valiosos. Los menos dotados se incluían en estas compañías como guardias a caballo. En el impetuoso ataque de la caballería, así como para prestar auxilio al individuo, los guerreros, muy honrados y perfectamente formados, eran insustituibles para los generales. Pero a este género de arma ya no le pertenecía el futuro. Acusadamente distinta de esta caballería pesada, muy inferior en rango, se desarrollaba la caballería ligera cada vez más basada en la estrategia de modernas armas de fuego... La conformación global del ejército se fundamentaba en la soldada."

En el equilibrio de tensiones entre el grueso de la nobleza guerrera y los señores centrales principescos, el peso se desplazaba

también en la esfera de la conducción de la guerra en favor de estos últimos. La creciente afluencia de medios monetarios les permite arrendar tropas para hacer la guerra. Jefes de tropas que al mismo tiempo son empresarios, aprestan ejércitos que reclutan entre las capas inferiores. En lugar de la entrega de la propiedad rural, del feudo —lo cual, en las primeras fases del desarrollo social, poco monetarizadas y comercializadas, constituía el precio por los servicios militares—, el pago en moneda se convirtió entonces de manera creciente en la forma dominante de pago. Los príncipes alquilaban mercenarios o soldados. En las palabras mismas resuena aún hoy el recuerdo de esa fase de desarrollo. Con ello, su dependencia de la nobleza feudal se hizo considerablemente menos fuerte y mayor su dependencia frente a las fuentes monetarias con sus vastas implicaciones. El desplazamiento del punto de gravitación en la estrategia bélica, de ejércitos reclutados entre las capas superiores a ejércitos cuya mayoría procedía de las capas inferiores, fue además favorecido por el desarrollo ulterior de las armas de fuego. Las más antiguas armas de tiro, como la ballesta, fueron tradicionalmente propias de las tropas campesinas y no de los nobles. En las batallas de los ejércitos de caballeros, tales tropas jugaron el papel de brigadas de auxilio, entre otras cosas porque la coraza de los caballeros y de los caballos limitaba la eficacia de los proyectiles. Con el desarrollo de las armas de fuego contra las cuales la coraza de hombres y animales no ofrecía ninguna protección, con la evolución de las armas de tiro, cambió también el punto de gravitación social en perjuicio de la antigua nobleza guerrera. El desarrollo global de Estados que posibilitó a los príncipes pasar a las guerras llevadas a cabo con ejércitos de soldados mercenarios favoreció el desarrollo de las armas de fuego para la infantería y fue propiciado por éstas.

Se podrá en el futuro relacionar tales cambios de configuración con la ayuda de investigaciones sistemáticas acerca de las interdependencias y alteraciones de equilibrio, en modelos más exactos y globales de los que en este marco nos es posible o necesario elaborar. Aquí basta con indicar que las crecientes oportunidades monetarias que ofrecía al señor central su posición social, en tanto que disminuían las de la nobleza rural de caballeros, así como la estima en aumento de la conducción de guerras basadas en ejércitos mercenarios con armas de fuego, mientras se depreciaba el tipo tradicional de la guerra caballeresca, reducían la dependencia del

señor central respecto de la nobleza, al tiempo que incrementaba la dependencia de ésta frente a aquél. El cambio del equilibrio de poder entre la nobleza y el rey no puede concebirse como si tal alteración se originase en una esfera aislada de la evolución de la sociedad. La ampliación del comercio no puede entenderse sin referirse a una creciente protección estatal de las rutas del comercio y un aseguramiento cada vez mayor por parte del Estado para los comerciantes, y éste tampoco sin referencia a tal ampliación. Sin tropas suficientes, los reyes no podían esperar un seguro ingreso por concepto de tributos y sin éste, no podían disponer de aquéllas.

8. Son múltiples los problemas de la transición de una distribución del peso del poder y un equilibrio dado de tensiones a otros. Dos indicaciones ulteriores pueden ayudar a completar el cuadro. La entrega de bienes raíces en una economía natural y la entrega de rentas en dinero en una economía monetaria, hechas por los reyes, fundamentaban, en cada caso, modos muy diversos de relación. La primera alejaba de un modo especial al vasallo del rey. En tanto las transacciones de crédito fueran lentas y rudimentarias, no era fácil mantenerse a la larga alejado de los propios bienes raíces. Hasta en medio de las campañas y batallas que llevaron al triunfo a Enrique IV, los nobles se apartaban pronto del ejército y volvían a su casa, cuando ya no había que esperar victoria o botín alguno⁸. Pero el dinero que el rey debía distribuir, posibilitaba y forzaba con frecuencia la permanencia cerca del rey. Si la propiedad rural por cuanto producía una renta en especie ejercía una presión más o menos fuerte para el sedentarismo, la propiedad rural como fuente de rentas monetarias ofrecía, en cambio, la posibilidad de alejarse de la finca rural. Más aún, rentas monetarias como las pensiones o regalos que provenían directamente del tesoro del rey y podían ser renovadas por un favor constante, o retiradas en caso de disgusto, influían mucho en la dirección de una estancia duradera cabe el rey e impulsaban a comprar incesantemente el favor de éste, mediante servicios personales directos siempre nuevos. Así pues, el tipo de dependencia a la que forzaba, por un lado, la donación de rentas en especie, y por otro, la entrega de honorarios, pensiones y regalos en dinero, era diferente. En efecto, fuera cual fuera su feudo, el noble era ciertamente un rey en pequeño;

⁸ Véase Ranke, op. cit., libro 6, cap. 2, p. 368.

una vez concedido y tomado el feudo en posesión, el vasallo se asentaba con bastante solidez. En todo caso no era del todo fácil que se le arrebatara; al menos no necesitaba para conservar duraderamente la concesión solicitar ininterrumpidamente el favor del rey.

Pero los regalos monetarios debía el rey sacarlos incesantemente del tesoro real. Las pensiones eran retiradas más rápida y fácilmente que los bienes raíces, las rentas en especie, que se percibían en el campo, lejos de la residencia del rey. En este aspecto, los hombres dependientes de las rentas en metálico que les proporcionaba el rey vivían con mayor inseguridad que aquellos que habían recibido en feudo una propiedad rural.

El favor de los reyes —manifestado en pensiones monetarias— entrañaba para los que de ellas dependían, un riesgo mayor; tal favor era causa de ascensos o descensos rápidos en la sociedad y, en consecuencia, creaba conductas y caracteres humanos más dóciles y diferenciados que los que fomentaba el favor expresado en rentas en especie. Así los agraciados con las primeras rentas dependían del rey de un modo más visible y actual que los favorecidos con las segundas.

El rey cortesano que regalaba dinero o rentas monetarias, directa y constantemente lisonjeado, era una persona con sus estados de ánimo, sentimientos y acciones peculiares, que tenía poder sobre un círculo de individuos más amplio que el de cualquier otro rey en una economía natural. Su dinero congregaba a los hombres a su alrededor.

Es significativo comparar así al rey que regalaba tierras con el rey que daba dinero, pues este tipo de rey procedía directa y paulatinamente del otro y prolongaba la conducta de éste. En otras palabras, no se puede entender la actitud de los reyes cortesanos de Francia que otorgaban oportunidades de dinero, frente a la nobleza, si no se da uno cuenta de que tal actitud se deriva de la conducta tradicional del supremo señor feudal frente a sus vasallos. Los vínculos antiguos del rey con la aristocracia, que se manifestaban, por ejemplo, cuando el rey se llamaba el *premier gentilhomme* y la nobleza se sentía la *vraie force active, le corps vivant du pays*⁹, el tradicional deber del rey de mantener a la aristocracia y de ésta de servir al rey no habían desaparecido. Cuando se consi-

dera la economía de pensiones del *ancien régime*, no debe pasar inadvertido que en esta economía, la antigua relación feudal está presente, transformada según la pauta cortesana y superada. Forma parte de los elementos constitutivos de esta conducta recíproca de los reyes y la aristocracia cortesanos el hecho de que se deriven de la antigua interdependencia feudal de los reyes y vasallos caballeros y sus séquitos.

Pero el *ethos* de la obligación feudal estaba basado originalmente en una dependencia equilibrada y recíproca de las partes; dondequiera que esta dependencia era escasa, por ejemplo, en el caso de los grandes vasallos, el *ethos*, la obligación se rompía fácilmente. Los vasallos necesitaban al señor feudal príncipesco como capitán coordinador, como propietario o distribuidor de la tierra conquistada, y éste a los vasallos y seguidores como combatientes y subjeses, como soldados en sus batallas y querellas, para defender o ampliar sus propiedades. Aparte el hecho de que los compañeros de sus cacerías y torneos, los camaradas de sus regocijos juveniles y los guerreros con los que libraba sus batallas procedían de la nobleza, el rey necesitaba además al resto de la aristocracia, porque en principio sólo de entre ésta podía nombrar sus consejeros, aun cuando fuesen eclesiásticos. Del grupo de sus guerreros provenían primero los que, de una manera más o menos independiente, administraban el país en lugar del rey, levantaban tributos e impartían justicia. Siendo tan amplia la dependencia del rey respecto de la nobleza, estando tan imbricados los intereses de ésta con los de aquél, la distancia entre reyes y aristócratas no podía todavía adquirir las dimensiones que tuvo después.

En el transcurso del tiempo, los señores centrales de uno u otro rango se destacaron cada vez más del grueso de la nobleza; ellos pudieron incrementar su propio poder a costa de otros nobles al menos en parte, por cuanto llamaron a los miembros de aquel otro estamento que poco a poco se hacía útil para tales fines —la burguesía— a ejercer las funciones que hasta entonces habían estado reservadas para la nobleza y los altos prelados. De hecho, en Francia lograron eliminar a la aristocracia de casi todas estas funciones y sustituirla por hombres que venían de la plebe. Al finalizar el siglo XVI, ya estaban en manos de éstos la mayor parte de la jurisprudencia, de la administración y hasta de las funciones ministeriales.

⁹ Lemonnier, op. cit., p. 244.

9. ¿Qué era lo que todavía quedaba en pie para que la nobleza fuese necesaria para el rey? Se trata, como es evidente, de una pregunta decisiva, pues, aunque la relación feudal transformada seguía perviviendo en la relación cortesana del rey con la aristocracia, no se hubiese conservado nada de su antigua obligación, de su antiguo *ethos*, siendo tan desiguales las oportunidades que tocaban en suerte al rey y a la nobleza, dentro de una economía monetaria, y habiéndose reducido la dependencia del rey respecto de la aristocracia, si sólo la nobleza empobrecida hubiese necesitado al rey para su mantenimiento y absolutamente en ningún sentido el rey no precisara ya de la aristocracia como un estamento especial e insustituible. Así pues, ¿para qué —tal es la cuestión— tenía el rey todavía necesidad de la nobleza?

Pero con esta pregunta se toca asimismo una que tiene mayor amplitud: toda institución es el producto de una distribución muy determinada de los pesos del poder en el equilibrio de tensiones de grupos humanos interdependientes. Es generada a partir de esta constelación no sólo *por una vez*, sino que a partir de sí misma se genera incesantemente, por algún tiempo, como una configuración que pervive a muchos hombres concretos. Así pues hay que dirigir a la corte del *ancien régime* esta pregunta acerca de la *producción y reproducción sociales de la distribución del poder*, que ilumina correctamente esta configuración de hombres que llegan y se van.

La pregunta planteada anteriormente, acerca del tipo y grado de dependencia de la nobleza respecto del rey y de éste frente a aquélla, que se encarna en la corte, no es más que otra versión del problema de la producción y reproducción sociales de la corte. En efecto, así como no puede entenderse por ejemplo la institución social de una fábrica mientras no se ha aclarado, a partir de la estructura del campo social que la genera, en qué sentido algunos hombres estuvieron y están obligados a entrar, como trabajadores, al servicio de un empresario, y en qué sentido y grado éste necesita a su vez de aquéllos, tampoco puede comprenderse la institución social de la corte en tanto no se constate la *fórmula de necesidad*, esto es, el tipo y el grado de las interdependencias que, en cada caso, unen a los diversos hombres y grupos de hombres a la corte y los mantienen allí.

Sólo así aparece ante nuestros ojos la corte como lo que era en realidad, a saber, no como una agrupación histórica arbitraria o

accidentalmente formada, sobre cuyo porqué no es posible ni necesario interrogarse, sino como una configuración de hombres de determinadas capas que se reproducía incesantemente de esta manera, porque ofrecía a los hombres así relacionados oportunidades para satisfacer diversas necesidades o dependencias, creadas socialmente en ellos de modo ininterrumpido.

Hay una evolución continua a partir de la corte de los Capetos, sobre todo de la corte de San Luis (1226-1270), hasta la corte de Francisco I y ulteriormente la de Luis XIV y sus sucesores. El hecho de que la tradición cortesana en Francia, a pesar de todas las transformaciones a veces profundas, de la estructura social, desde el siglo XIII hasta el XVIII, pudiera desarrollarse y mantenerse viva, fue uno de los supuestos más importantes del refinamiento y perfeccionamiento de la tradición cultural cortesana en Francia y más allá de ésta, de la acuñación de la tradición específicamente "francesa" en cuanto tal. Dentro de esta evolución hay una etapa decisiva en los siglos XV y XVI. Mientras que antes los grandes vasallos, en número cada vez más reducido, habían tenido también, como el rey sus cortes¹⁰, de suerte que la corte del rey francés había sido la primera, pero ni siquiera siempre la más rica, brillante y determinante, fue convirtiéndose, en estos siglos en virtud del poder real en aumento, de modo paulatino, cada vez más en el más prominente centro del país. Vista desde la perspectiva de la nobleza, esta evolución significaba una transformación de la aristocracia de su forma feudal de economía natural en una aristocracia cortesana. Si se intenta determinar con precisión la época en que tal cambio se hace visible, se topa uno, ante todo, con el régimen de Francisco I.

10. Francisco I representa, como ha sido dicho, un tipo de transición en el proceso del rey-caballero al rey-cortesano, tal vez más cercano al primer tipo que al segundo.

Justamente porque, en su caso, se trata de un tipo de transición, es difícil y, en toda hipótesis, imposible en este contexto, estudiar con precisión la estructura de su corte. Pero para acometer, por así decirlo, la aclaración de la corte caracterizada por el hecho de que los reyes disponían de oportunidades monetarias, en su forma ma-

¹⁰. A este respecto véase el estudio más extenso de este proceso en Elias, N., *Über den Prozess der Zivilisation*, Berna y Munich, 1969, t. II, pp. 160 y ss.

dura, mencionemos dos elementos estructurales de las cortes de transición del siglo XVI.

"Le XVI. siècle —dice un historiador francés¹¹— a vu naître quelque chose de nouveau en France: la société aristocratique. La Noblesse remplace définitivement la Féodalité, ce qui est une révolution"*.

Se trataba, en efecto, de una especie de revolución y, por lo que concierne a la nobleza, ni siquiera simplemente de una transformación, sino más bien de una nueva estructura.

Es cierto que bajo Francisco I existieron aún algunos grandes feudos; pero él ya no toleraba ningún tipo de independencia, y sus *baillis* burgueses, sus tribunales formados por plebeyos y los parlamentos hacían retroceder cada vez más la administración y judicatura medievales.

Al mismo tiempo, Francisco I formó junto a la nobleza antigua terrateniente, cuya jerarquía seguía la del feudo, una nueva aristocracia titular desde el simple noble hasta el príncipe y el par de Francia. Estos títulos nobiliarios que el rey otorgaba estaban por cierto todavía vinculados con la propiedad rural y sus rentas, pero el rango ya no dependía, o no estaba exclusivamente ligado con el rango tradicional relacionado con una determinada tierra, sino que representaba una distinción concedida por el rey, a la que se vinculaban funciones de dominio cada vez menores; el rey no siempre se atenía por completo a ese uso afecto a la tierra; lo modificaba a su capricho¹². Existían ante todo méritos militares que el rey recompensaba con títulos. Con ello, se ofrecía extraordinarias oportunidades de promoción a los *homines novi*, en especial a los guerreros. Se formaba así, en parte al margen, en parte dentro de la antigua jerarquía nobiliaria, una nueva, en la cual las distinciones

¹¹ Véase Lemonnier, *La France sous Charles VIII, Louis XII et François I^{er}*, Hachette, París, 1903; *Hist. d. Fr.*, t. V, p. 243. Como se ve en el uso lingüístico francés, la diferencia entre el tipo de la nobleza que vive bajo un régimen de economía natural feudal y el de la aristocracia cortesana de economía monetarizada, se expresa más claramente que en el alemán, lógicamente porque, en la realidad, la diferencia de los tipos fue más acusada en Francia que en Alemania.

* "El siglo XVI —dice un historiador francés— vio nacer algo nuevo en Francia: la sociedad aristocrática. La nobleza reemplaza de manera definitiva al feudalismo, lo que significa un cambio revolucionario."

¹² Sobre este punto y lo que sigue hay material en Lemonnier, *La France sous Charles VIII*, pp. 244 y ss.

dependían mucho más de ciertos títulos otorgados por el rey y de las rentas monetarias a ellos ligadas, que de la tradición. Muy pronto se pusieron de manifiesto las consecuencias de ello para la estructura de la nobleza. Ya en la segunda mitad del siglo XVI, casi todos los nombres aristocráticos son nuevos.

Así pues, la nobleza seguía siendo un estamento guerrero, y como tal el rey tenía necesidad de ella antes que de nadie. Pero en razón de las oportunidades crecientes de las que disponía, emprendió aquello que, respecto a una época posterior, fue llamado "racionalización", reforma ilustrada: rompió la tradición e inició una transformación de la nobleza según convenía a sus objetivos de poder.

Puede deducirse ya el crecimiento de las oportunidades a su disposición del hecho de que los gastos del rey en concepto de regalos, pensiones, honorarios, etc., comparados con los de sus predecesores, aumentaron de modo muy considerable. Es cierto que también él siguió la economía de endeudamiento que caracterizó a los posteriores reyes franceses. Las reservas que se recogía como tesoro de guerra eran utilizadas con demasiado apresuramiento, y se intenta abrir incesantemente nuevas fuentes de dinero mediante distribución de rentas, elevación de los tributos, venta de cargos, etc. Pero todo esto es sólo una muestra de la manera en que se abrían al rey cada vez más oportunidades de poder, a partir del desarrollo de su campo social y de su específica posición dentro de tal campo.

En consecuencia, a la corte aflúan hombres cada vez en mayor número. Es característico de esta época de transición en la que apenas se empieza a dominar las nuevas formas que, en el curso de esta evolución social del Estado, se producen, el hecho de que al menos en la primera mitad del reinado de Francisco I no exista en absoluto ningún edificio suficientemente espacioso y capaz para contener la corte creciente. El hecho de que, a partir de entonces, haya que construir o remodelar incesantemente casas para esta corte en aumento, de economía monetaria, hasta que finalmente el castillo de Versalles, símbolo del culmen así como del estancamiento, baste para el desarrollo ulterior, es bastante característico de la correspondencia entre la evolución de la corte real y de la sociedad en su conjunto. La corte real es, en esta fase de desarrollo de las sociedades estatales, el supremo centro de integración de éstas. Más tarde o más temprano, crecen las tareas de integración de

acuerdo con el aumento de la diferenciación de funciones en el curso de la evolución socio-estatal. Así, hecha la salvedad respecto de la específica distribución de poder en las sociedades estatales dinásticas, se puede leer, en cierto modo, en el crecimiento de la corte real el aumento de la división del trabajo en la sociedad estatal general.

Además es característico de la situación de la corte en la época de transición el hecho de que los hombres aquí congregados vivan ya ciertamente en una constante dependencia más directa que antes, pero que sigan aún siendo fundamentalmente caballeros y guerreros, y, a diferencia de lo que sucederá más tarde, no sean en primer término cortesanos que eventualmente van a la guerra. La época está llena de guerras y expediciones bélicas y la suerte de los hombres en ellas es cambiante. Recuérdese sólo que Francisco I fue hecho prisionero. Y tampoco la corte dejaba de tener algo de campamento.

Se daba además otra circunstancia considerablemente importante: cuanto más numerosa se hacía la corte, tanto más difícil resultaba procurarse a la larga las provisiones necesarias en un lugar.

Es conocido el intento de explicar la formación de las grandes ciudades del capitalismo primitivo a partir de este conglomerado de un grupo poderoso de consumidores en la corte de los príncipes o reyes¹³. Sin embargo, precisamente en este contexto es patente el grado en que, en la clarificación de los procesos sociales, la explicación de cierto hecho a partir de una causa *singular* es siempre parcial. Son aquí insuficientes las unilaterales relaciones de "causa y efecto", como tipo de explicación; la tarea de explicar consiste en mostrar las interdependencias mediante las cuales el desarrollo de una concreta formación social está incluido en la evolución de la circulación global de las funciones sociales. El crecimiento de la capa de consumidores cortesanos, juntamente con el de la primitiva ciudad capitalista, no es en sí mismo una relación causal; am-

¹³ En *Luxus und Kapitalismus* (Lujo y capitalismo), Leipzig, 1913, cap. 2, Sombart ha llamado la atención sobre la presencia e importancia de amplias capas de consumidores en los siglos XVII y XVIII. Según él, las ciudades son en primer término aglomerados de capas consumidoras, principalmente cortesanas. Se apoya entre otras, en las teorías sobre las ciudades de Cantillon, de cuya exposición cita las frases siguientes: "Si un príncipe o un señor... fija su residencia en cierto lugar agradable y si otros varios señores llegan allí para hacer sus casas y poder verse a menudo y gozar de una sociedad amena, este lugar se convertirá en una ciudad..."

bos son funciones de un cambio en la estructura de la configuración global. Únicamente en relación con el progreso del tráfico de dinero y mercancías, de la ampliación del comercio y de la comercialización del campo social fue posible mantener reunidos *duraderamente* en un lugar a multitud de hombres, cuando el entorno de tal lugar por sí solo no podía bastar evidentemente para alimentar tan gran número de gentes. Además los ingresos de los terratenientes debían haber adquirido mediata o inmediatamente el carácter de rentas monetarias y la circulación del dinero debía haber alcanzado ciertas formas seguras, para que una parte de los terratenientes pudiera abandonar el campo y residir, como grupo de consumidores, duraderamente lejos del campo, en la ciudad. La formación de la capa cortesana de consumidores es, en otras palabras, un proceso parcial de un movimiento más amplio.

Más aún, cuanto más unitaria la administración, cuanto mayor el ámbito del que el rey percibía sus entradas y cuanto más elevados tales ingresos con la creciente comercialización y la severidad de la administración civil y militar del Estado, tanto más podía crecer la sociedad de consumidores que directa o indirectamente vivía y se aprovechaba de los ingresos y propiedades del rey, y tanto mayor era el beneficio para aquella ciudad a la que finalmente aflúan de todo el reino las sumas destinadas al rey. En este contexto, hay que entender la forma de la corte en ese tiempo de transición, hasta el siglo XVII no estaba muy firmemente vinculada a ningún lugar. Es cierto que París era la ciudad capital del rey, pero había otras ciudades que competían con ella en importancia. Apenas empezaba la centralización absolutista, la formación de una *única* sociedad aristocrática y con ésta la integración y acuñamiento de un tipo humano perfectamente determinado, único ejemplar y decisivo. La corte real emigraba todavía de lugar en lugar¹⁴, de castillo en castillo. A lomos de caballos y mulas viajaban el rey, los altos señores y aun las damas con todos sus séquitos. Una larga fila de carros, vehículos y sirvientes de todo tipo les seguía y hasta los muebles, los tapices, enseres y vajillas les acompañaban en su peregrinaje.

¹⁴ Véase una descripción totalmente análoga para la época de Enrique II. L. E. Marks, *Gaspard von Coligny*, Stuttgart, 1892, t. I, 1, pp. 159 y s: "Con varios miles de acompañantes y miles de caballos deambula esta corte a través del reino, visitando castillos del rey, de los grandes, y ciudades, con duros y pesados cargamentos".

De este modo, las arterias que comunican la vida en la provincia con la vida en la corte, la vida en el campo con la vida en la ciudad, no están todavía por completo estranguladas, como sucederá más tarde cuando este proceso de estrangulamiento se va haciendo paulatinamente perceptible al domiciliarse establemente en la corte una parte considerable de la nobleza, al alejarse más o menos pero continuamente de su propiedad rural. Se va realizando aquí un proceso de alejamiento, pero, sin embargo, el incesante movimiento de la corte todavía no permite que estos distanciamientos se consoliden.

La estructura de los departamentos y oficios cortesanos es ya, en sus líneas fundamentales, semejante a la que, más tarde, se impuso bajo Luis XIV, aunque guarda todavía una dimensión más modesta. Un *grand-maître de l'hôtel*, encargado de vigilar todos los oficios de la casa real, es, al igual que, por ejemplo, el caballero mayor y el gran camarero, una persona que goza de poder no sólo en la corte, sino también en el reino. Puede uno darse cuenta del grado en que la nobleza va introduciéndose de modo creciente en la casa del rey, observando sobre todo el hecho de que, bajo Francisco I, surgió la costumbre de que el rey o los príncipes de linaje fueran servidos por los nobles aun en las funciones más humildes, por ejemplo, como sirvientes de cámara¹⁵. No obstante, más o menos todas las relaciones de esta época están en movimiento, la jerarquía de los cortesanos es más inestable y la herencia de los oficios menos frecuente. De aquí que la movilidad de la corte y la vida guerrera no permita aún la formación de una sólida e inescapable etiqueta.

Sin embargo, se abre paso con toda claridad una tendencia de particular importancia en lo sucesivo, bajo Francisco I. La distancia que se crea entre los cortesanos y los que no pertenecen a la corte adquiere un peso cada vez mayor en el campo social. Cuanto mayor es la relevancia que pierden las funciones tradicionales del señor feudal, de los vasallos y caballeros, que hasta entonces fundaban y mantenían la distancia de la nobleza respecto de las otras capas, tanto mayor es el valor que gana la pertenencia a la corte,

¹⁵ "Desde esos tiempos [de Francisco I], los reyes y los grandes príncipes de linaje se hacían servir por gentileshombres como criados de cámara; así lo he oído contar a hombres muy ancianos"; según Brantôme, citado en Lemonnier, *La France sous Charles VIII*, p. 207.

considerada como función fundadora de la distancia y el prestigio¹⁶. La línea divisoria, formada de este modo entre los hombres y los grupos, atraviesa la aristocracia misma. Una parte de la antigua nobleza constituye la nueva aristocracia, en virtud de su pertenencia o exclusión de la corte; otra parte, en cambio, no logra introducirse en el nuevo grupo exclusivo. Al mismo tiempo, una serie de burgueses tienen la suerte de ingresar en el susodicho grupo y ascender dentro del mismo. Así se realiza durante este tiempo una nueva estructuración de la nobleza basada en un principio de distanciamiento y constitución distintos de la anterior.

Para la estructura social del *ancien régime* es de vital importancia la proximidad e imbricación de ambas formas de distanciamiento: el basado en una función estamentaria y feudal heredada, o incluso en las funciones profesionales, y el distanciamiento fundado en la pertenencia o cercanía a la corte, el cual se expresa en la existencia de una nobleza cortesana y otra que no lo es, y posteriormente también en la existencia de una burguesía estamentaria que se acerca e imita a la sociedad cortesana, y otra burguesía profesional no-cortesana.

"Los *seigneurs* de los reyes franceses no eran al principio exclusivamente consejeros sino legisladores"¹⁷. Una de las razones decisivas de que gran parte del orden feudal medieval se mantuviera, pese a todo, aunque superado y transformado, en el orden cortesano, fue el hecho de que el poder de los reyes franceses frente a la nobleza se había incrementado, con ciertas oscilaciones, paulatina y continuamente desde Felipe IV y de que en aquella época que acostumbramos a llamar Renacimiento, con Francisco I, y posteriormente, el siglo XVII, con Enrique IV, sólo se realizaba lo que desde hacía largo tiempo venía preparándose. No de un modo repentino y en corto tiempo, sino poco a poco, los reyes redujeron los derechos al poder de la nobleza y las reivindicaciones de cogestión por parte de los estados generales¹⁸. Y el papel jugado por "la libre disposición de los medios monetarios de los súbditos a través

¹⁶ Lemonnier, *La France sous Charles VIII*, p. 211.

¹⁷ Koser, "Die Epochen der absoluten Monarchie in der neueren Geschichte" (Las épocas de la monarquía absoluta en la historia moderna), *Historische Zeitschrift*, t. 61, Munich-Leipzig, 1889.

¹⁸ "La causa directa y fatal... es la transformación gradual e incesante del feudalismo, la disminución insensible, pero constante del poder de los señores y el desarrollo inmenso del poder real", Callery, "Les premiers Etats généraux" (Los primeros Estados Generales), *Revue des questions historiques*, 1881, p. 87.

de la independencia de las asambleas estamentarias"¹⁹ se aprecia claramente al comparar, por ejemplo, la situación de Francisco I, casi independiente de las aprobaciones estamentarias, con la de Carlos V, mucho más condicionada y, en este aspecto, mucho más difícil.

El siglo XVI ocurrió una especie de involución. Las asambleas estamentarias volvieron a ser convocadas con frecuencia y las luchas²⁰ entre ellas y los reyes por la distribución de las oportunidades de poder en el reino se hicieron de nuevo más encarnizadas. Es cierto que el transfondo social de las guerras francesas de religión es relativamente difícil de penetrar sin un estudio sociológico muy profundo (aún por realizar), en primer término porque en ellas, aparte la auténtica división religiosa de los grupos, se mezclaban de las maneras más diversas luchas partidistas de las grandes familias por la Corona, luchas de la nobleza, empobrecida y sacudida por los efectos de la economía monetaria, para alcanzar un nuevo asidero y, simultáneamente, en fracciones de la aristocracia, así como sobre todo en las capas urbanas, fuertes tendencias a conservar o restaurar los privilegios y las libertades estamentarios²¹.

Pero, sea de esto lo que fuere, al afirmar que al final de las guerras de religión, con la victoria de Enrique IV se decidió el triunfo de la monarquía absoluta sobre todas las capas sociales contrapuestas, no debe nunca pasarse por alto el hecho de que, aunque con tal fórmula se expresa hasta cierto punto de un modo correcto el resultado de estas luchas, sin embargo, no quedan unívocamente determinados en este sentido los frentes de las mismas ni tampoco el propósito de los combatientes. Como sucede con frecuencia, las cosas se formulan también aquí como si lo que aconteció después, hubiese sido idéntico con lo que anteriormente habían querido; en efecto, los hombres y grupos humanos concretos; se considera que los hombres concretos planifican, crean y son los autores de aquello que sólo puede entenderse efectivamente a partir del entramado social global de los hombres y su voluntad, y a partir de la constelación del campo social de conjunto y de las oportunidades que tal entramado otorga a los grupos y hombres concretos.

¹⁹ N. Baumgarten, *Karl V*, II, III, citado por Koser en op. cit., p. 225.

²⁰ Koser, op. cit., p. 260.

²¹ Véase a este respecto Ranke, *Frz. Gesch.*, libro 6, cap. 3: "El objetivo de los estados —dice entre otras cosas— era la libertad de las ciudades del imperio germánico."

11. Enrique IV fue en un principio un gran vasallo del rey de Francia, una especie de príncipe rural; es poco probable que, estando en esta situación, le gustara particularmente la marginación de todos los grandes vasallos en beneficio del poder ilimitado de los reyes franceses. Más tarde, siendo rey, sin poseer al principio el poder efectivo de rey y sobre todo el poder económico de éste, fue él precisamente quien luchó de modo característico al frente de un ejército de caballeros nobles del *viejo estilo*²² contra los ejércitos mercenarios que habían enviado, por una parte, el rey de España y, por otra, el Papa. Enrique IV mismo no hubiera en absoluto podido pagar con sus propios recursos ejércitos mercenarios de cierta consideración, y así, en efecto, aquél bajo quien se abrió camino después y de modo definitivo el poder ilimitado del rey, aun y especialmente frente a la aristocracia, ganó esta victoria precisamente con la ayuda de la nobleza, a la cabeza de un ejército de nobles, apoyado, por supuesto, por las potencias extranjeras que le enviaron dinero y tropas, y favorecido, por lo demás, por circunstancias favorables tales como la muerte de Gregorio XIV y las discordias de sus enemigos.

Puede afirmarse con razón que, con el resultado de las guerras de religión, el combate entre la monarquía y la nobleza quedó decidido en lo fundamental y se abrió la brecha para la monarquía absoluta. Pero, aparte los ya mencionados movimientos sociales que favorecieron el desarrollo del poder real y le otorgaron los medios de poder para asegurar y estructurar su dominio, estas últimas

²² Véase, entre otros, Dellbrück, *Geschichte der Kriegskunst* (Historia del arte de la guerra), Berlín, 1926, parte IV, p. 258: "Las guerras de los hugonotes no hacen adelantar los asuntos de guerra nacionales franceses, sino que, por el contrario, podría decirse que los hacen retroceder un poco. Una guerra civil se basa en los partidarios que cada facción encuentra en el país, que vienen y se van más o menos, según quieren. El apasionado tomar partido que debe estar presente para que se encienda una guerra civil y que es particularmente fuerte en las guerras de religión, produjo en las guerras de los hugonotes un peculiar florecimiento tardío de los caballeros. Los nobles acudían personalmente y por propio impulso al campo de batalla y servían sin paga. Se batían con coraje, pero también se hacían notar las espaldas de estos caballeros: cuando Alejandro de Parma, el año 1590, había aterrorizado a París, hizo maniobras y evitó el combate. Finalmente, el ejército de Enrique IV, que estaba formado en su mayor parte por nobles que servían voluntariamente, se dispersó sin hacer nada. El decía que, en resumidas cuentas, la diferencia entre él y el príncipe de Parma era 'únicamente el dinero'. Con mejores medios monetarios, también él hubiera podido retener a su ejército en el campo de batalla. La plata de Potosí, anota Ranke, formaba parte de los medios para desarrollar el espíritu de los ejércitos existentes en Europa. No cabía duda de que los metales nobles americanos habían ayudado fundamentalmente a los españoles."

guerras de religión en las cuales una nobleza real católica peleaba, codo con codo, con los protestantes de todas las capas al lado de Enrique IV, contra otras fracciones de la aristocracia que estaban aliadas con las ciudades católicas, el clero, el rey de España y el Papa, ponen de manifiesto un aspecto ulterior de la constelación social que dio a la función real un papel preponderante sobre los representantes de todas las demás funciones.

Los contemporáneos mismos veían en muchos casos simplemente que Enrique IV combatía a la cabeza de la nobleza y que frente a él se alzaban, a más de familias nobles rivales, principalmente las corporaciones urbanas y fracciones del clero. Es verdad que los frentes no estaban por completo delimitados, pues había aún ciudades protestantes que apoyaban a Enrique IV. Asimismo es cierto que junto con los protestantes, se encontraba de su parte la aristocracia realista católica moderada, contrapartida de los grupos católicos intolerantes a los que se oponía acusadamente y de los cuales había surgido el regicida, el asesino de Enrique IV, a quien tales grupos glorificaban.

Como suele suceder en casos similares, una larga serie de motivos pusieron al grueso de la nobleza de lado de Enrique. Indiquemos aquí al menos uno de los motivos más claros por los que la mayoría de la nobleza se opuso a los eclesiásticos católicos, considerando ante todo que quizá no ha recibido todavía la atención que merece.

Francisco I se había asegurado, mediante concordato, el poder disponer de una gran parte de los beneficios eclesiásticos en Francia. Con ello, después de que al menos en parte se habían agotado los dominios reales de propiedad rural, consiguió hacerse de un fondo del cual echar mano continuamente para recompensar a los nobles meritorios. De esta manera, una buena parte de la nobleza francesa se convirtió en beneficiario de los bienes de la Iglesia, como, al otro lado del canal y en virtud de medidas análogas promulgadas por Enrique VIII, una fracción de la aristocracia inglesa adquirió bienes expropiados a la Iglesia. Así pues la conducta de los reyes contrapuso en ambos casos, a una parte considerable de la nobleza con los eclesiásticos. Sería interesante rastrear las imbricaciones que, en Inglaterra, con el paso del tiempo, llevaron también a considerables fracciones de la burguesía de las ciudades capitales a aliarse con los enemigos de la antigua Iglesia, mientras que en Francia, la capital precisamente "bien valía una misa".

Basta aquí, sin embargo, con limitarnos al problema de la nobleza.

La expropiación de los feudos eclesiásticos hecha por Francisco I y su utilización para recompensar los servicios que ciertos hombres habían hecho al rey, creó una situación que contenía el germen de duraderos conflictos de intereses entre la nobleza y la Iglesia.

Brantôme ha descrito esta situación y estos conflictos de intereses de una manera tan gráfica que vale la pena, en lugar de cualquier comentario, reproducir por extenso su propia exposición acerca de este punto²³.

"Lo que principalmente determinó al rey Francisco a firmar un concordato con el Papa para eliminar todos los nombramientos de obispos, abades y priores, y atribuirse el derecho de nominación, era, por una parte, los enormes abusos que se habían introducido en los nombramientos, y, por otra, el deseo del rey de procurarse una nueva fuente de recompensas para la aristocracia, pues ya no le bastaba para ello los ingresos de los bienes de la Corona y los impuestos, destinados por completo a sufragar los elevados gastos de la guerra. A este respecto, el rey consideraba que en todo caso sería mejor recompensar con los pingües beneficios eclesiásticos a los hombres que lo habían servido bien, más que abandonarlos a los perezosos monjes, quienes, según decía, era gente que sólo valía para beber, comer, banquetear, jugar y a lo más hacer cuerdas musicales con tripas, ratoneras y cazar pájaros.

A este respecto debo anotar que, desde hace algún tiempo, en particular desde la fundación de la Alianza, aparecieron ciertas personas religiosas o auténticos aduladores taimados que empezaron a criticar a los nobles que poseían bienes eclesiásticos. Decían que éstos no les correspondían de ninguna manera a ellos, sino a los clérigos y a tachar el hecho de error y escándalo groseros, y de carga de conciencia para el rey.

Se les podría dar la razón si los nobles poseyeran completamente tales bienes eclesiásticos en verdadera propiedad; pero cómo se perjudica el derecho de propiedad de estos señores..., si después de asegurar la manutención del abad, de los monjes, de los pobres, de los décimos y otras contribuciones hechas al rey, los nobles disfrutaban del resto, que es poco, que son auténticas migajas que caen de la mesa del señor (del rey), para servir mejor a éste."

²³ Cita según Brantôme, *Biographische Fragmente* (Fragmentos biográficos de Brantôme), en *Allgemeine Sammlung Historischer Memoiren* (Colección general de memorias históricas), ed. por Friedrich Schiller, t. XIII, 2.ª, sec., p. 193, Jena, 1797.

Y en otro pasaje dice Brantôme²⁴:

"Yo he escuchado en varias ocasiones a personas perspicaces manifestando su sorpresa acerca del hecho de que, en Francia, una multitud de nobles quisieran afiliarse a la Alianza, pues si ésta hubiese conservado el mando, no cabe ninguna duda de que la Iglesia hubiese despojado a aquéllos de los bienes eclesiásticos."

Aquí queda expuesta, por tanto, de una manera drástica una de las razones por las cuales la mayoría de la nobleza se oponía a la Santa Alianza. En el lado contrario, sin embargo, se situaban a favor del clero ante todo las ciudades, especialmente París, que, el siglo XVI, se había hecho poderosa y que en adelante con sus diversas corporaciones burguesas, empezaba poco a poco a jugar un papel peculiar en la historia de Francia. Verdad es que en este partido había también nobles. Principalmente, a la cabeza del partido católico intransigente, se encontraban hombres procedentes de las grandes familias que pretendían el trono. Pero los "grandes" de Francia, por razones obvias, casi nunca estuvieron en un único bando. Estos pequeños grupos de familias rivales entre sí, en especial los príncipes de linaje y, por tanto, la nobleza que pendía y dependía de ellos, se alió, según fue necesario, con otros grandes poderes sociales del país para que éstos los sostuvieran. Basta aquí con haber siquiera mencionado la estructura social básica de estas luchas, pues no carece de importancia para entender el hecho peculiar de que el sistema social, el campo social de Francia, pese a los trastornos, resistencias y luchas ocurridos durante estos siglos, se dirigiese de un modo continuo y creciente hacia una monarquía absoluta.

Hablando en general, lo que encontramos en las luchas de las centurias XVI y XVII son, por una parte, "corporaciones burguesas" que ya se han hecho numerosas, ricas y, en consecuencia, poderosas y conscientes de sí mismas para oponer la más viva resistencia a las pretensiones de dominio y poder de la nobleza, aunque, con todo, todavía no son capaces ni bastante fuertes para reivindicar el poder. Por otra parte, se encuentra una nobleza que todavía posee la suficiente fuerza para obstaculizar a las capas burguesas presionantes y de afirmarse frente a ellas, aunque ya es demasiado débil, sobre todo en el aspecto económico, para dirigir su

poder contra tales capas. Es un dato determinante de este conjunto que, para esta época, ya han escapado de manos de la nobleza, las funciones de administración y jurisprudencia y que, en virtud de tales funciones, se han constituido ricas y, por consiguiente, poderosas corporaciones burguesas —en particular, el Parlamento—, por así decirlo, como la capa dominante de la burguesía. Así pues, la nobleza necesitaba de los reyes, a causa de su precaria base financiera, para mantenerse como tal frente a la presión de las capas burguesas y su creciente riqueza, y a las corporaciones burguesas les era necesario el rey como guardián y protector frente a las amenazas, arrogancias y privilegios demasiado unilaterales de la aristocracia media caballeresca. Una configuración con tal equilibrio de tensiones, en la cual las dos agrupaciones estamentarias mantenían más o menos el equilibrio y, en la cual, en todo caso, ninguno de los grupos principales podía alcanzar una duradera y decisiva preponderancia sobre la otra, otorgaba en especial al rey legítimo, en apariencia igualmente distante de todos los grupos concretos, la oportunidad de presentarse como pacificador que llevaba la paz anhelada por todos a los fatigados combatientes. Tal función fue la que, en efecto, ejerció Enrique IV en grado sumo y la que contribuyó definitivamente a su victoria. Finalmente el rey siguió apareciendo ante todas las capas y corporaciones como un aliado y un auxiliador frente a las amenazas de otros grupos y corporaciones que no podían dominar por sí solos.

12. Lo que se expuso anteriormente acerca del grupo central del rey absolutista, de su campo de acción primario —la corte—, vale, por tanto, con las modificaciones pertinentes, de su más amplio ámbito de poder: él reinaba por cuanto, en tal ámbito, los grandes grupos sociales de la burguesía y la nobleza, en pronunciada rivalidad respecto de sus oportunidades de poder, se mantenían en equilibrio. Se debe probar si con ello se ha encontrado una ley estructural sociológica que valga para el absolutismo cortesano en general. Si tal fuese el caso, podría afirmarse en resumen lo siguiente: las oportunidades del príncipe crecen dentro del campo social dividido en estamentos, por cuanto el poder social fáctico que —en relación con la apremiante economía monetaria— corresponde por razón de sus funciones sociales, por un lado, a los grupos burgueses y, por otro, a los aristócratas, es de tal índole que ya no puede alcanzar ninguna de las capas o grupos rivales que compiten

²⁴ Brantôme, op. cit., p. 197.

entre sí por la hegemonía, una preponderancia duradera. Sin embargo, el príncipe gobierna y lo hace de un modo absolutista porque cada una de las capas en lucha lo necesita para combatir a la otra y porque él puede enfrentar a una contra otra. El hecho de que él, por su origen, pertenezca a uno de los grupos contrincantes —a la nobleza—, es de considerable importancia precisamente para la estructura de la corte y para algunos aspectos. Pero justamente por cuanto él, en cierto sentido, puede apoyarse en grupos burgueses, deja de ser cada vez más un *primus inter pares* y se aleja de la nobleza, y por cuanto él, en un aspecto distinto, puede apoyarse en grupos aristocráticos, se distancia de la burguesía, y se mantiene así como un soberano distante, como fue dicho antes acerca del modo en que se mantuvo en la corte, a través de una vigilancia y conservando meticulosamente el equilibrio de tensiones entre los estamentos y grupos dentro de su ámbito de poder.

Sin que importe el grado en que esta estructura pueda verificarse en otros países, en el caso de Francia es comprobable sin dificultad. Apenas es necesario decir que la exhibición de todas las oportunidades que, a partir de la situación de su campo social, se ofrecían a los reyes y de las cuales podían y debían aprovecharse para erigir su poder, no disminuye la grandeza de los grandes reyes y sus realizaciones, si el sentido de tal presentación no se mienta de nuevo como una reducción o inclusive como una negación del valor de la personalidad. Por el contrario, lo real es que la grandeza de un hombre sólo puede entenderse propiamente si se consideran las imbricaciones y vínculos a partir de los cuales, y en los cuales, éste piensa y actúa. En relación con esta función de equilibrio de los reyes en medio de un campo lleno de tensiones sociales se debe asimismo entender una peculiaridad de la conducta de las capas elevadas de Francia frente al rey, a saber, la ambivalencia de su actitud frente al rey que se percibe tanto más cuanto con mayor independencia los reyes, en virtud de su situación de árbitros, disponen de todos los ingresos del reino.

Cada una de estas capas, los grupos prominentes de las capas burguesas, los parlamentos, así como los grupos dirigentes de la nobleza, la jerarquía de la aristocracia cortesana, hubieran por su parte, limitado con gusto el poder del rey. Y los intentos o al menos la tendencia reprimida de hacerlo atraviesan todo el *ancien régime*, si bien bajo Luis XIV sólo raras veces salen a plena luz. Con todo, cada una de estas capas necesita asimismo la fuerza y el po-

der de los reyes legítimos para proteger y mantener su propia posición frente a las múltiples amenazas y mermas a las que estaban expuestas en esta época de crecientes vinculaciones, por parte de otros grupos. Así sucede por ejemplo que, de tiempo en tiempo, muchos grupos de nobles se alían con los parlamentos contra los representantes del poder regio; tal es el caso en la época de la Fronda. Pero sólo caminaban juntos por un corto trecho, pues muy pronto temían más que el poder del rey el creciente de sus aliados de momento y pactaban de nuevo de una u otra forma con aquél o con sus representantes. Esta conducta típica ambivalente y la situación conflictiva que traía consigo hace, pues, posible por corto tiempo el establecimiento de vínculos entre los diversos grupos dirigentes aun en contra del poder regio —la masa del pueblo burgués desempeña hasta la Revolución casi siempre un papel más o menos pasivo, es decir, el de instrumento de las intenciones de alguno de los grupos elitistas—; sin embargo, pasado este tiempo, se aproximan de nuevo uno u otro grupo al bando monárquico y abandonan los lazos con los restantes grupos. Desde los días de las guerras de religión hasta el tiempo anterior a la Revolución, pese a todos los cambios y alteraciones del peso social, éste es uno de los rasgos constantemente recurrentes de esta fase del proceso de la configuración.

13. Añádase a esto que ni la burguesía ni la nobleza eran grupos sin escisiones, para no hablar del clero cuya conducta en este juego de fuerzas debe ser objeto de un análisis especial. Por ejemplo, los parlamentos que el siglo XVII representaban todavía a los grupos dirigentes de la plebe y, el XVIII, ya eran una peculiar capa intermedia entre la nobleza y la burguesía —la *noblesse de robe*—, se servían por cierto, con bastante frecuencia, de la masa del pueblo, y en general también protegían —cuanto consideraban conveniente para sus propios fines— los derechos logrados, ante todo el de las corporaciones gremiales urbanas. Pero por lo contrario, muchas ciudades no tenían ningún especial interés en un orden estamentario en el sentido antiguo, como tampoco en la convocatoria de los Estados Generales, pues éstos reivindicaban la representación de la nación y la tarea de hacer, en su nombre, representaciones y objeciones contra los mandatos del rey que pareciesen ilegales; a veces se negaban a registrar tales decretos, lo cual era necesario para darles fuerza de ley, y para ello invocaban su procedencia del anti-

guo consejo del rey (*Conseil du roi*), considerándose superiores a los Estados Generales. Pero, al mismo tiempo, por sus privilegios, por los oficios que habían comprado y que constituían su propiedad, estaban íntimamente ligados con el poder real y supeditados a la ayuda del rey contra cualquier intento de otras capas, sobre todo de la nobleza, de eliminar la venalidad de los cargos, que era el fundamento de su existencia, y de igual modo dependían del poder real, cuando los tumultos y sublevaciones del pueblo, a los que, por ejemplo en el caso de la Fronda, ellos contribuían de modo considerable, se excedían de ciertos límites y amenazaban la seguridad de sus propiedades.

"Les membres du Parlement font quelquefois du bruit en remuant leurs chaises curules, mais ils n'ont pas envie de mourir dessus, frappés par la main des barbares. Ces pères de la patrie se souviennent toujours au dernier moment qu'ils sont pères de famille et que la bonne et saine tradition bourgeoise veut qu'on ne laisse pas diminué à ses enfants le capital qu'on a reçu de ses aïeux. Et ainsi le conflit entre le Roi et la grande Robe prend un caractère aigu qui va quelquefois jusqu'à la prison mais s'arrête devant la bourse"²⁵ *.

Precisamente porque el prestigio del cargo y el portamonedas de los altos togados y los beneficios oficiales en propiedad estaban íntimamente vinculados con la subsistencia del tradicional poder monárquico, se formó aquella conducta ambivalente de los parlamentos y de la *noblesse de robe* en conjunto frente al rey de la cual hablábamos: aspiraban a tener su parte en el poder, querían, por consiguiente, limitar el poder regio, pero lo necesitaban porque su existencia, sus cargos se fundamentaban en tal poder. Sus conflictos con el rey, por tanto, tienen un curso típico, por cuanto la posición de poder de la monarquía excede con mucho las de todas las otras capas: "Deliberaciones de la asamblea en las Cámaras, dis-

²⁵ Normand, Charles, *La bourgeoisie française au XVII^e siècle* (La burguesía francesa en el siglo XVII), p. 249.

* "A veces, los miembros del Parlamento alborotan al mover sus sillas curules, pero no tienen deseos de morir sentados golpeados por la mano de los bárbaros. Estos padres de la patria siempre recuerdan en el último momento que son padres de familia, y que la buena y sana tradición burguesa exige que a los hijos no debe dejárseles disminuido el capital que ellos han recibido de sus mayores. Y así, el conflicto entre el Rey y la gran burguesía se agudiza de tal manera que llega a veces hasta la cárcel, pero se detiene ante la bolsa."

posiciones del consejo [es decir, del rey], que anula la deliberación, resistencia de la Compañía, cólera del príncipe, sinsabores, arrepentimiento, y, finalmente, obediencia de los rebeldes"²⁶. Esto es válido para el siglo XVII. Más tarde, cuando la posición de poder de los reyes va debilitándose progresivamente frente a los demás grupos del campo social, y los reyes que antes controlaban y moderaban la tensión y las reivindicaciones entre los grupos, se convierten en figuras del juego y, en consecuencia, necesitan aliarse con otros grupos, en el transcurso del siglo XVIII estos conflictos típicos toman otra dirección: llevan cada vez con mayor frecuencia a la victoria del Parlamento. Pero todo ello es la conducta característica de una capa intermedia opulenta con varios frentes: contra la aristocracia, el clero y a veces aun contra el pueblo, tienen necesidad del sólido poder del rey; contra éste se sirven con mucha frecuencia del pueblo y se alían a veces con la nobleza, sobre todo con la alta, con la que posee en común el no tener directos intereses estamentarios en el sentido del grueso de la aristocracia. Frente al clero, por cuanto la antedicha capa no procedía de sus filas, sobre todo frente a los jesuitas, su conducta era por completo implacable.

Ello puede ser un ejemplo de la fuerza de los rivales promovidos desde la burguesía con los que tenía que vérselas la cortesana nobleza de espada, desposeída de casi todas las funciones administrativas y de toda alta jurisdicción. Se aprecia en seguida con claridad por qué y cuánto, a partir de este hecho, la aristocracia necesitaba al rey, y se entiende cómo los reyes pudieron edificar y asegurar su dominio sobre la base de estos grupos sociales que más o menos se igualaban, hasta que finalmente quedaron ellos mismos cada vez más y de un modo directo implicados en las tensiones y en el juego de los grupos.

14. Del mismo modo que el tercer estado, también la nobleza estaba dividida en diversos grupos; tal hecho complicaba fuertemente la situación y multiplicaba los frentes y las posibilidades de alianza. También aquí se puede prescindir de la nobleza provincial y rural que, desde las guerras de religión hasta la Revolución, apenas desempeñó el papel político de una elite de poder.

Fue significativa la situación de la alta aristocracia, por ejemplo,

²⁶ Normand, op. cit., p. 264.

de los príncipes y duques, de los denominados "Grandes" (*Grands*)²⁷ diferente de aquella en que se encontraba la mayoría de

²⁷ El término *Grands*, común en el marco de la sociedad francesa del *ancien régime*, requiere en general una explicación, porque no existió en la sociedad alemana ningún grupo social y, por consiguiente, tampoco ningún término habitual que correspondiese exactamente a los del *ancien régime*. La falta de tal grupo no deja de tener su importancia en las diferencias de estructura del equilibrio social de tensiones de ambos países. Cuando se busca en la jerarquía de la nobleza alemana un grupo cuya posición corresponda en cierto modo a la de los *Grands* en la jerarquía nobiliaria francesa, se encuentra uno principalmente con los pequeños príncipes rurales. Pero con esto queda ya de manifiesto la extraordinaria diferencia estructural de ambas sociedades.

Elisabeth Charlotte von der Pfalz, quien, por su matrimonio, fue trasladada de una corte principesca alemana a la corte real francesa, nos ha dejado algunas observaciones que aclaran luminosamente esta diferencia. Ella escribe entre otras cosas (cita según Ranke, *Französische Geschichte*, 4.^a ed., Leipzig, 1877, t. 4, p. 230) "que percibía una enorme diferencia entre lo que en Alemania y en Francia se llama 'duque': allí la palabra designa a príncipes de linaje y señores libres; aquí sólo un rango concedido por el gobierno (esto es, el rey)..."

"Aun a los príncipes de linaje, aunque tuviesen elevadas pretensiones, ella los colocaba por debajo de los príncipes alemanes. Si es cierto que el gran Condé estaba casado con una sobrina del cardenal Richelieu y el príncipe de Conty con una sobrina del cardenal Mazarín, no es menos cierto que ambos eran grandes por su origen. En estas casas se hace gala de grandeza, pero no se sabe en qué consiste ésta. La siente incomparablemente más un príncipe alemán que no tiene parientes burgueses ni es súbdito de nadie."

Habitualmente no se percibe muy claramente el grado de relación que la desmembración del imperio germano en numerosos dominios territoriales autónomos guarda con la peculiar tradición de la nobleza alemana, que castigaba con severas penas sociales el matrimonio de un noble con una joven burguesa, inferior socialmente. Tradición que, aburguesada, perduró después, en el orden familiar nacional-socialista, en la penalización del matrimonio de un miembro de la burguesía, considerada como aristocracia popular, con una mujer que perteneciera a grupos socialmente tenidos por inferiores. En el curso de la integración del Estado, de la creciente centralización de los monopolios centrales que jugaron en la formación de un Estado unitario, un papel decisivo, se extinguieron, tanto en Francia como en Inglaterra, las funciones de poder de los señores territoriales. Los títulos nobiliarios tales como príncipe, duque y otros sólo conservaron su significado para designar el rango heredado de una familia. Y aun un príncipe era —respecto del rey— un "súbdito". El mantenimiento de las diferenciaciones y barreras entre la nobleza y la burguesía, por lo tanto, estaba, en última instancia, en las manos de los reyes. En Alemania, la nobleza dirigía en un grado mucho mayor, la conservación de tales diferencias y barreras. El deshonor, la sospecha, la mofa y la postergación de un noble que hacía un matrimonio inferior a su rango, o tenía una "mancha" en su árbol genealógico, no podían, en consecuencia, ser compensados por el favor real u otras oportunidades de poder. En Alemania, por el contexto de las rivalidades de las familias nobles de todo rango, eran con mucho más implacables que en Francia. Por supuesto que se presentaban "matrimonios desiguales" y el rigor del tabú se refería sobre todo a los casamientos de los hijos y mucho menos a los de las hijas. Pero mediante la educación desde la infancia, la mala reputación del matrimonio de un noble con una burguesa, el descrédito de la "sangre impura", enraizó profundamente en el sistema de las valoraciones sentidas. Como sucede con frecuencia, los inferiores en la escala social asumieron valores propios de los socialmente superiores, aun cuando los deshonraban a ellos mismos. Así, en Alemania, amplios círculos de la alta burguesía hicieron suyas estas valoraciones. Será una interesante tarea de

la nobleza cortesana. En efecto, por un lado, estos "Grandes" estaban, dentro de la jerarquía nobiliaria, particularmente cerca del rey. Sus parientes constituían en cierto modo el centro de tal jerarquía, y no era su intención minar la autoridad y la plenitud de poder del rey frente a las capas restantes, pues ello significaba socavar su propia posición privilegiada en el reino. Además, su prestigio estaba estrechamente ligado con el del rey.

Sin embargo, por otro lado, estos "Grandes", por el hecho de estar particularmente próximos al rey, estaban asimismo celosos de un modo especial por su poderío, e inclinados a quejarse de estar subordinados al rey, de verse incluidos en el grado de los *súbditos* y en este aspecto, de ser iguales a los demás.

Marmontel ha expuesto en el artículo de la Enciclopedia que dedica a los "Grandes", la peculiar posición de éstos en dos frentes, si bien embelleciéndola un poco ideológicamente. Después de hablar, con una imagen común del siglo XVIII que justificaba este análisis, del Estado como de una máquina que sólo puede mantenerse en movimiento mediante una exacta combinación de todas sus partes, describe la situación de los "Grandes" del siguiente modo:

"Premiers sujets, ils sont esclaves si l'état devient despotique; ils retombent dans la foule, si l'état devient républicain: ils tiennent donc au prince par leur supériorité sur le peuple; ils tiennent au peuple par leur dépendance du prince... aussi les grands sont attachés à la constitution monarchique par intérêt et par devoir, deux liens indissolubles"*.

Y al mismo tiempo precisamente estos "Grandes" eran de modo particular peligrosos para el rey, pues sólo de este círculo, exclusivamente de él, podían surgirle competidores. En efecto, todavía en la época de Luis XVI, aparecía en tal círculo el plan de forzar al

futuros sociólogos el observar por cuánto tiempo una tradición de valoraciones que, como en este caso, mantienen acusadas diferencias de rango social, puede sobrevivir en una estructura social dentro de la cual ya no tiene propiamente ninguna función.

No se puede entender la situación de la nobleza francesa si no se tiene en cuenta que el mantenimiento de las barreras entre los diversos rangos nobiliarios y entre la nobleza y la burguesía posee una estructura distinta que en Alemania.

* "Los súbditos principales serán esclavos si el estado se hace despótico; vuelven al seno de la plebe si el estado llega a ser republicano: son adictos, por tanto, al príncipe por su carácter superior sobre el pueblo; son adictos al pueblo por su dependencia del príncipe, (...) también los Grandes son fieles a la constitución monárquica por deber e interés, dos lazos indisolubles."

rey a la abdicación y reemplazarlo por alguno de sus parientes. Y si bien, en el transcurso del siglo XVIII, los reyes nombraron de nuevo sus ministros de la pequeña y media aristocracia, formaba parte, desde Luis XIV, de una obvia tradición del régimen, rara vez interrumpida, el excluir a estos "Grandes" de toda participación, aun de la no oficial, en el poder, tanto cuanto fuera posible. También esto es un ejemplo de las oposiciones tensas dentro de la misma nobleza.

"La ambición de los 'Grandes' —dice la Enciclopedia— parece orientarse hacia una aristocracia; pero, si el 'pueblo' se dejase llevar a ello, el simple noble se le opondría, al menos si no se le asegurase una participación en la autoridad. Sin embargo, en este caso, los 'Grandes' tendrían 20 000 iguales a ellos en lugar de un *único* señor y, en consecuencia, nunca aprobarían tal solución. En efecto, la ambición de reinar, que es la causa exclusiva de las revoluciones, padece, sin ninguna duda, con menor violencia bajo la superioridad de uno solo que bajo la igualdad con un gran número"²⁸.

Con tales alternativas, se reproducen de una manera excelente los aspectos tanto sociales como psicológicos de la configuración de conflicto, vista desde la posición de los "Grandes". La "superioridad" del rey es garante de su distancia hacia abajo. Toda lucha contra la superioridad del rey los fuerza a buscarla entre aliados, y su orgullo padece detrimento por la necesidad de colocarse en el mismo grado con quienes tienen un rango inferior. La aspiración al distanciamiento y la superioridad y al mantenimiento de su existencia distinguida los obliga así a vivir en una situación ambivalente, llena de aversiones y atractivos tanto hacia arriba como hacia abajo, de la que no pueden escapar.

Todavía hay algo más que complica la situación de los "Grandes": este círculo es tan pequeño y está además tan íntimamente ligado con el poder real, que sus miembros no representan propiamente intereses estamentarios —los de la nobleza en conjunto—, aunque a veces se colocan al frente de ellos o, para ganar aliados, hacen en un primer momento al menos, concesiones estamentarias, tal como las hizo el Regente. Pero, en el fondo, en este pequeño círculo dentro del cual cada uno ve casi siempre en el otro a un rival, cada quien actúa en función de sus intereses personales,

²⁸ Art. *Grand* (Filosofía. Moral. Política).

esto es, el interés de su "Casa". De hecho, el grupo de los "Grandes" estuvo siempre dividido en casas y facciones enemigas y rivales. Cada uno de ellos, al menos hasta la época de Luis XIV y bajo los sucesores de éste, de una manera más callada y subterránea, quería, como otrora los grandes vasallos de los reyes, si no el poder mismo, por lo menos participar en éste.

Pero precisamente cuando uno de los "Grandes" intentaba avanzar en esta dirección, aparecía con particular claridad la manera en que este campo social recobra incesantemente su equilibrio en torno al rey legítimo. Verdad es que allí cambiaban los factores concretos; sin embargo, la estructura básica volvía a imponerse, esto es, el peculiar estado de equilibrio de este campo social con sus numerosos grupos y capas sociales, ninguno de los cuales poseía una base de poder bastante preponderante ni suficiente para establecer su dominio frente a todos los demás grupos y al rey.

En consecuencia, todo usurpador caía preso siempre en el mismo entramado, en medio de los numerosos grupos y frentes sociales. Cuanto más fuerte era, tanto más se reforzaba el frente unitario de todos los otros. Sin embargo, el rey legítimo o el sucesor legítimo, contaba de antemano frente a aquél, con una ventaja poderosa: la legitimidad; en efecto, ésta lo separaba, en la consciencia de cada uno de los grupos y capas, más o menos aun del propio grupo, pero al mismo tiempo, sin embargo, también de todos los demás y lo predestinaba de este modo para su función de equilibrador y estabilizador del equilibrio del campo social, de otro modo lábil.

Característica de esta situación es la suerte que corrió uno de los hombres más significados de esta capa: el gran Condé. Siendo regente Mazarin y Luis XIV todavía menor de edad, se reunieron otra vez, la última, durante algún tiempo, antes de la definitiva estabilización del poder monárquico absolutista, los grupos más disímiles para asaltar unánimemente la omnipotencia de la monarquía, representada por el ministro. Los parlamentos, la nobleza estamentaria, las corporaciones urbanas, los hombres de la alta aristocracia, todos ellos intentaban aprovecharse de las horas débiles de la monarquía —la regencia de la reina, ejercida por el cardenal—. Sin embargo, esta sublevación de la Fronda puso de relieve precisamente la típica imagen que acabamos de caracterizar: los grupos se alían entre sí contra el ministro, representante del rey. Algunas fracciones de los conjurados negocian con el ministro,

abandonan la alianza, combaten a sus otrora aliados, vuelven en parte a pactar con ellos. Cada uno de tales grupos pretende reducir el poder monárquico, pero teme al mismo tiempo incrementar el poder de algún otro. El príncipe Luis II de Condé es uno de los más importantes personajes del espectáculo. Lo que éste quiere y al principio por cierto sin relaciones con la Fronda, es totalmente claro: su parte en las oportunidades de poder del monopolio estatal. Exige en octubre de 1649 "que sin su conocimiento previo y su consejo, no sea ocupado ningún cargo elevado ni en la corte ni en la guerra, ni en los asuntos interiores ni exteriores; que sus sirvientes y amigos sean tomados en cuenta para las vacantes que sobrevengan; que sin su autorización no se tome ninguna decisión acerca de ningún asunto importante"²⁹. Mazarin le promete primero cumplir su requerimiento y luego pacta con los opositores de Condé. Para guardar las apariencias, el cardenal escribe todavía, el 16 de enero de 1650, una carta al príncipe donde hace la solemne promesa de no apartarse nunca de él y solicita su protección. El 18 de enero ordena que lo encarcelen.

Con ello, no obstante, la situación da un vuelco bastante rápido. Se impone en todas partes el miedo a Mazarin. Otros grandes, temiendo participar de la misma suerte de Condé, el Parlamento, la asamblea de la nobleza estamentaria en París, presionan para que se libere al príncipe. El 18 de febrero, éste regresa a París. Ranke, con su inigualable claridad para exponer la situación concreta, describe así la del príncipe retornado³⁰.

"La situación había cambiado por completo. Sólo a Condé parecía importarle ocupar la posición por la que desde hacía un año, había luchado: ser el primer hombre del país. (...) Pero para ejercer una gran autoridad, uno necesita depender sólo de sí mismo. Condé estaba encadenado por mil consideraciones. La amistad que había jurado a los más excelentes de los frondistas lo cargaba con un pesado deber...³¹ No siendo dueño del Parlamento ni del Ministerio, ni estando seguro del duque de Orleans ni de acuerdo con la nobleza ni con el clero, ¿qué gran empresa podía intentar?"

²⁹ Documento impreso en la edición de Champollion de las Memorias de Condé. Colec. de Michard II, 205; cita según Ranke, *Frz. Gesch.*, libro II, cap. 4.

³⁰ Op. cit., libro II, cap. 4.

³¹ A partir de esta situación se encuentra de nuevo un camino para entender ciertos aspectos de la corte. La corte y la sociedad cortesana fueron, si no el lugar del combate, sí al menos el entre-bastidores donde se preparaban los pactos y las tomas de posición de las facciones concretas, antes de traducirse en hechos. Esto es así desde la época de Luis

Se podría constatar una similar situación conflictiva a la de este hombre y la facción que lo apoyaba, en la mayoría de los otros grupos y corporaciones de la Fronda, si se hiciese un análisis más metódico. Característico de toda esta situación llena de múltiples posibles alianzas, en la cual cada quien observaba cuidadosamente a los otros para que no se hiciesen demasiado fuertes, es un pasaje de Aubery citado por Ranke, que dice: "El príncipe se había reservado 'el ser amigo o enemigo de aquél, según su conducta le diera motivo para una u otra cosa'..."

En Ranke, cuya admirable descripción en sus rasgos fundamentales apenas es superada por la más moderna investigación francesa, se puede leer cómo el príncipe adquiere de nuevo el mando supremo, favorecido por nuevos pactos internos simultaneados con alianzas con los españoles, y por la común posición combativa de casi todas las capas en contra de Mazarin; cómo, favorecido por un azar de guerra, asedia con valentía al ejército real en el suburbio de St. Antoine, cómo la burguesía parisina le abre voluntariamente las puertas de la ciudad y cómo, precisamente en el momento en que quiere consolidar su poder, en que otorga a sus amigos y seguidores los puestos directivos³², se impone en la burguesía de París el miedo ante el poder demasiado grande del príncipe. El de-

XIV; y en este sentido hay que entender por ejemplo, lo que, en aquellos apuntes de 1736 —publicados más tarde, el año 1787, bajo el título de "Loisirs d'un ministre" (Placeres de un ministro)— D'Argenson dice del gran Condé, tras haber alabado con los aceros más vehementes su atinado talento para la guerra, su instinto para la técnica bélica, su valor y su presencia de ánimo en los combates: "Este héroe en la guerra no era, en la corte y en los negocios, más que un político muy mediocre. Ni siquiera sabía tomar el partido apropiado." El cortesano D'Argenson cuya máxima ambición era convertirse en ministro, al escribir estas notas, no percibe comprensiblemente la coactividad de la imbricación en que se encontraba el príncipe; de todo lo que se le cuenta sobre el príncipe, lo único que entiende es que, si bien se acreditaba en la guerra, no era ducho en las intrigas de la corte. Ello remite una vez más al entrelazamiento de aquello que de ordinario se ha considerado como propio del carácter de los cortesanos, a saber, sus rodeos, equilibrios e integración con la configuración que forman unos con otros. Tal carácter fue cultivado por la lucha de los numerosos grupos yuxtapuestos y opuestos (véase el cap. 3, parte 1, 12, p. 126). Ningún arte bélico podía aprovechar a quien no estaba al mismo tiempo avezado en el arte y la política cortesanos.

³² Ranke, libro II, cap. 5, p. 108. Introduce de modo característico también aquí lo típico de este proceso: "La gran multitud de los propietarios permite el derrocamiento de un gobierno por el que se siente molestado, sin que por ello participe directamente en la victoria del contrario; tan pronto como éste ha llegado al poder y desarrolla sus propias exigencias necesariamente gravosas, empieza la época del retorno al antiguo orden; de las simpatías que entonces se despiertan, nacen las restauraciones." Sin embargo, esta ley no se ajusta exactamente al caso presente de la Fronda. Hay, como es patente, además otras líneas estructurales quizá esenciales que determinan su curso.

seo de reducir el poder monárquico demasiado fuerte que Mazarin ha hecho particularmente odioso, se sobrecoge de angustia, a la vista del creciente poder del príncipe, por ver en peligro la posición hasta entonces garantizada por la monarquía legítima y los cambios del orden establecido. Hasta que finalmente la burguesía abandona a sus aliados. Entonces se restablece paulatinamente el equilibrio de tensiones entre los grupos sociales del país, bajo el definitivamente asegurado poder del rey legítimo.

Con esto queda comprobada desde cierta perspectiva, en el sentido expuesto más arriba, la estructura de estas luchas y de la configuración cuyas oscilaciones la ponen de manifiesto: grupos y corporaciones se alían entre sí, pero cada uno de ellos teme que los demás adquieran demasiado poder, y se siente amenazado con esta adquisición. Esta división de Francia en capas y grupos, ninguno de los cuales podía obtener a partir de su base social, una clara preponderancia en oportunidades de poder sobre todos los demás, los supeditaba en mayor o menor grado al rey como fundador de la paz social, como el único garante de la tranquilidad y de la relativa seguridad ante las amenazas de los rivales. Si esta tensión entre grupos sociales de aproximadamente la misma fuerza daba al monarca en Francia su más poderosa oportunidad, los crecientes ingresos que afluían de todo el país y el disponer sobre un ejército que él pagaba con la ayuda de estas entradas monetarias y que le aseguraba asimismo directa o indirectamente la afluencia regular de ingresos del grueso de la sociedad, le permitían aprovechar este equilibrio de tensiones y le garantizaban un seguro y amplio campo de acción para su poder.

15. "Luis XIV —dice Ranke— tuvo, como Enrique IV, la fortuna de volver como libertador de un poder ilegítimo que oprimía a todos y no satisfacía a ninguno o a muy pocos."

Pero lo que estaba en juego, no era sólo suerte. Un usurpador del poder, dentro de este campo social, sólo tendría una gran oportunidad, si ya existiera un importante cambio de poder en la relación de las fuerzas sociales y él, a la cabeza de la nueva capa que se había hecho fuerte, digamos, como jefe carismático se hubiese apropiado del poder, o si hubiese sido en dinero y, por tanto, en poder militar tan superior al rey, que no sólo hubiese podido vencer definitivamente al ejército real, sino también romper la resistencia de todos los grupos interesados en el estado de equilibrio

existente. Si no sucedía ni esto ni aquello, la probabilidad de que la configuración desarrollada hasta entonces volviese de nuevo más o menos al estado de equilibrio anteriormente alcanzado, era muy grande; el nuevo y recién llegado detentor del poder debía aparecer como ilegítimo, esto es, un detentor del poder que ponía en peligro el estado de equilibrio existente y que, en última instancia, tenía pocas probabilidades de éxito frente al rey legítimo, aunque éste estuviese desacreditado por representantes odiados.

Desde cierta perspectiva, se muestra aquí la importancia sociológica de la legitimidad de un rey en esta configuración de hombres. La sucesión hereditaria del rey padre al rey hijo, como es sabido, fue rechazada frecuentemente como un absurdo, porque en ella regía como principio de selección de los gobernantes no la habilidad sino exclusivamente el origen. Vista sociológicamente, esta manera de escoger al representante del poder en la antigua Francia, todavía muy ampliamente ligada a la tradición, tenía por cierto una función específica. Otorgaba en este campo, con el hábil equilibrio de sus capas elevadas y políticamente activas, una cierta garantía de que el rey estaba interesado en el mantenimiento del orden existente; garantizaba además a cada uno de los grupos dirigentes que el rey no estaba demasiado unilateralmente ligado a los intereses de los respectivos grupos rivales, pues de manera distinta a un usurpador, para llegar al poder, no necesitaba primero, buscando aliados entrar en el combate de los grupos sociales. El origen legítimo de los reyes *los distanciaba igualmente de todos los grupos sociales del país*. En este contexto tampoco es tan importante determinar si efectivamente tal era el caso. Lo decisivo consistía en que la legitimidad de su origen destacase al rey de entre los grupos que vivían en conflicto, en la consciencia de las diversas capas y en su propia consciencia. Puesto que en un campo donde las capas y grupos están más o menos en equilibrio ninguno tolera a un hombre de otro grupo como soberano, pero al mismo tiempo, cuando se trata de capas elevadas³³, tampoco desea la revolución de lo establecido ni prolongados desórdenes, a cada uno de los gru-

³³ "Políticamente activos" fueron en la Francia del *ancien régime*, al menos hasta 1750 y en grado considerable hasta la Revolución, grupos elitistas conservadores, esto es, sobre todo los grupos dirigentes de la pirámide estamentaria burguesa y los de las pirámides de la nobleza y del clero. Queda por investigar si y en qué grado los grupos reformistas, como los de los principales enciclopedistas, tuvieron un influjo en la dirección de los asuntos del Estado.

pos de tal campo le parece, en última instancia, la legitimidad de la ascendencia del rey una garantía de que el soberano que ha llegado al poder en virtud del derecho entonces vigente no está obligado con otros grupos por la exaltación de su escudo ni unilateralmente imbricado con los intereses de éstos. Se puede analizar desde tales puntos de vista la situación de Enrique IV o Luis XIV, así como —a modo de anticipo— la del Regente³⁴ que se sitúa en el límite de la legitimidad, y se encontrará sobre todo la sucesión aludida de los acontecimientos que se derivan del específico multipolar equilibrio de tensiones de esta configuración. Cuanto más insegura es la legitimidad, cuanto más lejana la relación familiar del nuevo soberano con su predecesor, tanto mayor es la necesidad del gobernante de asegurarse el poder mediante alianzas con grupos parciales concretos, y tanto más importante, por consiguiente, la amenaza de los demás y del equilibrio de tensiones existente en este campo.

Pero al mismo tiempo esta configuración ejercía sobre el rey mismo, una vez que éste había conquistado el poder, una presión en el sentido esperado por los diversos grupos; el rey no debía favorecer demasiado a ningún grupo ni otorgarle un poder demasiado grande respecto de los demás. En efecto, precisamente porque su poder se fundamentaba en el inestable equilibrio entre los grupos que se mantenían recíprocamente en jaque, todo incremento de poder de uno de ellos hubiese puesto en peligro su propio poderío, así como la posición de los grupos restantes y, por consiguiente, la configuración completa de estos grupos. En este sentido, por tanto, los reyes estaban en extremo interesados en la conservación del equilibrio existente de tensiones, inestable y en continuas oscilaciones. Ellos podían estar especialmente ligados a la aristocracia por su origen y mentalidad. Ellos no podían permitirle, por ello, una posición de predominio que hubiese puesto en peligro el equilibrio de tensiones de la sociedad estatal, como tampoco a las corporaciones burguesas, si no querían socavar el fundamento de su propio campo de poder. Debían mantener a la nobleza para conservar el equilibrio de su reino, pero asimismo tenían que distanciarse de ella. Aquí hemos llegado a un punto de suma importancia para entender las relaciones entre el rey y la aristocracia y para

³⁴ La frase con la que Ranke inicia la descripción de la actividad del duque de Orleans como regente, permite reconocer en seguida la ley estructural arriba expuesta: "Pero el duque alcanzaba la posición suprema no sin concesiones en favor de quienes lo apoyaron con sus resoluciones." Ranke, *Franz. Gesch.*, Leipzig, 1877, t. IV, p. 323.

responder a la pregunta de por qué el rey conservó a la nobleza, y, en consecuencia, también a la cuestión sobre la función de la nobleza en este reino.

16. La idea según la cual las relaciones entre las capas y grupos de un campo social son en general unívocas, y algo totalmente simple que entre ellos predomine el antagonismo, y, por ello, la historia sea historia de luchas de clases, aparece si se la considera más de cerca no ciertamente errónea, pero indudablemente unilateral. Las relaciones ambivalentes entre capas sociales de una y la misma asociación estatal y el hecho de que las capas sociales oscilen entre la dependencia recíproca y el antagonismo son, en todo caso, de manera especial en las configuraciones de numerosas capas, donde la mayoría de los grupos tienen varios frentes, más frecuentes de lo que hasta ahora se ha mostrado. El *ancien régime* estaba lleno de tales relaciones ambivalentes. No se las puede entender sin introducir esta categoría u otra semejante. La posición de la nobleza, de la burguesía políticamente activa y de la *noblesse de robe* respecto del rey eran tan ambivalentes como las relaciones entre la nobleza y la burguesía misma. Forma parte de los problemas más interesantes del *ancien régime* la manera en que, en el transcurso de un peculiar cambio de la burguesía a partir de su ambivalente posición frente a la nobleza, en una determinada situación, se formó finalmente un fracción de la burguesía una conducta claramente antagónica frente a la nobleza, al rey y a otras fracciones de la burguesía. Pero no era menos ambivalente la posición de los reyes mismos frente a las capas sociales, especialmente frente a la nobleza. A saber, precisamente porque la aristocracia ocupaba una posición social especialmente cercana a los reyes, más que todas las otras capas del pueblo, precisamente porque el rey era siempre un hombre de la nobleza, su distanciamiento de ésta era particularmente difícil e importante y la nobleza constituía asimismo un especial peligro para el rey; cuanto más próximo, en la jerarquía nobiliaria, se encontraba un grupo del rey, tanto más peligroso era para éste. Ya se ha indicado que los *grandseigneurs*, los pares y sobre todo los príncipes de linaje no sólo mostraban, como las fracciones estamentarias de la nobleza y las élites de la pirámide burguesa, a partir de su situación, una tendencia a limitar el poder regio, sino que, entre ellos, descendientes de antiguos grandes vasallos o reyes, y el rey reinante,

existía justamente una latente situación de competencia. Si, por una parte, los reyes pertenecían a la nobleza, se sentían y actuaban como aristócratas y además necesitaban a la nobleza como un elemento integrante de su poder y, por todas estas razones cuidaban de mantenerla, la existencia de ésta implicaba, por otra parte, una amenaza latente para su poderío de la que incesantemente debían defenderse. Esta relación ambivalente del rey frente a la nobleza constituye, por tanto, la base —y da asimismo la clave para comprender— de aquella peculiar forma que tomó la aristocracia cortesana en el *ancien régime*. Como ya se ha dicho, la nobleza provincial no influye como factor político.

17. Ya se ha indicado para qué el rey necesitaba de la nobleza: subjetivamente y de acuerdo con la tradición, como su sociedad y también para su servicio. El hecho de que la aristocracia le prestara los más personales servicios, distanciaba al rey de todos los demás hombres de su reino. Aun las funciones militares y diplomáticas de la nobleza eran finalmente sólo resultados de tales funciones cortesanas. Vistas las cosas objetivamente, el rey tenía necesidad de ella como contrapeso frente a las restantes capas de su reino. La anulación de la aristocracia, la supresión de la distancia que separaba a ésta de la burguesía, el aburguesamiento de la nobleza, habría importado un cambio en el centro de gravedad de esta configuración, un incremento de poder de las capas burguesas y una dependencia de los reyes respecto de éstas, tales que los monarcas, quizá sin captar siempre con absoluta claridad lo que tal equilibrio en su reino significaba para su propia posición social, estaban, sin embargo, muy atentos en mantener las distinciones estamentarias, según les convenía, y, por lo tanto, en que la nobleza se conservase como una capa peculiar, completamente distinta.

Pero si los reyes necesitaban a la nobleza y por ello la mantenían, debían al mismo tiempo conservarla de tal manera que su peligrosidad para el poder real fuera ampliamente neutralizada. Una larga y paulatina evolución había preparado la solución definitiva de esta tarea. En primer lugar, los reyes, con la ayuda de una burocracia burguesa de la monarquía, expulsaron a la nobleza de casi todas las posiciones de la suprema judicatura y la administración. De esta manera, se originó la poderosa capa de la Toga, que se igualaba a la aristocracia en poder efectivo, aunque no en prestigio social. Siguió apareciendo siempre en este proceso la tendencia de

los reyes de ocupar todas las posiciones de poder de su dominio con personas sin seguidores ni relaciones, que sólo de ellos dependía. Así la mayoría de la nobleza quedó arrinconada como caballeros y terratenientes. Con la lenta expansión de la economía monetaria y las convulsiones que tal forma de economía trajo consigo sobre todo en el valor del dinero y en la constitución de los ejércitos, esta base se vio sacudida del modo más violento. Tal sacudida fue la principal causante de que una buena parte de la aristocracia se precipitara a la corte y se ligara al rey de una manera nueva. Los reyes pudieron aprovechar esta oportunidad. Este es el único contexto en el que adquiere su sentido la expresión "victoria de la monarquía sobre la nobleza". Desde la perspectiva del resultado final, se tiene razón en afirmar que la lucha entre monarquía y aristocracia quedaba en lo esencial decidida con el resultado de las guerras de religión, y abierto el camino en general para la monarquía "absolutista". Ya se ha mencionado que de ninguna manera es claro que la lucha entre nobleza y monarquía como tal la hayan hecho los partidos combatientes.

Con todo, no carece de importancia para entender la relación entre la aristocracia y el rey en esta monarquía, el hecho de que Enrique IV se abriese el camino para una monarquía absoluta, al frente de un ejército de nobles. Prescindiendo de la supeditación de la nobleza al rey y de los reyes a la nobleza dentro del nuevo orden que se establecía, tampoco la tradición de la vinculación del rey y la nobleza y el *ethos* de esta relación que no hubiesen podido mantenerse sin esa dependencia, pero que, sin embargo, como costumbre tenía asimismo su peso específico, se extinguieron nunca por completo en la Francia del *ancien régime*, sino que a través de Enrique IV, fueron cambiando lentamente de su forma feudal a su manera cortesana. El órgano social que encarnaba las dos funciones de la dependencia y del distanciamiento en el sentido de las nuevas relaciones de poder que se establecieron después de las guerras de religión era la corte, tal como se configuró posteriormente, de una manera definitiva, bajo Luis XIV. Mediante la corte y desde ella, una buena parte de la nobleza fue despojada desde entonces de toda independencia por el rey que la mantuvo en constante dependencia y atendió a sus necesidades.

El doble aspecto de la corte como instrumento a través del cual el rey dominaba al mismo tiempo que proveía a la nobleza como aristocracia, corresponde exactamente al carácter ambivalente de

la relación que vinculaba mutuamente a la nobleza y al rey. Pero la corte no alcanzó de golpe esta doble función, como si se tratase de la ocurrencia genial de un rey concreto; se desarrolló lentamente en esta dirección al mismo tiempo que los cambios de la efectiva posición de poder de la nobleza y de los reyes, hasta que finalmente Luis XIV aprovechó la oportunidad que se le ofrecía, y con plena consciencia perfeccionó la corte como instrumento de su poder que proveía a las necesidades de la nobleza y la dominaba. Podría bastar con poner de relieve, al menos a grandes rasgos, la manera en que la corte se formó en este sentido.

18. Bajo Enrique IV y todavía bajo Luis XIII, los oficios cortesanos tenían, como la mayor parte de los cargos militares, el carácter absolutamente típico de la oficialidad del absolutismo señorial: eran comprables y, por consiguiente, propiedad de su detentor. Esto es válido aun para los puestos de gobernador y de comandante militar en los distritos concretos del reino. El hecho de que los detentores sólo pudieran, en determinados casos, ejercer su oficio con la aprobación del rey, y que, en otros casos, se otorgasen simplemente por el favor del rey, es de suyo evidente. Se mezclaban ambos métodos: la ocupación de cargos por compraventa y por el favor o la gracia del rey. Pero aquél se fue imponiendo poco a poco y, puesto que el grueso de la nobleza no podía de ninguna manera competir con la burguesía en lo que concernía a posesión de dinero, el tercer estado o al menos familias que procedían de éste y que recientemente habían sido ennoblecidas se introdujeron lentamente, pero a ojos vistas, en tales puestos. Sólo las grandes familias aristocráticas del campo tenían, en parte por las dimensiones de sus propiedades rurales, en parte por las pensiones que les pagaba el rey, suficientes ingresos para mantenerse en cierto modo, también en este orden³⁵. A este respecto, la tendencia a ayudar a la nobleza en esta situación es indiscutible en Enrique IV, así como en Luis XIII y Richelieu. Todos ellos querían y debían mantener a la nobleza alejada de la esfera política del poder, y conservarla como un factor social.

³⁵ Con todo, al considerar los movimientos siempre renovados de rebelión de los grandes contra el rey, hasta la época de Luis XIV, no se debe olvidar que su cobertura monetaria y, por consiguiente, su posición respecto del nivel del rey y de la posesión de dinero de las capas burguesas, estaban también en decadencia. Véase Ranke, 7, VII, p. 98, nota 2.

Tras la muerte de su predecesor, Enrique IV estaba al principio por completo supeditado a la nobleza, y en esta situación empezó —también a petición de sus seguidores— por hacer un juramento real, un pacto por escrito donde, entre otras cosas, se decía:

“Le prometemos servicio y obediencia según el juramento y la promesa que nos ha dado por escrito, y bajo las condiciones de que, en el período de dos meses, Su Majestad entrevistará a los dichos príncipes, duques y pares, oficiales de la Corona y otros súbditos que fueron fieles servidores del difunto rey, y les ordenará reunirse para que juntos tomen los amplios consejo y decisión respecto de los asuntos del reino hasta las determinaciones de dicha Majestad”³⁶.

Se debe considerar además cómo Enrique IV, tras su proclamación como rey, a punto de conquistar de nuevo su reino, pide a los principales nobles de su patria, Perigord, “de s’assembler et de partir de leurs maisons pour le venir trouver et servir aux occasions qui se présentent par deçà”³⁷; cómo convoca a su lado “sa fidèle noblesse de l’Ile de France, Beauce, Champagne et Brie”, cómo encarga a sus apoyos urbanos en la Picardie que conduzcan hasta él “ses bonnes et affectionnés serviteurs”³⁸. Y no obstante fue precisamente él quien dio los últimos y definitivos pasos de aquel proceso que convirtió la manera antigua patriarcal de la relación del rey con la nobleza —la vinculación entre señor feudal y vasallo o compañero de armas— en una vinculación cortesano-absolutista del rey con el cortesano, que adquirió su figura completa posteriormente bajo Luis XIV. En efecto, muy pronto se hace por completo patente aun en él, la conducta necesariamente contradictoria de los reyes y sus representantes en este régimen respecto de la nobleza. Bajo Enrique IV, el sentimiento de vinculación con la aristocracia se entiende aún por sí mismo. El vivía en medio de una sociedad nobiliaria³⁹. El lamentaba la situación que amenazaba con la ruina a muchas “bonnes et anciennes familles” e intentaba ayudarlas me-

³⁶ Citado según Koser, *Die Epoche der absoluten Monarchie in der Geschichte*, p. 263.

³⁷ Avenel, *Lettres de Henri IV. Collection des documents inédits de l’Histoire de France*, t. IV, p. 403.

³⁸ N. Avenel citado en De Vaissière, op. cit., p. 217.

³⁹ “El rey sabe que yo soy tan noble como él mismo”, dice un pequeño noble en una novela de la época. De Vaissière, op. cit., p. 198.

dian te leyes en su endeudamiento⁴⁰. Hizo todo lo que pudo por reconciliar a quienes antaño le habían ayudado, con el cambio que habían experimentado las cosas por las cuales el jefe de la nobleza protestante se había convertido ahora en rey católico de dicha aristocracia. Pero la lógica inmanente de su situación como rey lo obligó en seguida a reprimir todos los intentos de sublevación por parte de la nobleza que se hundía y con frecuencia se sentía bastante marginada. Respecto de estas intentonas de rebelión fue al principio misericordioso y humano, acordándose de las luchas comunes y reconociendo, por así decirlo, su obligación. No pedía nada más que sus opositores confesasen abiertamente su culpa y si se arrepentían, los perdonaba, los acogía graciosamente, sin hacerles sentir ulteriormente que habían cometido un delito. Pero exigía de un modo implacable la sumisión y la confesión de la culpa. Debía exigirlos. Por ejemplo, el duque de Biron que planeaba una rebelión, el rey lo exhortó primero en una conversación a solas, a confesar abiertamente sus planes de sublevación, prometiéndole cierto perdón si confesaba y se arrepentía. Sin embargo, pese a este renovado recuerdo de los servicios prestados al rey⁴¹, éste es inflexible y permite que el duque sea llevado ante los tribunales y condenado a muerte, cuando se rehúsa a confesar. Pero aunque el rey, en virtud del conflicto entre sus lazos con la nobleza y las exigencias ineludibles de su poder real, encontró la salida de una conducta ciertamente decidida, pero básicamente siempre misericordiosa y reconciliadora, una de cuyas expresiones es también el Edicto de Nantes, fue conducido paulatinamente y de una manera cada vez más determinada por el camino de la monarquía absoluta, en el transcurso de su dominio, por así decirlo por la fuerza de las oportunidades que le habían sido otorgadas. Nunca cumplió su promesa de reunir a los Estados Generales. "Quería, para el manejo de sus asuntos de Estado, que se tuviera absoluta fe en él, y un poco más de la que se había tenido en sus predecesores", dice de él un togado⁴².

19. Aunque Enrique IV siguió siendo moderado en todo respecto

⁴⁰ Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII, Hist. de Fr.*, IV, p. 3.

⁴¹ Ranke menciona en op. cit. VII, 5, p. 64, entre otros, el dicho de Biron: "Si nosotros no existiéramos, ¿dónde estarías tú?". Véase también Mariéjol, op. cit., p. 43: "Si él había hablado mal —dice Biron de sí mismo—, había, sin embargo, hecho bien".

⁴² Etienne Pasquier cit. en Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, París, 1905, p. 30.

de la nobleza y dispuesto a auxiliarla, cuanto lo permitían sus deberes reales, tampoco un rey podía, bien que lo deseara, ayudar mucho a la aristocracia en un punto decisivo: su situación económica.

Ya ha sido expuesto lo que significó para la aristocracia la afluencia de nuevos medios monetarios y la creciente comercialización del campo social⁴³. Esta evolución implicó para una gran parte de la nobleza la ruina económica, que fue tanto mayor, cuanto que las guerras de religión tuvieron para la aristocracia que se hundía, la misma función que con frecuencia ejercen las guerras civiles respecto de las capas que van arruinándose: les ocultan lo inevitable de su destino. La confusión y los desórdenes, la auto-acreditación en los combates, la posibilidad de las campañas de pillaje y la facilidad de la ganancia despertaban en la nobleza la esperanza y la fe de que podría mantener su posición social desde hacía mucho tiempo amenazada y salvarse de la ruina y del empobrecimiento, pues no tenían los afectados ni la menor idea de las convulsiones económicas cuyo remolino los arrastraba de un lado a otro. Los nuevos fenómenos con los que se enfrentaban, los interpretaban todavía en sentido de sus experiencias anteriores, esto es, con sus antiguos instrumentos conceptuales.

En este sentido se nos actualizan los vínculos de la nobleza, cuando oímos cómo interpretaba uno de los afectados⁴⁴ esta afluencia inesperada de metales nobles y su significado para la aristocracia:

"Tant s'en faut que ceste guerre [civile] ait appauvry la France, elle l'a du tout enrichie, d'autant qu'elle descouvrit et mit en éviance une infinité de trésors cachez soubz terre, qui ne servoient de rien, et dans les églises, et les mirent si bien au soleil et convertirent en belles et bonnes monnoyes à si grand' quantité, qu'on vist en France reluyre plus de millions d'or qu'auparavant de millions de livres et d'argent, et paroistre plus de testons neufs, beaux, bons et fins, forgez de ces beaux trésors cachez, qu'auparavant il n'y avoit de douzains..."

"Ce n'est pas tout: les riches marchans, les usuriers, les banquiers et autres raque-deniers jusques aux prebstres, quinteroient leur escus cachez et enfermez dans leurs coffres, n'en eussent pas

⁴³ Véase antes pp. 177-178.

⁴⁴ Brantôme, *Oeuvres complètes*, publicadas por L. Lalanne para la Société de l'Histoire de France, t. IV, pp. 328-330.

faict plaiser ny presté pour un double, sans de gros intérestz et usures excessives ou par achapts et engagemens de terres, biens et maisons à vil prix; de sorte que le gentilhomme, qui, durant les guerres étrangères, s'estoit appauvry et engagé son bien, ou vendu, n'en pouvoit plus et ne sçavoit plus de quel bois se chauffer, car ces marauts usuriers avoient tout rafflé: mais ceste bonne guerre civile les restaura et mit au monde. Si bien que j'ay veu tel gentilhomme, et de bon lieu, qui paradvant marchoit par pays avec deux chevaux et un petit lacquays, il se remonta si bien, qu'on le vist, durant et après la guerre civile, marcher par pays avec six et sept bons chevaux... Et voilà comme la brave noblesse de France se restaura par la grâce, ou la graisse, pour mieux dire, de ceste bonne guerre civile**.

Pero en realidad, gran parte de la nobleza francesa, a su vuelta de esta "buena" guerra civil, con cuya "grasa" creía haberse restaurado, se encontró de nuevo más o menos apremiada por las deudas y arruinada. La vida era cara⁴⁵. Los acreedores, junto con los ricos comerciantes, los usureros y los banqueros y sobre todo, los hombres de la Toga, presionaban y se apoderaban dondequiera que podían de los bienes de la nobleza y al mismo tiempo, con bastante frecuencia, de los títulos nobiliarios.

Los nobles, sin embargo, que habían conservado sus bienes, se dieron cuenta de repente que sus ingresos ya no bastaban para cubrir los gastos de una vida costosa:

* "Nada menos cierto que esta guerra [civil] hubiese empobrecido a Francia, sino que la había enriquecido, ya que se descubrieron y se hicieron patentes muchísimos tesoros escondidos bajo tierra, donde no servían para nada, así como en las iglesias; y los sacaron a la luz y convirtieron en bellas y buenas monedas en una tan enorme cantidad que se vio en Francia relucir más millones en oro que antes millones de libras y de plata, y aparecer más testones nuevos, bellos, buenos y finos, acuñados de aquellos hermosos tesoros escondidos, de los que antes no había docenas..."

"Esto no es todo: los ricos mercaderes, los usureros, los banqueros y demás sanguijuelas, y hasta los presbíteros, que tenían sus escudos guardados y escondidos en sus arcas, y que no los habían disfrutado ni prestado por el doble, sin un gran interés y usura excesiva, ni para compra o empeño de tierras, bienes y haciendas a precio vil; de suerte que el gentilhomme que, durante las guerras extranjeras, había empobrecido y empeñado su patrimonio, o lo había vendido, no pudo ni supo más qué hacer, porque estos pícaros usureros se lo habían llevado todo: pero esta bendita guerra civil los restableció y les dio nuevas oportunidades. Yo he llegado a ver tal gentilhomme de buena cuna, que antes recorría el país con dos caballos y un pequeño servidor, recuperarse de tal manera que se le ha visto, durante y después de la guerra civil, recorrer el país con seis y siete buenas cabalgaduras... Y he aquí cómo la valerosa nobleza de Francia se recuperó por la gracia, o a causa, por mejor decir, de esta buena guerra civil."

⁴⁵ Véase entre otros, De Vaissière, *Gentilshommes Campagnards* (Gentilshombres rurales), Perrin, París, 1925, pp. 220 y ss.

"Les seigneurs qui avaient cédé des terres à leurs paysans, contre des redevances en espèces, continuaient à percevoir le même revenu, mais qui n'avait plus la même valeur. Ce qui coûtait cinq sols au temps passé en coûtait vingt au temps d'Henri III. Les nobles s'appauvrisaient sans le savoir"⁴⁶ *.

Como suele suceder con una capa elevada que se arruina, no se trata aquí simplemente de una carencia de medios monetarios, sino de una reducción de la cobertura monetaria en relación con la pretensión social y las necesidades sociales:

"Si les nobles, qui ont perdu leurs revenus et qui sont incroyablement grevés de dettes, voulaient user de prudence et de bon gouvernement, nul doute qu'avec la facilité de vie qu'ils ont, ils ne puissent espérer rétablir leurs affaires, sinon complètement, en grande partie pour le moins, car demeurant ordinairement en leurs domaines, ils y pourraient vivre sans avoir, pour ainsi dire, à mettre la main à la bourse. Il n'en est aucuns, en effet, qui n'aient là du bois pour se chauffer, des champs pour récolter du blé et du vin, des jardins pour les fruits, avec des belles avenues couverts de verts feuillages pour se promener, des garennes pour les lièvres et les lapins, la campagne pour la chasse, des colombiers pour les pigeons, une basse-cour pour la volaille, etc."⁴⁷ **.

En otras palabras, si los nobles se hubiesen decidido a vivir de los productos naturales y a renunciar al dinero y a todo lo que sólo se puede adquirir con éste, si se hubiesen contentado con convertirse en una especie de campesinos mejores, podrían entonces —al

⁴⁶ Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, p. 2.

nas), apéndice, p. 99; citado en De Vaissière, *Gentilshommes Campagnards*, p. 226.

* "Los señores que habían cedido tierras a los aldeanos, recibiendo los arrendamientos en especies, continuaban percibiendo la misma renta, pero ya sin el mismo valor. Lo que en otros tiempos costaba cinco sueldos, costaba veinte en tiempo de Enrique III. Los nobles se empobrecían sin enterarse."

⁴⁷ Relato de Pietro Duodo (1598) en Alberi, *Relazioni Venete* (Relaciones venecianas).

** "Si los nobles, que han perdido sus rentas y se encuentran increíblemente ahogados por las deudas, se decidieran a usar de la prudencia y buena administración, no hay duda que con la vida fácil que llevan podrían reponer el menoscabo de sus negocios, si no por completo al menos en una gran parte, ya que al residir de manera habitual en sus dominios podrían vivir, por así decirlo, sin tener que recurrir a su bolsa. No hay ninguno de ellos, en efecto, que no tenga allí leña para calentarse, campos con trigo y viñedos, huertos de árboles frutales con bellos paseos cubiertos de enramadas donde poder pasear, vedados con liebres y conejos, la campiña para cazar, palomares para los pichones, un corral para las aves, etc."

parecer del embajador veneciano Duodo, autor del relato citado—vivir muy bien.

Pero precisamente porque muchos nobles no querían esto, porque luchaban por conservar su existencia como nobles, se precipitaban a la corte, se entregaban a la directa dependencia del rey. Así pues, de esta manera se decidió aquello que, desde ciertos puntos de vista, se llama con razón la lucha entre monarquía y nobleza. Los eslabones de la cadena que sujeta a la nobleza se engarzan unos en otros: los nobles se empobrecen porque, en virtud de cierta tradición estamentaria y de la correspondiente opinión social, les es exigido vivir de rentas y no ejercer ningún trabajo profesional, para conservar su existencia social y su prestigio; en consecuencia, no pueden, en el proceso de devaluación del dinero, adaptarse a las exigencias que corresponden al tren de vida de las capas burguesas profesionales; los nobles, o más exactamente, la mayoría de ellos, están ante la alternativa de llevar una vida similar a la de los campesinos, que en todo caso, era una vida muy feliz que no tiene en absoluto nada que ver ya con su reivindicación de valía aristocrática, o de trasladarse a la prisión de la corte y con ello conservar su prestigio social sobre una nueva base. Algunos tuvieron éxito en esta empresa, otros no. La reestructuración de la nobleza, su constitución basada en el distanciamiento cortesano que ya, bajo Francisco I, aparece claramente en primer plano, no se realiza de un solo golpe; todavía, bajo Enrique IV, no está concluida, pues esta afluencia de la nobleza no cortesana, esto es, provinciana y rural, a la corte y el intento de promocionarse desde la despreciada nobleza rural a los círculos de la sociedad cortesana no desaparece nunca durante el *ancien régime*; simplemente se hace cada vez más dificultoso el ascenso de aquélla a estos grupos.

La corte de economía monetaria constituye en cierto modo, dado que su transformación a partir de la antigua de economía natural apenas se está haciendo, el receptáculo donde desembocan ciertas corrientes sociales. Cuanto más se llena este receptáculo, tanto menor número de hombres pueden ser trasladados por estas corrientes tanto de la reserva de la nobleza rural-provinciana, como de la burguesa. Cambia así, dentro de la circulación social que aquí se forma y cuyo órgano de supremo rango es la corte, de un modo paulatino y tras muchas oscilaciones, toda la relación de tensiones hasta que, al final, el sistema completo resulta desgarrado por sus presiones internas.

20. Es verdad que al principio todavía no forma parte de la política consciente del rey favorecer con toda energía la permanente estancia en la corte de la nobleza alta y baja, por cuanto ésta pretende el favor del rey. Es cierto que Enrique IV todavía no disponía de los medios necesarios para financiar un aparato cortesano tan poderoso ni para otorgar cargos cortesanos, gracias y pensiones en el mismo grado que Luis XIV, posteriormente. Ni se lanzó en absoluto como éste, tan conscientemente a hacer de la corte una formación nobiliaria y un lugar de manutención para la nobleza. La configuración se encuentra todavía en un movimiento vivo. Familias nobles se arruinan, mientras las burguesas ascienden. Los estamentos siguen existiendo, pero hay una gran fluctuación entre ellos; los muros que los separan están llenos de hendiduras. Habilidad o torpeza, suerte o desgracia personales determinan en esta época las oportunidades de una familia con frecuencia tanto como su pertenencia original a uno u otro grupo social.

Poco a poco se hicieron más angostas ulteriormente las vías de acceso que de fuera, de las capas no cortesanas, conducían a la sociedad cortesana. Lentamente se transformó la corte real y la sociedad cortesana en una formación social cuyos usos y costumbres ostensiblemente contrastaban con los de todas las formaciones no cortesanas, hasta en la manera de hablar, de vestir y aun en los movimientos del cuerpo al caminar y en los gestos habituales en la conversación. Se hizo más difícil que antes para los hombres que no habían crecido en el ambiente de la corte o no habían alcanzado un acceso temprano a los círculos de trato cortesanos conformar en sí los rasgos de carácter personal mediante los cuales los aristócratas de la corte se distinguían de los nobles y burgueses no cortesanos, y se reconocían recíprocamente entre ellos.

Con el creciente desarrollo de la corte real francesa en una social formación elitista de contornos acusados, creció como accesorio obvio de una peculiar existencia social en auge, simultáneamente, una cultura peculiar de la sociedad cortesana. Ya en la Edad Media se habían dado formas previas de esta elitista cultura cortesana del gesto, del hablar, de amor y del gusto —por sólo mencionar estos aspectos—, y no sólo en las cortes reales, sino, y de modo muy particular, en las cortes de los señores territoriales. Si uno se tomase el trabajo, podría rastrear con toda exactitud la manera como lo que puede denominarse “cultura cortesana” se va desarrollando paulatinamente como aspecto de la evolución de la sociedad

cortesana, como una formación elitista que se destaca claramente del campo social global. Tal investigación podría contribuir mucho a volver a relacionar el concepto de "cultura" —que hoy en día se emplea con frecuencia como si designase un fenómeno autónomo, independiente de los hombres, caído del cielo— con el desarrollo social de las asociaciones humanas, sólo dentro de las cuales se puede estudiar y explicar efectivamente los fenómenos culturales o, usando otro término, las tradiciones sociales. La cultura cortesana se convirtió poco a poco, los siglos XVI y XVII, en la cultura determinante de muchos países, porque la sociedad cortesana llegó a ser, especialmente en Francia, en el proceso de la creciente centralización del sistema estatal, la elitista formación social dominante del país. El proceso de segregación y separación de la sociedad cortesana se había consumado en cierto modo, bajo Luis XIV. Durante su reinado, se redujeron considerablemente las oportunidades de acceso tanto para los burgueses como para los nobles provincianos; pero tampoco en esta época, se acabaron por completo.

Muy poco a poco quedó constituido el carácter de la corte como una organización para subvenir a las necesidades de la nobleza, y como instrumento de poder del rey frente a la aristocracia. Ello sucedió después de que los grupos participantes habían puesto a prueba sin interrupción, en numerosos conflictos manifiestos y latentes, la relativa fuerza de sus respectivas dependencias, así como de sus oportunidades de poder. Luis XIV, desde la fuerza de su posición de poder, fue finalmente quien resultó el único beneficiado y se aprovechó ciertamente con gran energía y decisión de las oportunidades que se le presentaban en este campo. Quizá pueda uno entender mejor estas oportunidades, si se lee una petición que, bajo el título de *Requestes et articles pour le rétablissement de la Noblesse*, dirigió la aristocracia, el 10 de febrero de 1627, al predecesor de Luis XIV⁴⁸.

Se dice allí en primer lugar que, después de la ayuda de Dios y la espada de Enrique IV, es a la nobleza a la que hay que agradecer la obtención de esta Corona, en una época en que la mayoría de las otras capas se hubiesen dejado arrastrar a la rebelión; que, sin embargo, la nobleza

"elle est au plus pitoyable état qu'elle fut jamais... la pauvreté l'accable... l'oisiveté la rend vicieuse... l'oppression l'a presque réduite au désespoir"*.

Se alude después explícitamente entre las razones de esta situación a la desconfianza que algunos de este estamento, por su arrogancia y ambiciones, habían inspirado al rey; por ello, finalmente, los reyes habrían llegado a la convicción de que era necesario disminuir su poder, elevando al tercer estado y excluyéndolos de los cargos y dignidades de los que tal vez habían abusado, de tal suerte que desde entonces los nobles se habrían visto despojados de la administración de justicia y de los impuestos y expulsados de los consejos del rey.

Se interpreta aquí también claramente que el enfrentar un estamento contra otro y las oscilaciones en el equilibrio de tensiones entre los estamentos es la política tradicional de los reyes.

Sin embargo, la nobleza pide en seguida, en 22 artículos, entre otras cosas lo siguiente: además de los cargos de mando militar de los particulares *gouvernements* del Reino, deben dejar de ser venales, ante todo, los cargos militares y civiles de la Casa real —por lo tanto, propiamente el armazón de lo que más tarde convirtió a la corte en un aparato de aprovisionamiento para la nobleza—; deben seguir siendo exclusivos de la aristocracia. De esta manera, lo que aquí aparece primero como solicitud de la nobleza, lo consumó Luis XIV posteriormente: atendió a las necesidades de la aristocracia, en efecto, pero la dominó también. Reservó para ella los cargos cortesanos y los distribuyó personalmente según su graciosa voluntad y, dado que representaban indudablemente, como todos los demás cargos, una propiedad, debían por supuesto ser pagados al pasar de una familia a otra.

Pero la nobleza pedía en estos 22 artículos también otras cosas. Deseaban tener cierta influencia en la administración de las provincias y el acceso de algunos nobles, particularmente aptos, a los Parlamentos, al menos con voz deliberativa y sin remuneración. Solicitaban que de sus filas saliese una tercera parte de los miembros de los consejos de finanzas y de otros instrumentos del poder real. Sin embargo, de éstas y otras peticiones de la nobleza, aparte algunas de escasa monta, sólo fue concedida, en lo esencial, poste-

⁴⁸ Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, p. 390.

* "se encuentra en el estado más lastimoso que jamás estuviera... la pobreza la abruma... el ocio la vuelve viciosa... la opresión casi la ha conducido a la desesperación".

riormente la primera mencionada: los cargos cortesanos quedaron reservados para los nobles. Todas las otras exigencias de la aristocracia, por cuanto en algún grado aunque fuera modesto, pretendían una participación de la misma en el poder o en la administración, permanecieron incumplidas hasta la muerte de Luis XIV.

21. Otra vez tenemos aquí una imagen clara de la alteración del equilibrio que en Francia condujo a la manera cortesana de mantener a partes de la nobleza. El tipo opuesto que quizá se presenta a los alemanes como el único evidente y adecuado, es la solución prusiana de este problema.

"Frédéric II —dice Taine⁴⁹— s'étant fait expliquer cette étiquette, disait que s'il était roi de France, son premier édit serait pour faire un autre roi qui tiendrait la cour à sa place; en effet, à ces désœuvrés qui saluent, il faut un désœuvré qu'il saluent. Il n'y aurait qu'un moyen de dégager le monarque: ce serait de refondre la noblesse française et de la transformer, d'après le modèle prussien, en un régiment laborieux de fonctionnaires utiles"*.

Hacer de la nobleza un regimiento diligente de funcionarios útiles es, de hecho, el exacto antitipo de la forma de la aristocracia a cuyo mantenimiento contribuyó de manera tan decisiva la conducta tradicional de los reyes franceses.

Plantear la pregunta de por qué en Prusia hubo una evolución en este sentido y en Francia, en otro, significa asimismo poner sobre el tapete de la discusión de un modo general el problema de la diversidad de estos desarrollos nacionales. Se podría mostrar la importancia que tuvo para la conformación de Prusia, el hecho de que aquí la corte moderna bajo el primer rey prusiano debió ser creada de nuevo más o menos según modelos extranjeros, mientras que, en Francia, creciendo paulatinamente a través de siglos, adquirió una forma tradicional determinada que requirió sólo remodelaciones, pero nunca propiamente ser "creada". Se podría también poner de manifiesto lo que para la relación de la nobleza

⁴⁹ Véase Taine, *Les Origines*, t. II, libro 4, cap. 3, II, p. 170.

* "Federico II —dice Taine—, habiéndose hecho explicar este ceremonial, decía que si él fuese rey de Francia su primera medida sería nombrar en su lugar otro rey en la corte; en efecto, para estos desocupados que aclaman, es necesario un desocupado a quien aclamar. No habría sino un medio para redimir al monarca, que consistiría en volver a fundir a la nobleza francesa y transformarla, según el modelo prusiano, en un laborioso regimiento de funcionarios útiles."

con la monarquía en Prusia importó la carencia de una formación común en el sentido de una mentalidad cortesana y la vinculación tradicional del rey y la aristocracia sobre la base de esta mentalidad. El relativamente escaso desarrollo de la burguesía urbana dio otro carácter al equilibrio de tensiones de la sociedad estatal prusiana. En este contexto sólo se puede mencionar brevemente uno de los múltiples problemas que plantea la diferencia evolutiva de estas dos configuraciones, puesto que se relaciona directamente con la cuestión acerca de la formación de la corte en Francia. En Alemania, ya desde el tiempo de la Reforma, se establece abiertamente en los círculos nobiliarios cierta tendencia al estudio jurídico y a la carrera de cargos⁵⁰. Por el contrario, en Francia, la nobleza era y siguió siendo, de acuerdo con la tradición, un estamento guerrero que no trabajaba y cuyos miembros en general sólo ingresaban en la universidad, cuando intentaban hacerse eclesiásticos. En toda la historia moderna de Francia apenas se topa uno casi nunca con nombres de juristas nobles, esto es, que pertenezcan a la nobleza de espada⁵¹. Sólo se puede aquí indicar de paso que las diferencias entre la manera en que se formaban y reclutaban las intelectualidades alemana y francesa están en relación estrecha con

⁵⁰ Véase por ejemplo Ad. Stölzel, *Die Entwicklung des gelehrten Richtertums in deutschen Territorien* (El desarrollo de los jueces cultivados en los territorios alemanes), Stuttgart, 1872, p. 600: "La gran mayoría de los jueces cultivados de los siglos XVI y XVII pertenecía, en lo esencial, a las familias del concejo de las ciudades hesienses, tanto importantes como pequeñas; siguieron estando reservados a la nobleza los puestos estatales más elevados; para alcanzarlos, se incrementó considerablemente desde la época de la Reforma el número de los estudiantes hesienses procedentes del estamento nobiliario." Se podría aducir toda una serie de pruebas documentales de que la burocratización de la nobleza, en general como una salida para los hijos más jóvenes, empieza en Alemania bastante pronto. Las razones de tal desarrollo constituyen, no obstante, un problema todavía no resuelto que hasta hoy ha recibido quizá muy poca atención, a pesar de su gran importancia para la evolución de los caracteres nacionales alemán y francés y para la comprensión de este desarrollo. En el estado actual de la investigación, sólo se puede hacer conjeturas acerca de las razones por las cuales la nobleza alemana, al menos en parte, asistió a la universidad y concilió esto manifiesta y absolutamente con su honor estamentario, mientras que en Francia esto no sucedió en absoluto. Se debía ante todo investigar con mayor precisión si este uso se limitó a la nobleza protestante o si también se encuentra en países católicos.

⁵¹ Véase asimismo Brantôme, *Biographische Fragmente*, Jena, 1797, *Allg. Samml. Hist. Mem.*, sec. II, t. 13, p. 159: "El rey Francisco designaba también a diversos eclesiásticos como miembros de su consejo secreto; a ello le obligaba ante todo la circunstancia de que los nobles de su reino, al menos los hijos más jóvenes (esto es, los únicos a quienes era posible estudiar), no estudiaban y no aprendían lo suficiente como para poder ser utilizados y empleados en sus cortes parlamentarias y en el pequeño o grande consejo de Estado."

este hecho. En Alemania, la universidad se convirtió en un decisivo instrumento de formación, mientras que en Francia, la universidad del *ancien régime* apenas tuvo un contacto vivo con la sociedad que propiamente creaba la cultura, esto es, la sociedad cortesana. En Alemania, la intelectualidad fue ampliamente de académicos o, en todo caso, de hombres que habían asistido a la universidad; en Francia, en cambio, el aparato de selección de la intelectualidad no lo constituía la universidad sino la sociedad cortesana, el *monde*, en sentido amplio o estricto. En Alemania, finalmente, pese a todas las relaciones sociales entre los miembros de la intelectualidad, el libro constituyó sin duda, si no el medio de comunicación primario entre los hombres, sí un medio particularmente importante; en Francia, por el contrario, aunque se amara los libros, como forma de comunicación entre las personas, la conversación ocupaba no obstante el primer lugar. Tales son algunos de los fenómenos que directamente se relacionan con la posición especial de la universidad en Alemania y con la separación, en Francia, de universidad y cultura cortesana.

22. No sólo es diferente la forma de la nobleza en Francia y en Alemania, o dicho con mayor exactitud, en Prusia, sino también la de la burocracia. Ambos hechos están íntimamente conectados; no se puede entender uno sin el otro. Aun para la formación de la corte como lugar de aprovisionamiento de la nobleza, esta relación no deja de tener importancia. Podemos referirnos a ella brevemente. La institución de la venta de cargos es característica de la burocracia del *ancien régime*. Sin que importe el modo como se originó, fue, en todo caso, en el curso del siglo XVI, con ciertas oscilaciones, perfeccionándose cada vez más, y, en la época de Enrique IV, apenas se la podía eliminar, sin que se produjese una fuerte convulsión de todas las relaciones sociales. La monarquía cortesana del *ancien régime* estaba indisolublemente unida con la estructura global de esta institución.

La cuestión acerca de si la venta de cargos, comparada con nuestras valoraciones, propias de un grado ulterior de evolución, era "buena" o "mala" no sólo es irrelevante, sino que está incorrectamente planteada. En efecto, las valoraciones del actual *ethos* burocrático dominante proceden, tal como la forma presente de la burocracia misma, de formas anteriores, entre otras, las valoraciones ligadas con la venta de cargos. La legitimación de la venta de

cargos que Enrique IV realizó, tuvo en su día razones financieras muy determinadas. La venta de cargos significa para el rey una importante fuente de ingresos. Pero además la legitimación fue emprendida expresamente para arrebatar a la nobleza de un modo definitivo todo influjo en la ocupación de los cargos y para imposibilitar toda clase de patronazgo feudal de los mismos. Así pues, también esta institución tuvo en cierto aspecto el sentido de un instrumento de la lucha de los reyes contra la nobleza, sobre todo contra la alta.

Hubiera sido simplemente absurdo y contrario a todas las exigencias de la política regia el introducir a la nobleza en esta institución de los cargos venales, que acababa de legitimar definitivamente Enrique IV y que había sido confundada por las tensiones entre el rey y la aristocracia. Hubiera sido además completamente imposible, pues sólo la supresión de la venalidad, por la que de hecho también la nobleza había luchado con bastante frecuencia y, por consiguiente, el cambio del sistema global hubiesen podido abrir de nuevo al grueso de la aristocracia, que sólo disponía de escasos medios, el acceso a los cargos de la administración, la tributación y la justicia. Tal cambio hubiese estado ligado con extraordinarios gastos, pues el rey, a menos que emprendiese una forzosa expropiación de la propiedad, hubiese debido devolver las sumas pagadas por la compra, o bien la fuerza de la rica burguesía, cuya propiedad estaba constituida por los cargos, hubiese quedado paralizada de modo decisivo. Además los reyes no tenían ningún interés en absoluto en tomar tales medidas. Aparte el hecho de que la venalidad de los cargos constituía para ellos una fuente de ingresos imprescindible, la supresión de esta institución hubiese introducido un importante trastorno del equilibrio social en su Estado.

Todo intento de dar marcha atrás en la venalidad de los cargos, fracasó durante todo el *ancien régime*, en parte por razones financieras, y en parte por la exasperada resistencia de los propietarios. Más aún puede por cierto afirmarse que en la época decisiva de la nueva constitución de la nobleza francesa, nadie ponderó seriamente que la solución del problema de la aristocracia fuera la burocratización de la misma. Tal solución estaba fuera del ámbito de lo razonable y posible en este campo social y de lo que deseaban los diversos centros de intereses: la Toga, la nobleza de espada y la monarquía. La solicitud arriba mencionada de la nobleza, el año 1627, que tiene en cuenta todos los posibles caminos para proveer

a las necesidades de la aristocracia y mantenerla, ni siquiera alude a esta posibilidad. La nobleza misma, como queda dicho, sólo pide que se admita a cierto número de nobles en los tribunales supremos y en los parlamentos y, por cierto, sin retribución, esto es, no en el sentido de una sinecura, sino en el de ocupar una posición de poder.

23. Lo que siguió siendo la base para la manutención de la nobleza, aparte los feudos, pensiones y regalos del rey, fueron en primer término los cargos cortesanos, así como los cortesano-diplomáticos y militares. Por lo tanto, la solicitud de la nobleza de que se le reservaran cargos para los nobles, tuvo, en efecto, éxito sólo cuando se trataba de cargos de este tipo. Pero esto empezó a ser válido apenas bajo Luis XIV. Bajo Luis XIII y Richelieu, en cuya época se presentó la citada petición de la nobleza, las cosas no llegaron tan lejos. El equilibrio entre los grupos principales todavía no se había establecido firmemente para beneficio óptimo de la posición regia. Los grandes del Reino, que, en parte encabezaban el movimiento hugonote, seguían constituyendo un peligro para el ilimitado poder real.

Cuando se intenta dar cuenta de la configuración de la corte y del nivel de las tensiones sociales en las cuales aquélla se iba lentamente formando, del nivel de los conflictos entre la monarquía y sus representantes, por una parte, y, por otra, la nobleza empujada por el ascendente tercer estado, durante la regencia de Richelieu, se ve lo siguiente:

Las representaciones estamentarias de la nobleza y, por consiguiente, la mayoría de este estamento apenas conservaban una importancia autónoma como factores políticos en la lucha contra la monarquía. Los Estados Generales de 1614 muestran por primera vez con absoluta claridad cuán fuerte y exigente se había hecho entre tanto el tercer estado, y que la nobleza estamentaria, obligaba a defenderse de la burguesía, necesitaba ya demasiado al rey como apoyo y árbitro, como para poder hacer un frente contra las exigencias de éste.

En cambio, los grupos nobiliarios más próximos al rey —la alta nobleza—, en especial los príncipes de linaje, los duques y pares de Francia, gozaban todavía, como contrincantes del rey, de un considerable poder. Es bastante claro tanto el fundamento como la fuente de tal poder: se basa principalmente en su función de go-

bernadores, de comandantes militares supremos de sus provincias y plazas fuertes. Después de que paulatinamente la aristocracia fue marginada de todos los demás aparatos de poder, siguió conservando esta última autónoma posición de poder.

Se añadía a esto el hecho de que el rey y también Richelieu eran al principio relativamente considerados con los miembros más próximos de la Casa real, sobre todo, con la madre y el hermano del rey. Era necesaria manifiestamente la experiencia siempre renovada de la amenaza al rey y al poder real que éstos debían esperar de una intromisión y participación de los más próximos parientes del rey en los asuntos del gobierno, así como la derrota previa de todas estas agitaciones, para conducir en esta dirección a Luis XIV, quien desde el principio llevó a cabo consciente y rigurosamente una política para marginar a sus parientes próximos y para, seguro de sus objetivos, centralizar todas las decisiones en su mano. Ello constituía un significativo paso en el desarrollo de la fase dinástica⁵² de la formación del Estado. Bajo Luis XIII y Richelieu, todavía encontraban las sublevaciones de la nobleza contra la monarquía su centro y su apoyo en esta relativamente intacta posición de poder militar que tenía hombres y mujeres de la alta nobleza. Gracias a ella, las facciones de la corte que, en última instancia, existieron siempre, pero que sin tales posiciones de poder y centro debían quedarse en camarillas más o menos insignificantes y que, por supuesto, no podían constituir ningún peligro para el rey, poseyeron al principio una fuerza social que no hay que subestimar.

Es muy característico el hecho de que el hermano de Luis XIII, Gaston, duque de Orleans, como algunos hermanos enemigos de reyes anteriores, cuando se decidió a encabezar la facción contraria al cardenal y después de haber roto clara y abiertamente con éste, abandonó París en seguida y se marchó a Orleans para llevar a cabo, desde una fuerte posición militar, la lucha contra Richelieu y el rey.

⁵² De las formas tempranas de los Estados dinásticos, que, por ejemplo en Africa, todavía se encuentran aun hoy en parte, hasta estas formas tardías, hay una línea de desarrollo profusamente ramificada, pero, no obstante, bastante clara en su dirección. En las formas primitivas, pese a la respectiva plenitud de poder del autócrata, toda la "Casa" de éste, su familia y sobre todo, con bastante frecuencia, su madre, tiene un influjo, regulado de ordinario por la tradición, determinante sobre ciertos asuntos del gobierno. En especial, la elección de un sucesor está habitualmente en manos de la dinastía.

De modo similar, ya antes se había formado una facción en torno al bastardo de Enrique IV, hermano natural del rey, el duque de Vendôme. El punto de apoyo en este caso fue Bretaña. El duque era gobernador de esta provincia y creía poseer, en virtud de un matrimonio, un derecho hereditario sobre ella.

Así pues, bajo Luis XIII, perduraban todavía en la alta nobleza las antiguas reivindicaciones de poder de los grandes vasallos de la Corona. El particularismo provinciano juntamente con una centralización militar bastante amplia y una relativamente extensa autonomía de los mandos militares en las provincias, otorgaba su base real a tales reivindicaciones. La misma estructura queda de manifiesto en todos los conflictos y luchas entre el representante del rey, Richelieu, y la alta nobleza. A veces, la resistencia venía del gobernador de Provenza, a veces del de Languedoc, el duque de Montmorency. Una similar posición de poder fue asimismo la base de la oposición de la aristocracia hugonote. Por cuanto el ejército del país todavía no estaba definitivamente centralizado, por cuanto los gobernadores de las provincias podían considerar sus puestos comprados y pagados como propiedad, por cuanto los comandantes de las fortalezas y los capitanes de las plazas fuertes gozaban todavía de una autonomía bastante amplia, la alta nobleza había al menos mantenido su última posición de poder que le permitía de nuevo oponerse al poder ilimitado del rey.

No es por cierto ninguna casualidad que la asamblea de notables de 1627, elegida al gusto de Richelieu, exigiera ante todo que ya no fuese dejada ninguna fortaleza en manos de los "Grandes"; que todas las fortalezas que no fuesen directamente necesarias para la defensa del país, se demolicen; que a nadie se le permitiese, sin autorización de la Corona, poseer cañones o mandarlos forjar. Tampoco fue casual que dicha asamblea aprobase sin resistencia, después de algunas discusiones sobre la forma de procurarse el dinero y sobre la suma con la que cada provincia debía contribuir, los gastos de un ejército permanente de cerca de 20 000 hombres, que debía explícitamente, a más de sus deberes frente al enemigo extranjero, servir también a la seguridad de la paz pública y a la consolidación del prestigio del rey. De esta manera Richelieu conducía el combate contra la última posición de poder de la alta nobleza. Los que se opusieron murieron derrotados: parte, en la cárcel; parte, en la batalla; parte en el exilio; aun a la madre del rey dejó Richelieu morir en el extranjero. El poder de la alta nobleza

permitía pues, todavía una resistencia contra la monarquía; pero puesto que una personalidad decidida se había hecho cargo de las tareas de la monarquía, el poder de los grandes, que fácilmente se enemistaban y constantemente rivalizaban entre sí, ya no bastaba para alcanzar la victoria sobre el rey. Aunque Richelieu nunca cumplió con su plan de cambiar, cada tres años, a los gobernadores, comandantes militares de las provincias, mantuvo⁵³, en todo caso, entre ellos una estricta disciplina y los revocaba según su arbitrio. Esto ya era suficiente humillación para ellos.

En un pasaje de sus Memorias, Richelieu dice explícitamente⁵⁴:

"De croire que pour être fils ou frère du Roi ou prince de son sang, ils puissent impunément troubler le Royaume, c'est se tromper. Il est bien plus raisonnable d'assurer le Royaume et la Royauté que d'avoir égard à leurs qualités qui donneroient impunité"*.

De este modo, subordinaba la *qualité* de la nobleza a las necesidades del poder real. Este nivel de la distribución de poder entre nobleza y monarquía determina asimismo la forma que la corte tomó bajo Luis XIII. Creció poderosamente por la afluencia de la nobleza desenraizada; constituyó posteriormente, ya en la época de Enrique IV, una especie de crisol donde los burgueses en ascenso que se habían elevado principalmente gracias a la venalidad de los cargos cortesanos, los nobles de nuevo cuño, en especial del estrato de la Toga, entraron en contacto con la antigua nobleza y en parte, se mezclaron por matrimonios⁵⁵. La corte no se convierte todavía en el permanente domicilio de los grandes del país y, por consiguiente, en el exclusivo centro social de Francia. Pero la espontánea vida caballeresca que otorgaba al varón noble su residencia rural, su sólida patria y la peregrinación de los campamentos guerreros, y a la mujer noble al menos un espacio para actuar, es, para muchos nobles, cosa del pasado.

⁵³ Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, p. 363.

⁵⁴ *Mémoires de Richelieu*, VII, p. 177, citado en Ranke, op. cit., p. 293.

* "Creer que por ser hijo o hermano del Rey, o príncipe de sangre, podían perturbar impunemente el Reino, es engañarse. Es mucho más razonable asegurar el Reino y la Realeza que tomar en consideración sus cualidades, que pudieran concederles la impunidad."

⁵⁵ "Los nobles se casan, pero lo detestan", véase Mariéjol, op. cit., p. 161.

24. Para una parte de la aristocracia desde entonces se redujo no sólo su base material, sino también su espacio de acción y su horizonte de vida; quedó limitada a un más o menos estrecho írta pasando en su residencia rural. La compensación de la estructura que daba el campamento y el cambio de lugar en la guerra, fue al menos en parte eliminada. Y les siguieron estando vedados el desarrollo y la amplia perspectiva que de entonces en adelante sólo podía conceder la vida cortesana, principalmente a través del prestigio.

Otros encontraron en la corte real y, por lo tanto, en la ciudad de París, una nueva patria más inestable, o, de momento, en las cortes de alguno de los grandes del país. Pero también para éstos, como para los reyes, sus residencias rurales sólo fueron en adelante meras dependencias de un *hôtel* o corte, situados en la ciudad capital de su respectivo distrito. Por lo demás, también ellos vivían, a no ser que estuviesen expulsados o en desgracia, al menos de tiempo en tiempo, en la corte real, aunque ésta todavía no se convirtiera en su domicilio permanente. La sociedad bajo Luis XIII ya era cortesana y estaba caracterizada por la importancia de las mujeres a las cuales los hombres, despojados ampliamente de sus funciones caballerescas, aventajaban ahora socialmente bastante menos; con todo, se trataba todavía de una sociedad cortesana bastante descentralizada. El tren de vida caballeresco y su *ethos* específico no había todavía desaparecido del todo, pero tales conducta y *ethos*, que alguna vez habían sido ajustados a la realidad y fuente de toda fama y éxito para la nobleza de espada, se habían ahora, en esta situación modificada, de un modo paulatino, alejado de la realidad y condenaban cada vez más al fracaso a sus portadores.

Nadie podrá dejar de percibir lo trágico de esta desfuncionalización, que consiste en el hecho de que hombres cuya existencia y autoconsciencia están ligadas a una conducta tradicional determinada que llevó a sus padres y quizá también a ellos mismos en su juventud al éxito y a una autoafirmación suficiente, se vean, con el mismo comportamiento, condenados ahora al fracaso y a la decadencia, en un mundo que se ha transformado en virtud de causas ininteligibles. Una escena que Ranke describe, pinta un cuadro tan gráfico de este destino de los últimos representantes nobles de la tradición caballerisca, que conviene recordar aquí: el duque de Montmorency, hijo de un hombre que había contribuido de un

modo sustancial a la victoria de Enrique IV, se había rebelado. Era de una índole principesca y caballerisca, generoso y brillante, valiente y ambicioso. Servía también al rey, pero no entendía que el poder y el derecho a reinar sólo perteneciera al rey, o dicho con mayor exactitud, a Richelieu. Por ello se rebeló. Se oponía a él el mariscal del rey Schomberg, en una posición que no era muy favorable, pero Ranke lo dice así:

“Ello era una ventaja a la que Montmorency atendía poco; en cuanto veía un destacamento enemigo, proponía a sus amigos atacarlo sin tardanza, pues para él la guerra era sobre todo una audaz carrera de caballeros. Un avezado compañero, el conde Rieux, le suplicó que esperase hasta que, con un par de cañones que acababan de llegar, el orden de combate del enemigo hubiese sido trastornado. Pero una arrebatada ansia guerrera se había apoderado ya de Montmorency, quien opinaba que no había tiempo que perder, y así el consejero, aunque presintiendo la desgracia, no osó oponerse a la impetuosa voluntad del caballero jefe. ‘Señor —gritó— deseo morir a vuestros pies.’ A Montmorency se le reconocía por su corcel adornado con maravillosas plumas rojas, azules y negras; era sólo un pequeño ejército de compañeros que con él habían superado todas las dificultades; derribaban todo lo que se les ponía delante; avanzaban de manera fulminante hasta encontrar finalmente el frente auténtico de la formación del enemigo, pero allí recibieron de cerca un rápido fuego de mosquetes; caballos y hombres cayeron heridos y muertos; el conde Rieux y la mayoría sucumbieron; el duque de Montmorency, herido, cayó con su caballo igualmente tocado y fue hecho prisionero”⁵⁶.

Richelieu lo presentó a un tribunal de cuya sentencia estaba seguro; poco después el último de los Montmorency fue decapitado en el patio del ayuntamiento de Toulouse.

Aunque este acontecimiento es poco vistoso y para el curso de la denominada gran historia, bastante insignificante, tiene la propiedad de ser un suceso *típico*, un símbolo. La antigua nobleza no fracasó simplemente por las armas de fuego, sino sobre todo por la dificultad en liberarse de modos de comportamiento con los que ella vinculaba toda su autoestima y, por consiguiente, también el placer y la alegría. Es aquí patente lo que significa el hecho de que una conducta otrora ajustada a la realidad pueda llegar a conver-

⁵⁶ Ranke, op. cit., libro 10, cap. 3, pp. 315 y s.

tirse, al final, en un comportamiento ajeno a la realidad en una configuración de hombres que paulatinamente se va transformando, esto es, cuando las oportunidades se reducen por un lado y se ven incrementadas por otro. Es asimismo evidente, desde otra perspectiva, por qué triunfó la monarquía y cómo la nobleza guerrero-caballeresca se hizo una aristocracia cortesana relativamente pacificada.

Cuando Luis XIV fue adulto y asumió el poder, la suerte de la nobleza ya estaba decidida. La desigualdad de las oportunidades que, en este campo, correspondieron a la monarquía, por un lado, y a la nobleza, por otro, había permitido que la energía y la importancia de los representantes reales, desarrolladas a partir de tales oportunidades, lograran arrojar a la nobleza de todas las autónomas posiciones de poder.

25. Pese a la debilidad de la posición de la nobleza, Luis XIV estuvo por completo dominado por el sentimiento, nacido de la experiencia de su juventud, de que la nobleza —y más en concreto, la alta que le era más próxima— constituía una amenaza para él. La incesante vigilancia respecto de la nobleza —como frente a todos sus demás súbditos— fue uno de sus rasgos dominantes. La resignación ante las cuestiones económicas que, como en general a los cortesanos, le caracterizaba por cuanto era consciente que la presión en esta esfera no afectaba de raíz su existencia social, le faltaba a él y a todos los cortesanos por completo cuando se trataba de cuestiones de poder, rango, prestigio y superioridad personal. En esta esfera, Luis XIV era todo lo contrario de un hombre paciente; era muy ansioso e inflexible en alto grado.

Permitir que la nobleza cayera, estaba fuera del ámbito de lo que él podía pensar o querer. Se lo impedían no sólo el esplendor exterior y el prestigio de su poder, no sólo su propio prestigio como noble, su necesidad de una sociedad y una sociabilidad distinguidas, y, en última instancia, no sólo la tradición, sino la estructura conflictiva de su mismo sistema de poder. En absoluto dependía de su voluntad y decisión libre conservar a la aristocracia o dejar que se hundiese. La necesitaba, como se ha visto, en múltiples aspectos. La frase del rey, cuando St. Simon se separó del servicio militar —“otro más que nos abandona”—, es sólo un ejemplo de esta situación.

Así pues, él, en este sentido, apoyándose en el trabajo y la expe-

riencia de sus predecesores, aunque en una situación más favorable que éstos, estructuró, con una consciencia muy clara de sus objetivos, su corte sobre la base de aquella relación ambivalente de la cual se ha hablado aquí con frecuencia: como una institución para proveer las necesidades de la nobleza y controlarla.

El rey quería “reunir bajo su inspección directa a todos aquellos que pueden ser jefes de una revuelta y cuyos castillos pueden ser usados como lugar de reunión...”⁵⁷.

Cuánto y en qué sentido también la otra parte —la aristocracia— entendió que la estructura de la corte expresaba una política consciente de control, lo muestra la descripción de St. Simon⁵⁸:

“También la vida cortesana servía como instrumento a la política despótica. Ya he mostrado cómo mediante ella los más nobles fueron manchados, humillados, confundidos con la chusma; cómo los ministros superaban en influjo y poder a todos los demás, aun a los príncipes de linaje... Varias circunstancias reforzaron al rey en su decisión de trasladar la corte de París y residir siempre en el campo. Los desórdenes que, durante su minoría de edad se desarrollaron en París le habían hecho desagradable la ciudad. Más aún consideraba peligroso habitar allí; creyó dificultar las cábalas, si trasladaba el lugar de la corte. No menor influencia tuvo en su decisión también la economía de su amante y el cuidado de no escandalizar demasiado, viviendo en medio de una gran población. Se añadió a ello una cierta preocupación... por su seguridad... Además se despertaba cada vez con mayor fuerza en él el gusto por edificar, y creía ser superior a la masa, si no se dejaba ver todos los días.”

Concurrieron, como es obvio, múltiples razones que motivaron la definitiva formación de la corte en Versalles; pero todas ellas se relacionaban estrechamente; giraban en torno de la conservación y el perfeccionamiento del poder y del prestigio.

De hecho, la estructura de Versalles respondía perfectamente a estas tendencias entrelazadas de Luis XIV. En Versalles y en el marco de la etiqueta, todos los hombres de rango se encontraban inmediatamente en su campo de observación⁵⁹:

“El rey no sólo se preocupó de que la alta nobleza se encontrase en su corte, sino que exigía lo mismo de la pequeña aristocracia.

⁵⁷ Lavissee, *Luis XIV*, p. 128.

⁵⁸ St. Simon, *Memorias*, trad. de Lotheisen (Collection Spemann), t. II, p. 82.

⁵⁹ St. Simon, *Memorias*, trad. de Lotheisen, t. II, p. 85.

Al levantarse y al acostarse, durante las comidas, en sus jardines de Versalles, veía siempre a los que le rodeaban y se fijaba en cada quien. Tomaba a mal que los nobles no residiesen constantemente en su corte, a los demás que sólo se presentaran rara vez, y todo su disfavor recaía sobre aquellos que no aparecían nunca o casi nunca. Cuando alguno de éstos deseaba algo, el rey replicaba con orgullo: 'No lo conozco', y su juicio era inapelable. Es cierto que no tomaba a mal que alguien gustase de residir en el campo, pero, con todo, éste debía ser moderado y, si la estancia era larga, tomar antes sus medidas de precaución. Con ocasión de un viaje que hice, siendo joven, por causa de un proceso, a Rouen, el rey ordenó a su ministro que me escribiese para conocer el motivo del mismo."

Es comprensible que Luis XIV vigilara de manera especial a los hombres que por su rango estaban más cerca de él. Aquí se pone de manifiesto aquella peculiaridad estructural de los Estados dinásticos que, superando todas las cualidades personales, oponen con frecuencia a los parientes pretendientes de la Corona y al mismo inmediato sucesor del trono con el príncipe reinante. Luis XIV vio con gran disgusto que su hijo mayor mantuviera, apartado de él, una corte en Meudon, que éste, como se decía, "dividiera la corte". Cuando este sucesor del trono murió, el rey ordenó que con toda celeridad se vendiesen los muebles del castillo, temiendo que aquel de sus nietos en quien recayese Meudon pudiese hacer uso de este castillo y así dividir otra vez la corte⁶⁰.

Tal inquietud, como dice St. Simon, no tenía ningún fundamento, pues ninguno de los nietos del rey hubiese osado desagradar a éste. Pero cuando se trataba de mantener su prestigio y asegurar su poder personal, el rey no distinguía en el rigor de su conducta a sus parientes del resto de los nobles.

Hay ejemplos muy terribles con los que puede entenderse por completo precisamente este entrelazamiento íntimo de aversión y atracción, de vinculación y distanciamiento entre el rey y la nobleza.

El rey se dirigió, como era su costumbre, desde su castillo de Marly a Versalles. Todo el estado cortesano, en particular por supuesto sus familiares, debían acompañarlo. Pero la duquesa de Berry, mujer de su nieto, había quedado, desde hacía tres meses, embarazada. No se sentía bien y tenía bastante fiebre. Fagon, médico del rey y de la familia real, consideraba que el viaje desde Marly

⁶⁰ St. Simon, *Mémoires*, t. XVII, cap. 107, p. 24.

sería muy intolerable y difícil para la joven esposa. Pero ni ella ni su padre, el duque de Orleans, se atrevían a hablar con el rey sobre el particular. Su esposo habló con mucho temor al rey, pero éste se lo tomó a mal. Se intentó conseguir algo del rey a través de la señora de Maintenon y, aunque también ella lo encontraba demasiado audaz, apoyándose en el médico, habló finalmente con el rey acerca de este asunto. Pero no alcanzó el menor éxito. Ni ella ni el médico se dejaron atemorizar y la disputa duró tres o cuatro días. Al final, el rey estaba simplemente enfadado del todo y capituló por cuanto asintió en que el viaje se hiciera por barco, en lugar de hacerlo en la carroza real de la enferma duquesa. Para ello era necesario que la duquesa y el duque partieran de Marly un día antes, pasaran la noche en el Palais Royal, se tomaran un día de descanso y al siguiente, continuaran. Es cierto que el duque obtuvo el permiso de acompañar a su esposa, pero el rey le prohibió abandonar el Palais Royal e ir a alguna parte, ni siquiera a la ópera, aunque se podía pasar directamente del Palais Royal al palco del duque de Orleans.

"Yo hubiera omitido —dice St. Simon⁶¹— la bagatela incidental acontecida en este viaje, si no sirviera para caracterizar al rey de una manera cada vez más precisa."

Si el rey se comportaba de esta manera aun en asuntos que tocaban al menos directamente más su prestigio y su autoridad en los círculos íntimos, que su poder mismo, no era, por supuesto, menos implacable cuando se trataba de cuestiones que atañían directamente a la dirección de su poder. No toleraba en ningún caso que alguno de sus familiares ocupara un cargo que le diera influencia. Nunca olvidó la importancia que, por ejemplo, tuvieron, bajo su padre, los cargos de gobernador como puntos de apoyo para la oposición al poder real. Y guardaba en su memoria los problemas que su tío, Gaston de Orleans, apoyado en estos puestos de gobernador, procuró al rey. Así, cuando su propio hermano le pidió un gobierno y una plaza fuerte —*place de sûreté*—, replicó: "La mejor plaza fuerte para un hijo de Francia es el corazón del rey." Y esta respuesta no es menos típica de su manera de hablar que de su conducta en general.

⁶¹ St. Simon, *Mémoires*, t. XVIII, cap. 308, p. 57.

26. La nobleza está domesticada. Pero, ¿cómo lleva esta domesticación que es asimismo una humillación? ¿Cómo expresa ahora, después de que ha perdido toda posibilidad de una resistencia abierta, su oposición interior? La vinculación de la nobleza con el rey, su dependencia de él se expresa directamente en la vida exterior de la corte. ¿La nobleza se ha quebrado también internamente y se ha hecho sumisa? ¿O la ambivalencia de su relación con el rey irrumpe, a veces aun bajo Luis XIV, a través de la apariencia exterior pacificada?

Hay diversas posibilidades para los nobles retenidos en la corte de dominar, dentro del campo de acción que les otorga esta institución, la situación de conflicto que trae consigo su posición ambivalente frente al rey, y, por consiguiente, de conformar su vida y a sí mismos.

Podían compensar las fatigas y la humillación que debían soportar en el servicio del rey, con la consciencia de su influjo en la corte, y las oportunidades de dinero y prestigio que se les ofrecían en consecuencia, de tal modo que aun para su propia consciencia, la tendencia adversa al rey y el deseo de liberarse de su opresión quedaban ampliamente relegadas; aparecían, por supuesto indirectamente, en su relación con los demás. Tal conducta constituía uno de los polos de la escala de posibilidades, sobre la que se movía la nobleza cortesana. La encontramos representada en grado bastante elevado por el duque de La Rochefoucauld, hijo del autor de las *Máximas*, gran maestro del guardarropa del rey.

Por otra parte, un hombre de la nobleza cortesana podía dar una explícita prioridad a los aspectos negativos de la relación ambivalente. En este caso podía permitirse personalmente —y quizá en círculos familiares— criticar acerbamente la manera en que el rey ejercía su poder y forjar planes furtivos para el tiempo posterior a la muerte del rey, mediante los cuales la aristocracia, sobre todo la alta, podría volver a adquirir sus derechos frente al rey y sus ministros burgueses. Durante la vida de Luis XIV, un noble en este caso sólo tenía en absoluto una forma realista de actividad para expresar esta conducta, aparte el alejamiento de la corte que significaba la renuncia a todo prestigio: vincularse con el posible heredero del trono e intentar ganarlo para estas ideas. La oposición abierta no tenía en absoluto ninguna perspectiva de éxito. El duque de St. Simon es un representante de esta posibilidad. El mis-

mo describe su antitipo, un representante de la nobleza sometida, el duque de La Rochefoucauld, del siguiente modo⁶²:

“Si M. de La Rochefoucauld passa sa vie dans la faveur la plus déclarée il faut dire aussi qu'elle lui coûta cher, s'il avait quelques sentiments de liberté. Jamais valet ne le fut de personne avec tant d'assiduité et de bassesse, il faut lâcher le mot, avec tant d'esclavage. Il n'est pas aisé de comprendre qu'il s'en pût trouver un second à soutenir plus de quarante ans d'une semblable vie. Le lever et le coucher, les deux autres changements d'habits tous les jours, les chasses et les promenades du roi tous les jours aussi, il n'en manquait jamais, quelquefois dix ans de suite sans découcher d'où était le roi, et sur le pied de demander congé, non pas pour découcher, car en plus de quarante ans il n'a jamais couché vingt fois à Paris, mais pour aller dîner hors de la cour et ne pas être à la promenade; il ne fut jamais malade, et sur la fin rarement et courtement de la goutte”*

Al rastrear la ejecutoria de este hombre, se encuentra lo siguiente: su padre se había significado en las luchas de la Fronda; posteriormente, nunca fue a la corte, pues el rey nunca le perdonó su rebelión.

El hijo apareció en la corte como un hombre sin ninguna oportunidad. “Nadie le temía”, dice St. Simon. No tenía ni cargos ni dignidades. Apenas podía esperar una considerable herencia; la hacienda familiar se había despilfarrado inútilmente en la revuelta. Además, su exterior era desagradable y bastante ordinario. De alguna manera tuvo suerte en conquistar el favor del rey, y empezó su ascenso en la jerarquía cortesana. Obtuvo los cargos de *Grand-veneur* y *Grande-maître de la Garde-robe*. Cultivaba relaciones de amistad con Mme. de Montespan, la amante del rey. Después de que ésta hubo abandonado la corte, se quedó sin ningún apoyo, ex-

⁶² St. Simon, *Mémoires*, t. XIII, cap. 229, p. 71.

* “Si M. de La Rochefoucauld disfrutó en su vida del favor más declarado, también hay que decir que, caso de albergar algún sentimiento de libertad, eso le costó caro. Jamás hubo sirviente de nadie de forma tan constante y vil, y, es preciso decirlo, tan esclavo. No resulta fácil entender que hubiera podido encontrarse otra persona que soportase por más de cuarenta años una vida semejante. Levantarse y acostarse, los demás cambios de normas de todos los días, las cacerías y paseos con el rey, todos los días asimismo, a los que jamás faltó, a veces diez años seguidos sin pasar la noche en otra parte de donde el rey lo hiciera, y obligado a solicitar licencia, no para dormir en otro lugar, porque en más de cuarenta años no lo hizo veinte veces en París, sino para salir a comer fuera de la corte o no asistir a los paseos; nunca estuvo enfermo, y únicamente al final de su vida, de forma leve y por poco tiempo, padeció de gota.”

cepto el del rey. Precisamente esto era lo que necesitaba el rey. La imbricación de las dependencias es patente. La Rochefoucauld, por haber gozado del favor de Mme. de Montespan, cayó desde un principio en el disfavor de su sucesora, Mme. de Maintenon. Con los ministros simpatizaba poco. El resto de la sociedad de la corte lo trataba poco, si se prescinde del antiguo círculo de Mme. de Montespan. Pero el rey le pagaba tres veces sus deudas y, en general, le otorgaba mucho —no todo— lo que pedía, y La Rochefoucauld pedía mucho. Podía hablar libremente con el rey, sin consideración a otros; el rey lo estimaba y los demás lo temían por ello. No sólo su decisión y opción de entregar completamente su vida al servicio del rey estaba en manos de éste, sino toda su existencia social. Como duque empobrecido de La Rochefoucauld e hijo de un rebelde, sin relaciones dentro de la sociedad cortesana, sin un aspecto agradable que le hubiese ayudado a salir adelante, era nada y de allí el rey lo elevó a las alturas.

Hay mucho de típico en esta curva de desarrollo. Los hijos de los rebeldes, perdidos si el rey no los acoge de nuevo graciosamente, se convierten en los cortesanos más devotos⁶³:

“Cette histoire de La Rochefoucauld ressemble à celle de Condé. M. le Prince est devenu courtisan, lui aussi; son fils ne bougera pas de chez le Roi; son petit-fils épousera une bâtarde du Roi. Les La Rochefoucauld et les Condé tombèrent de révolte en servitude”*.

Los pesos importantes en la situación de St. Simon están distribuidos exactamente del modo contrario. Su padre había sido elevado por Luis XIII a elevados cargos y dignidades. Era hombre de confianza del rey y, en todos los desórdenes, incluso después de la muerte del rey, se mantuvo en inconfundible fidelidad al lado de la monarquía, bien que las tentaciones en que lo ponía la nobleza contraria, en su intento de atraerlo a su lado, eran a veces bastante fuertes. Así pues, St. Simon, el escritor de las *Memorias*, llegó a la corte poseyendo un seguro prestigio y una considerable fortuna. Es verdad que también él dependía del rey, pues el disfavor del rey

—lo expresó a veces— significaba también para él la destrucción de su existencia social. Con todo, su existencia no dependía de la gracia del rey, del mismo modo que la de La Rochefoucauld. Heredaba más cargos y dignidades que éste. Lo apoyaba la obligación del rey a su respecto, esto es, respecto del hijo de un hombre que había servido a la familia real; y en este sentido, sus propios recursos eran relativamente mayores. Pronto dio pruebas de su independencia, cuando por haber sido postergado en su rango, abandonó su regimiento. A veces esperó que el rey le confiaría un puesto diplomático, pero en vano; y vivió en la corte sin ningún cargo cortesano, cumpliendo con su obligación como duque y par de Francia y con los requerimientos que el rey dirigía a todos los hombres de la alta nobleza.

Cuando, tras la muerte del primer y segundo delfines, todos debían considerar que el duque de Orleans sería el futuro regente, St. Simon era casi el único que durante largo tiempo se relacionaba con éste, aunque Luis XIV desaprobaba que se tratase al duque, pues se le culpaba de la muerte del nieto de Luis XIV y estaba, por tanto, completamente aislado. Si se puede dar fe a las propias palabras de St. Simon, él era el único que se acercaba al duque en las reuniones de la corte. St. Simon se paseaba con él en los jardines de Versalles hasta que el rey lo amenazó con retirarle su favor y exigió que abandonase la corte durante algún tiempo, si no quería ser expulsado de ella para siempre. St. Simon obedeció. Sólo en este marco era posible una conducta independiente.

Pero esta autosuficiencia se había manifestado ya antes en sus relaciones con el segundo delfín, nieto de Luis XIV. La descripción de estas relaciones y el mundo de ideas que se desplegaba en las conversaciones entre ambos, es de particular importancia, por cuanto nos permite echar una mirada en lo interior de aquella aristocracia que se oponía secretamente al rey.

Antes de que dos hombres de esta corte, que todavía no se conocían muy bien, pudiesen abrirse el uno al otro, era preciso que tomasen máximas precauciones⁶⁴:

“Me pareció conveniente —cuenta St. Simon— sondear un poco al delfín en los primeros días de su nuevo esplendor... No omití dejar caer una palabra sobre nuestra dignidad... Le dije que tenía mucha razón en no perder de vista ni el más mínimo de sus dere-

⁶³ Lavissee, *Luis XIV*, pp. 103 y s.

* “Esta historia de La Rochefoucauld recuerda a la de Condé. También el Príncipe llegó a ser cortesano; su hijo no se moverá del lado del Rey; su nieto casará con una hija bastarda del Rey. Los Rochefoucauld y los Condé, de sublevados, cayeron en la servidumbre.”

⁶⁴ St. Simon, *Mémoires*, t. XVIII, cap. 106, pp. 5 y ss.

chos legítimos, y aproveché el momento oportuno para afirmar que si él que era tan grande y tenía tan asegurado su rango, tenía razón en mantenerse vigilante, cuánta mayor razón tendríamos nosotros, a quienes tan frecuentemente se nos disputa y a veces se nos quita, sin que podamos casi atrevernos a quejarnos de ello...

"La conversación tocó finalmente el tema del rey. El delfín hablaba de él con extrema ternura y enorme gratitud; yo expresé en seguida los mismos sentimientos, sólo que la afección y el agradecimiento no debían convertirse en una admiración peligrosa. Insinué dos palabras sobre el hecho de que el rey no sabía muchas cosas y de que desgraciadamente se había colocado en una posición donde no podía saberlas, y a las que sin duda no sería, por su bondad, indiferente, si las supiese.

"Esta cuerda, ligeramente pulsada, produjo en seguida un sonido pleno. El príncipe admitió la verdad de lo que yo decía y arremetió sin tardanza contra los ministros. Se alargó sobre la autoridad sin límites que habían usurpado y adquirido sobre el rey, sobre la imposibilidad de hacer llegar algo al rey o alcanzar algo de él, sin que los ministros se interpusieran. No nombró a nadie, pero me dio a entender con toda claridad que esta forma de gobierno era completamente contraria a su gusto y sus principios.

"Luego volvió al tema del rey, se lamentó de la mala formación que éste había recibido y de las perversas manos en las que después había caído. Así, puesto que, bajo el pretexto de la política y la autoridad, todo el poder y el provecho eran sólo para los ministros, su corazón, por naturaleza bueno y justo, había sido incesantemente alejado del buen camino, sin que el mismo rey lo notase.

"Aproveché la ocasión para referirme a la arrogancia de los ministros respecto de los duques y aun frente a los de más alto rango. El se acaloró al hablar de que ellos rehusaban otorgarnos el título de *monseigneur*, mientras que ellos que no tenían más título que el de la Toga, lo solicitaban.

"Apenas puedo reproducir cuánto le ofendía esta desvergüenza y esta distinción tan sobremanera favorable a la burguesía frente a la más alta nobleza."

En las últimas palabras, emerge de nuevo el problema central. Bajo la cubierta del régimen absolutista, el conflicto entre nobleza y burguesía continuaba sin perder fuerza. A despecho de la amistad que unía a los nobles cortesanos —entre ellos el mismo St. Simon— con ministros concretos, a despecho de los matrimonios que las hijas de los ministros habían contraído con aristócratas cortesanos, este conflicto central del campo social global seguía

existiendo, superado y modificado, aun en el grupo central de la corte. St. Simon citó en alguna ocasión con visible satisfacción el "admirable" refrán del viejo mariscal de Villeroy⁶⁵: "Es mejor tener como enemigo un primer ministro que procede de la nobleza, que como amigo a un burgués"⁶⁶. Se pone asimismo de manifiesto en este diálogo la relación ambivalente de la nobleza con el rey. No es casual que se exprese simultáneamente la oposición de la nobleza cortesana al rey y a los burgueses que se han promovido socialmente. Son los dos frentes por los que la nobleza se ve amenazada. Y este hecho se ve más claramente, cuando se lee el razonamiento que St. Simon ha adjudicado al delfín en sus memorias publicadas después de la muerte de éste, las cuales expresan claramente al menos el modo de pensar de St. Simon y la situación y los planes de la nobleza cortesana que se oponía en secreto a Luis XIV⁶⁷:

"L'anéantissement de la noblesse lui était odieux —dice St. Simon del delfín— et son égalité entre elle insupportable. Cette dernière nouveauté qui ne cédait qu'aux dignités, et qui confondait le noble avec le gentilhomme, et ceux-ci avec les seigneurs, lui paraissait de la dernière injustice et ce défaut de gradation une cause prochaine de ruine et destructive d'un royaume tout militaire. Il se souvenait que le monarque n'avait dû son salut dans les plus grands périls sous Philippe de Valois, sous Charles V, sous Charles VII, sous Louis XII, sous François I, sous ses petits-fils, sous Henri IV, qu'à cette noblesse, qui se connaissait et se tenait dans les bornes de ses différences réciproques, qui avait la volonté et le moyen de marcher au secours de l'état, par bandes et par provinces, sans embarras et sans confusion, parce que aucun n'était sorti de son état, et ne faisait difficulté d'obéir à plus grand que soi. Il voyait au contraire ce secours éteint par les contraires; pas un qui n'en soit venu à prétendre l'égalité à tout autre, par conséquent plus rien d'organisé, plus de commandement et plus d'obéissance.

"Quant aux moyens, il était touché, jusqu'au plus profond du coeur, de la ruine de la noblesse, des voies prises et toujours continuées pour l'y réduire et l'y tenir, de l'abâtardissement que la misère et le mélange du sang par les continuelles mésalliances néces-

⁶⁵ St. Simon, *Mémoires*, t. XVII, cap. 299, p. 89.

⁶⁶ El concepto de "burgués" adquirió —como es patente— su matiz despectivo no en la lucha entre burguesía y proletariado, sino en el combate entre burguesía y nobleza. De la sociedad cortesana pasó paulatinamente a los teóricos del proletariado.

⁶⁷ St. Simon, *Mémoires*, libro XVIII, cap. 322, pp. 222 y ss.

saires pour avoir du pain, avaient établi dans les courages et pour valeur, et pour vertu, et pour sentiments. Il était indigné de voir cette noblesse française si célèbre, si illustre, devenue un peuple presque de la même sorte que le peuple même, et seulement distingué de lui en ce que le peuple à la liberté de tout travail, de tout négoce, des armes même, au lieu que la noblesse est devenue un autre peuple qui n'a d'autre choix qu'une mortelle et ruineuse oisiveté, qui par son inutilité à tout la rend à charge et méprisée, ou d'aller à la guerre se faire tuer, à travers les insultes des commis des secrétaires d'état, et des secrétaires des intendants, sans que les plus grands de toute cette noblesse par leur naissance, et par leur dignité qui, sans les sortir de cet ordre, les met au-dessus d'elle, puissent éviter ce même sort d'inutilité, ni les dégoûts des maîtres de la plume lorsqu'ils servent dans les armées...

"Ce prince ne pouvait s'accoutumer qu'on ne pût parvenir à gouverner l'état en tout ou en partie, si on n'avait été maître des requêtes, et que ce fût entre les mains de la jeunesse de cette magistrature que toutes les provinces fussent remises pour les gouverner en tout genre, et seuls, chacun la sienne à sa pleine et entière discrétion, avec un pouvoir infiniment plus grand, et une autorité plus libre et plus entière, sans nulle comparaison que les gouverneurs de ces provinces n'en avaient jamais eue"*.

* "La aniquilación de la nobleza le resultaba odiosa —dice St. Simon refiriéndose al delfín— y la uniformidad entre ella, insostenible. Esta última moda, que sólo le hacía ceder ante los dignatarios, y por la que se confundía al noble con el gentilhomme y a éstos con los señores, le parecía la última injusticia, y esa falta de sentido jerárquico, motivo próximo de ruina capaz de destruir un reino enteramente militar. Recordaba que el monarca, en los difíciles trances bajo Felipe de Valois, bajo Carlos V, bajo Carlos VII, bajo Luis XII, bajo Francisco I o sus nietos, bajo Enrique IV, únicamente debió su salvación a esta nobleza, que se conocía y se mantenía en los límites de sus recíprocas diferencias, que contaba con la voluntad y los medios para ir en socorro del Estado, agrupada y por provincias, sin dificultad ni confusiones, porque nadie iba más allá de su rango y no ponía dificultades para obedecer a quienes estaban por encima de ellos. Por el contrario, veía que esta ayuda se había extinguido a causa de los adversarios [de la nobleza]; no había uno solo de ellos que no pretendiese ser igual a todos los demás, por lo que ya nada se podía organizar al no haber ni autoridad ni obediencia.

"En cuanto a las causas [de tal situación], se sentía conmovido hasta lo más hondo de su corazón por la ruina de la nobleza, por las medidas que se habían tomado, y que se aplicaban con perseverancia, para reducirla y mantenerla en ese estado; por la decadencia que la miseria y la mezcla de sangres, debido a los continuos y desiguales matrimonios necesarios para asegurarse la subsistencia, había entronizado en los espíritus como sustitutivo del valor, la virtud y los sentimientos. Se indignaba al ver a esta nobleza francesa tan famosa, tan ilustre, convertida en una muchedumbre casi de igual calaña que el pueblo mismo, diferenciándose únicamente de éste en que el pueblo tiene libertad para todo trabajo, todo negocio, incluso para las armas, en tanto que la nobleza se ha convertido en otro pueblo que no tiene más elección que una mortal y ruinosa ociosidad, que por su inutilidad misma convierte en una carga despreciada, o bien ir a la guerra a hacer-

En esta crítica y en este programa de un círculo cortesano de oposición se hace visible una vez más, en resumen, todo el problema de que trata esta investigación.

Se ha mostrado la existencia dentro de la corte de un peculiar estado de tensiones principalmente entre los grupos y personas que el rey había promovido, y los que se distinguían por sí mismos en virtud de sus títulos nobiliarios heredados. Equilibrando estas tensiones, el rey dirigía su corte. Más aún, se ha puesto de relieve que, en el ámbito más amplio de poder, un equilibrio específico de tensiones formaba parte asimismo de las condiciones del poder real en su forma existente, el cual ofrecía a los representantes del rey la oportunidad de aquel desarrollo particular del poder, cuya realización fue el sistema de la monarquía absolutista. Estos y aquellos conflictos, el equilibrio de tensiones en la corte y en el ámbito global del poder, eran particularidades estructurales de un único grado de evolución de la sociedad estatal francesa en su conjunto, de la configuración global.

Apoyado en la creciente posición de poder de las capas burguesas, el rey se distanciaba cada vez más del resto de la aristocracia, y viceversa: el rey promovía asimismo el avance de las existencias burguesas; les abría oportunidades tanto económicas como de cargos y prestigio de la más diversa índole, al mismo tiempo que los mantenía en jaque. La burguesía y los reyes se elevaban mutuamente, en tanto que el resto de la nobleza se hundía. Pero cuando las formaciones burguesas —los miembros de los tribunales supremos o de la alta administración a los que St. Simon se refiere mediante los conceptos de *magistrature* y *plume*— avanzaban más de lo que quería el rey, éste les marcaba el alto de una manera inflexible, como a los aristócratas.

En efecto, los reyes podían tolerar la ruina de la nobleza sólo hasta cierto punto. Junto con la nobleza, ellos mismos hubieran

se matar entre los ultrajes de los escribientes de los secretarios de Estado, y de los secretarios de los intendentes, sin que los más grandes de la nobleza, que por su nacimiento y dignidad, sin alterar esta jerarquía, los situaban por encima de aquella [la nobleza misma], puedan impedir esta misma suerte de inutilidad, ni el asqueo de los maestros de la pluma, cuando sirven en los ejércitos...

"Este príncipe no llegaba a acostumbrarse a que no se pudiera llegar a gobernar el Estado, total o parcialmente, si no se había sido experto en formular peticiones, y que el gobierno de todas las provincias hubiese sido puesto en manos de estos jóvenes magistrados para que los gobernasen en su totalidad ellos solos, cada uno la suya, con un poder infinitamente mayor y la autoridad más libre y completa, sin comparación con ninguno de los gobernadores que estas provincias habían conocido en toda su historia."

perdido la posibilidad de mantener su existencia y su sentido; las capas burguesas dirigentes necesitaban al rey precisamente para progresar y luchar en contra de la aristocracia. Así la nobleza perdió ciertamente, paso a paso, muchas de sus hasta entonces funciones en este campo social, en beneficio de los grupos burgueses; perdió la función de la administración, de la judicatura y en parte, hasta las funciones militares, en favor de los miembros de las capas burguesas; aun la parte más importante de las funciones de un gobernador estaba en las manos de los burgueses.

27. Pero en tanto que la nobleza perdía, por un lado, muchas de sus funciones tradicionales, ganaba, por otro, una nueva función, o dicho con mayor exactitud: ocupaba el primer plano otra función suya, a saber, la que tenía *para* el rey.

Existe la costumbre de calificar a la nobleza del *ancien régime* de capa "infuncional". Ello se justifica si uno piensa en una circulación funcional, dentro de la cual cada capa o grupo del respectivo campo social satisface directa o indirectamente necesidades de cada uno de los grupos restantes, esto es, en un circuito de funciones como el que se encuentra algunas veces dentro de las naciones profesionales-burguesas. La nobleza del *ancien régime* no tenía ninguna función para la "nación".

Pero el circuito de funciones, el engranaje de las interdependencias del *ancien régime*, era, según su sistema de poder, distinto en muchos aspectos del propio de la "nación" profesional-burguesa. Es imposible creer que la nobleza francesa haya simplemente podido mantenerse sin tener una función social. No tenía de hecho función alguna para la "nación". Pero para la consciencia de los funcionarios más influyentes de esta sociedad —los reyes y sus representantes— apenas existía una "nación" o un "estado" como fin por sí mismos. Ya se ha expuesto que para Luis XIV todo este campo social culminaba en el rey, como su auténtica finalidad, y que, para su consciencia, todos los demás elementos del poder real constituían únicamente medios para el fin de glorificar al rey y mantenerlo. En este contexto y sentido puede entenderse la afirmación de que si bien es cierto que la nobleza no tenía quizá ninguna función para la "nación", la poseía sin duda para el rey. Era condición del poder real la existencia de una nobleza como contrapeso a las capas burguesas, y requería asimismo la existencia de unas fuertes capas burguesas como contrapeso a la aristocracia. Y

esta función para el poder real da en alto grado su carácter a la nobleza cortesana.

Es fácil de entender que con este cambio de una nobleza relativamente autónoma a una aristocracia cortesana, se modificaba y transformaba todo el sentido y la estructura de su jerarquía. Los pensamientos de St. Simón que acabamos de citar muestran el grado en que la nobleza, todavía en la época de Luis XIV, se debatía en contra del cambio y la ruptura de la jerarquía nobiliaria original o, en todo caso, tradicional, en favor de un nuevo orden obligado por el rey y conforme a sus necesidades; y cómo soñaba aún en esa época, en una restauración de la antigua situación autónoma de la aristocracia. La nobleza percibía su situación y no podía dejar de advertirla; estaba más o menos en manos del rey. Y como éste, en su ámbito más amplio de poder, cuidaba de que burguesía y nobleza guardasen el equilibrio entre sí; también dentro de la corte, su política se encaminaba a compensar la presión de la nobleza mantenida, a través de los burgueses y aunque no siempre mediante éstos, sí, por cierto, a través de advenedizos, que se habían promovido aun dentro de la nobleza y que le debían a él exclusivamente todo y nada al rango heredado.

Esta es precisamente la política contra la que St. Simon eleva su queja, y la situación donde se desarrollan de manera especial aquellos rasgos humanos que aquí han sido perfilados como caracteres de los cortesanos.

28. Se ha inquirido arriba sobre la constelación social a partir de la cual se genera incesantemente la corte, tal como aparece ante nosotros, como una institución que perdura a través de generaciones. Esta es la respuesta: la nobleza tenía necesidad del rey porque la vida en la corte de éste era la única que, aun en medio de este campo social, le daba acceso a las oportunidades económicas y de prestigio que hacían posible su vida como aristocracia.

Aparte las numerosas dependencias concretas que poco a poco han sido elaboradas a lo largo de este estudio; aparte, por ejemplo, aquella supeditación tradicional que se derivaba de la relación de señor feudal y vasallo; aparte la necesidad que tenía el rey de una sociabilidad en el círculo de esa sociedad a la que pertenecía y cuya cultura compartía; aparte finalmente su necesidad de distanciamiento respecto del pueblo mediante los servicios de aquel estamento que por su rango y prestigio era superior a todos los demás

—la nobleza—, el rey necesitaba a la nobleza sobre todo como imprescindible peso en el equilibrio de conflictos entre las capas que él dominaba.

Es falso considerar al rey *exclusivamente* como el opresor de la nobleza; es falso verlo *solamente* como el mantenedor de la nobleza. Era ambas cosas. Es falso destacar sólo la dependencia de la aristocracia respecto del rey. El rey estaba hasta cierto punto supeditado a la nobleza, como, por lo demás, todo autócrata depende también de los dominados y especialmente de los grupos principales de éstos. Pero, aunque el rey para mantener y guardar las grandes oportunidades de poder de su posición social dependía en un grado bastante alto de la existencia de la nobleza como estamento distanciado y segregado, la supeditación de cada uno de los nobles al rey era extraordinariamente mayor que la dependencia del rey de cada noble en concreto. Cuando un determinado noble desagradaba al rey, había siempre “un ejército de reserva” de nobles, del cual el rey podía a su gusto sacar a otro noble. Este equilibrio de interdependencias, esta distribución de los pesos de la dependencia dieron su carácter específico a aquella institución que llamamos “la corte”, si se prescinde por el momento de los ministros y otros funcionarios que procedían de la burguesía y de la nobleza burocrática y que, si bien pertenecían también a la corte, eran con frecuencia para la sociedad cortesano-aristocrática, en general figuras marginales bastante poderosas. En este equilibrio de tensiones se sujetaban recíprocamente como boxeadores en un *clinch*: nadie osaba cambiar de posición, porque temía que su contrincante pudiera perjudicarlo; y no existía por fuera ningún árbitro que hubiese podido deshacer el *clinch*. Todas estas dependencias mutuas eran ambivalentes y de tal manera ponderadas, que la rivalidad y dependencia recíprocas se equilibraban más o menos.

29. Se ha visto anteriormente que, en la época tardía de este régimen, hasta los que gozaban del máximo status —el rey y la reina, los miembros de la Casa real junto con las damas y señores de la corte— se convirtieron en prisioneros de su propio ceremonial y etiqueta, de tal modo que cumplían a prescripciones de éstos, aunque fueran una carga para ellos, precisamente porque cada uno de sus pasos e interpretaciones constituía un privilegio de determinadas personas o familias respecto de los demás, y porque todo cambio de un privilegio tradicional en favor de otro despertaba la mo-

lestia y en general, también la activa resistencia de otros grupos y familias privilegiados, que temían que, una vez afectado un privilegio concreto, se podría terminar por afectar otros y, en particular, los suyos. Lo que se ha podido observar aquí en el caso de la etiqueta y el ceremonial de los círculos cortesanos, tiene categoría de un símbolo de las relaciones de las elites privilegiados del *ancien régime* en general. Se trate de un privilegio monopolístico de ciertos cargos y otras fuentes de ingreso o de privilegios de rango y prestigio; todas estas prerrogativas escalonadas de diversas maneras, no sólo de la familia real y sus cortesanos, sino en un sentido más amplio, de la nobleza de espada y de la burocrática, o de los arrendatarios de tributos y financieros, que, en general, pese a numerosos entrecruzamientos, podían distinguirse como grupos particulares con privilegios diferenciados, constituían una especie de propiedad que cada grupo y familia intentaba custodiar con extrema vigilancia y defender contra todas las amenazas, entre otras, con bastante frecuencia del peligro que conllevaba el incremento de los privilegios de otros. Luis XIV poseía todavía suficiente poder para elevar y reducir dentro de ciertos límites las prerrogativas y, así, dirigir este mecanismo multipolar de tensiones según las necesidades de la posición regia. Luis XIV ya era, junto con la dinastía muy ramificada de la familia real, un prisionero de este mecanismo de las tensiones de interdependencia; no controlaba el rey este mecanismo que lo gobernaba a él mismo. Como un fantasmagórico *perpetuum mobile* forzaba a todos los que lo constituían, a defender, en una ininterrumpida lucha de competición, la base privilegiada de sus propias existencias y, en lo posible, marcar el paso. En esta parálisis, en este *clinch* social que obligaba a todo grupo a no moverse por el temor constante de un cambio del equilibrio de poder en su perjuicio, naufragaba todo intento de una en cierto modo radical reforma del sistema de poder desde dentro, hecha por hombres que procedían de las filas de las elites privilegiadas. Es cierto que no faltaron ensayos de reforma, y proyectos ideológicos reformistas de uno u otro tipo hubo en abundancia. Pero estas ideas rara vez se basaban en un análisis realista de esta configuración de privilegiados.

El reconocimiento de la necesidad de una reforma se hizo tanto más apremiante cuanto más fuerte fue la presión que los grupos no privilegiados ejercían en contra de las elites privilegiadas. Sólo que no ha de olvidarse para entender correctamente la situación que,

en una configuración como la del *ancien régime*, a pesar de la cercanía física, por ejemplo, con la propia servidumbre, era grande la distancia social entre los privilegiados grupos elitistas y aquello que estos mismos llamaban el "pueblo" —la masa de los no-privilegiados—. La gran mayoría de los privilegiados vivía todavía en un mundo relativamente cerrado en sí mismo —tanto más herméticamente cerrado, cuanto más elevado era su rango—. Para gran parte de estos hombres todavía era algo extraña la idea de que se podía desarrollar al propio país y elevar el nivel de vida del propio pueblo. Apenas respondía a sus valoraciones. La conservación de su propia existencia social privilegiada constituía todavía para ellos un valor en sí misma. Lo que sucedía ante ellos con el grueso de la población, estaba demasiado fuera de su plano de visión; a la mayoría de los privilegiados, no les interesaba. Así apenas podían imaginarse lo que se cernía sobre ellos. No se podía siquiera romper el hielo de las tensiones sociales congeladas entre las capas superiores que, así, finalmente rompió el torrente contenido bajo la cubierta de hielo.

Este congelamiento de las elites privilegiadas del *ancien régime* en un *clinch*, en un equilibrio de tensiones, que pese a todos los manifiestos abusos, nadie podía deshacer de una manera pacífica, fue sin lugar a dudas, una de las razones por las cuales un movimiento revolucionario arrasó, al final, violentamente el marco legal e institucional del antiguo sistema de poder, hasta que, tras muchas vicisitudes, se estableció un sistema de poder con una distribución distinta y otros equilibrios de tensiones. Ya se ha insinuado en lo dicho hasta aquí —aunque requeriría una larga exposición responder al problema— que la idea de una "burguesía" como capa ascendente revolucionaria y de la nobleza como capa vencida en la revolución, simplifica un tanto el hecho efectivo. A los privilegiados que la revolución hizo a un lado, pertenecían también capas burguesas o procedentes de la burguesía. Es bueno tal vez distinguir claramente la burguesía estamentaria que culminaba en la nobleza burocrática, de la burguesía profesional ascendente.

30. Una de las cuestiones centrales de la sociología, y quizá la central, es la manera y el porqué los hombres se vinculan recíprocamente y forman de este modo, unos con otros, configuraciones dinámicas específicas. Se puede buscar una respuesta a esta cuestión sólo si se determina las interdependencias de los hombres.

Para las investigaciones sistemáticas acerca de las interdependencias, hay todavía en el momento presente una gran carencia de modelos. Hacen falta no sólo modelos empíricos detallados, sino también una comprobación sistemática de los instrumentos habituales de pensamiento, de las categorías y conceptos tradicionales que conciernen a esta tarea. Falta todavía ampliamente reconocer que muchos de estos habituales instrumentos intelectuales se han desarrollado para explicar áreas de objetos totalmente determinadas —principalmente en la explicación del área que se denomina "naturaleza"— y que, por lo tanto, no son necesariamente adecuados para aclarar otras áreas objetuales —por ejemplo, para explicar el área llamada "sociedad" que distinguimos, con razón o sin ella, de la "naturaleza".

El hecho de que uno no esté siempre claramente consciente de tales tareas lleva con frecuencia a una peculiar confusión en la reflexión sobre problemas sociales. Toda una serie de categorías mentales y conceptos provenientes del desarrollo de las ciencias naturales y transvasados posteriormente de muchas maneras a través del uso popular, no son manifiestamente bastante apropiadas para explicar los problemas sociológicos. El concepto clásico de la causalidad unilinear es un buen ejemplo de ello. Así pues, los sociólogos se toman con frecuencia la libertad de inventar conceptos más o menos arbitrarios, sin comprobar siempre en monografías empíricas artesanales si son efectivamente adecuados —y en qué grado— como instrumentos para investigar científicamente los fenómenos sociales.

Es patente que aquí se ha hecho el intento de comprobar la adecuación de un andamiaje teórico básico, desarrollado en un trabajo sociológico minucioso, en el marco de un trabajo empírico. Con ello, se aleja una de las teorías nominalistas de la sociología, de muchos modos dominante, cuyos representantes, pese a todas las adhesiones, de labios para afuera, al estudio acerca de sociedades humanas finalmente reales y verdaderamente existentes, toman, sin embargo, como punto de partida a los individuos aislados, separados unos de otros, de tal suerte que todo lo que tienen que decir sobre las sociedades aparece, en última instancia, como peculiaridades abstraídas de individuos aislados, así como, con bastante frecuencia, sistemas independientes de los individuos concretos o esencialidades metafísicas.

En contraposición a tales tendencias nominalistas de la sociolo-

gía, con la investigación de las formas sociales como configuraciones de individuos interdependientes, empieza uno a andar por el camino de una sociología realista. En efecto, el hecho de que los hombres no aparezcan como individuos aislados, totalmente separados unos de otro, sino como individuos dependientes y supeditados unos a otros, que constituyen unos con otros configuraciones de los más diversos tipos, se puede observar y comprobar mediante estudios concretos. En la investigación concreta se puede además, como es patente, determinar la aparición y desarrollo de configuraciones específicas —en este caso, de una corte real y una sociedad cortesana—, con un grado bastante alto de certeza, aunque seguramente sólo como un paso en el camino. Se puede constatar las condiciones bajo las cuales esos hombres dependían y se supeditaban de este modo específico, y la manera como se transformaban también por su parte estas dependencias en relación con los cambios, en parte, endógenos, en parte, exógenos, de la configuración global.

Sólo se han puesto aquí a la luz algunos aspectos de los cambios de interdependencias que condujeron, los siglos XVI y XVII, en Francia, a la modificación del lábil equilibrio de tensiones entre el rey y el resto de la nobleza, en beneficio del primero, y a la suprema posición de poder del rey francés en el conjunto de su campo de dominio, así como cambios de equilibrio respecto de ciertas elites. Quedan así todavía oscuras o en segundo plano muchas imbricaciones en el amplio campo del desarrollo global de la sociedad francesa.

Pero aun como modelo limitado, la sociedad cortesana es bastante apta para comprobar en el curso del trabajo y, por consiguiente, aclarar también el significado de conceptos que a primera vista pueden parecer hoy todavía extraños, tales como "configuración", "interdependencia", "equilibrio de tensiones", "desarrollo de sociedad" o "desarrollo de configuración" y algunos otros.

31. Algunos sociólogos podrían preguntar si vale la pena profundizar de este modo en los detalles de la distribución del poder y de las dependencias de duques, príncipes y reyes, puesto que, sin lugar a dudas, posiciones sociales de este tipo han perdido valor hoy en día y hace mucho se han convertido en fenómenos marginales de las sociedades más desarrolladas. Tales preguntas, sin embargo, se basan en una intelección equivocada de las tareas sociológi-

cas. En última instancia, el deber de la sociología es hacer que los hombres de todas las asociaciones se entiendan mejor a sí mismos y a los demás. Al investigar la manera cómo hombres en un escalón distinto de la evolución social están vinculados unos con otros y son interdependientes, al intentar aclarar por qué razones el mecanismo de las dependencias humanas toma precisamente esta forma específica en esa fase, se contribuye no sólo a una mejor comprensión del desarrollo de la configuración que lleva a un peculiar entramado de interdependencia, sino que se descubre al mismo tiempo en hombres que están ligados entre sí en configuraciones que, al principio, aparecen como totalmente extrañas, y que, por lo tanto, como individuos, como seres aislados, parecen a primera vista raros e ininteligibles, aquellas posiciones clave que permiten ponerse en su situación de hombres que conviven de una manera totalmente distinta, de hombres de sociedades diversas y por consiguiente, también de un cuño diferente. Al descubrir las interdependencias en que están imbricados los hombres, se adquiere —en otras palabras— la posibilidad de restablecer aquella última identificación de hombre a hombre, sin que, en todo trato de los hombres entre sí, también en el de los investigadores con los estudiados, de los vivos con los muertos, siga vigente una nota de los tiempos más primitivos y salvajes del desarrollo humano (de la barbarie), en los cuales los hombres de otras sociedades eran considerados frecuentemente sólo como extranjeros singulares y a veces ni siquiera como hombres. Se alcanza la posibilidad de penetrar más allá de aquel plano de los fenómenos sociales, en el cual éstos aparecen simplemente como una cadena de diversas sociedades o "culturas"; más allá del plano que da lugar a la idea de que las investigaciones sociológicas acerca de diversas sociedades deben contener una posición básica relativista, para abordar aquel otro plano en el cual el ser-distinto de otras sociedades y de los hombres que las constituyen, pierde su sabor de singularidad y extrañeza. En tal plano, en lugar de aquello, los hombres de otras sociedades son, como nosotros mismos, reconocidos y entendidos como hombres. Para expresarlo de otro modo, en un método preponderantemente descriptivo de la investigación sociológica y también de la histórica, permanece uno en una perspectiva, desde la cual los hombres de cuyo conocimiento uno se ocupa, sólo pueden ser considerados como hombres en tercera persona, como "él" o "ellos". Sólo cuando el investigador sigue adelante hasta ser ca-

paz de percibir a los investigados como hombres semejantes a él, y penetra hasta el plano en el cual se le abre la propia experiencia, la perspectiva del yo-nosotros de los investigados puede acercarse más a una comprensión realista.

El análisis de interdependencias sirve para penetrar en este plano. La determinación de una parte del entramado de interdependencias de la posición regia, en la época de Luis XIV, muestra así, por un lado, al rey desde la "perspectiva del él"; pero al mismo tiempo, abre el acceso a una reconstrucción bastante precisa de su propia experiencia. Sin la determinación del mecanismo de interdependencia de cuyos individuos constituyentes él formaba parte, no es posible ponerse en su situación ni entender cuáles alternativas tenía efectivamente el rey en la conducción de su poder ni cómo las percibía dados su desarrollo y posición. Sólo cuando se tiene presente su propia conducta y especialmente sus decisiones en relación con estas alternativas y con su propio campo de experiencia y decisión dentro de su mecanismo de interdependencia, se puede elaborar una imagen suficiente de su persona. Sólo entonces se puede empezar a ver a Luis XIV como un hombre que intentó dominar sus problemas específicos, como tú y yo sólo cuando se entiende cómo enfrentó o evadió los problemas que se le planteaban, puede uno determinar su valor y, dado el caso, también su grandeza. En efecto, el valor de un hombre no se mide por lo que parece ser, cuando se le considera en sí mismo como un hombre aislado e independiente de sus relaciones; tal valor sólo puede determinarse cuando se ve al individuo como hombre entre hombres, llevando a cabo las tareas que le impone su convivencia con los demás. Así, aunque es comprensible, es, sin embargo, fundamentalmente falso decir eventualmente que Luis XIV fue ciertamente un hombre insignificante, pero un importante rey. Se intenta quizá expresar de esta manera que ciertamente supo estructurar las posibilidades de su carrera de rey, de un modo óptimo, pero que tal vez en otra carrera social, como filósofo, historiador, intelectual o incluso sin ninguna otra carrera, como hombre en sí mismo no hubiera salido tan airoso. Pero sobre un "hombre en sí mismo" no puede hacer ninguna afirmación comprobable. No se puede determinar el valor de un hombre mientras se prescinde de su carrera en interdependencia con otros, de su posición, de su función para otros.

Actualmente, se procede con bastante frecuencia de esta mane-

ra. Aun en el enjuiciamiento de hombres de otros períodos o sociedades, se tiende a partir de acusadas valoraciones de la propia época y sobre todo a escoger como significativos para tal enjuiciamiento, de la multitud de hechos, aquellos que demuestran su valor a la luz de este tipo de valoraciones propias. De esta manera se cierra uno, por tanto, el acceso a las relaciones propias de los hombres que uno se interesa por comprender. Se les disocia como individuos de las relaciones que efectivamente constituyen con los demás, y de un modo heterónomo se les introduce en unos contextos a los cuales no pertenecen y cuya imagen está determinada por las valoraciones contemporáneas del investigador.

Por el contrario, se puede empezar a entenderlos verdaderamente como hombres, cuando se deja su autonomía relativa a las relaciones y configuraciones que ellos mismos constituyeron, en su época, con otros hombres, y, como a un aspecto de las mismas, a sus valoraciones.

El análisis de configuraciones es simplemente un método que se enfoca a asegurar a los hombres por investigar una distancia y autonomía mayores frente a las valoraciones, con frecuencia bastante efímeras y transitorias, que proceden de los grandes partidismos en los que siempre están involucrados en su época, los investigadores mismos. Sólo el esfuerzo por una mayor autonomía de los investigados, como principal criterio axiológico que guíe ojos y mano de los estudiosos, da la oportunidad de controlar las insinuaciones de ideales heterónomos de los mismos en la investigación de los hombres. Cuando, en el esfuerzo investigador, en lugar de las valoraciones heterónomas, aparecen más valoraciones autónomas, se puede esperar llegar a un contacto más íntimo con las relaciones fácticas, con el verdadero mecanismo de interdependencia de los hombres por investigar, y desarrollar modelos de estas relaciones, que no estén expuestos a rápida invalidación por el cambio de los partidismos e ideales contemporáneos; modelos que otras generaciones puedan seguir elaborando y que, de esta manera, puedan asegurar a la investigación sobre los hombres una continuidad mayor a través de las generaciones.

La imagen de la sociedad cortesana que se manifiesta en esta investigación constituye, como se ha dicho, a pequeña escala, uno de tales modelos. Se ha visto que los hombres que formaban estas sociedades estaban, en varios aspectos, relacionados de otro modo —que constituían otras configuraciones— que los hombres de so-

ciudades industriales y que, en consecuencia, en muchos aspectos se desarrollaban y conducían de manera distinta a los hombres que forman sociedades industriales. Aquí resulta patente que este "ser-diferente" de los hombres de otras sociedades no es tratado en el análisis de configuración ni —relativistamente— como algo extraño y singular, ni —absolutistamente— reducido a una "humanidad general y eterna". Como se ha mostrado, la determinación de las interdependencias hace posible que los hombres de otras sociedades conserven plenamente su unicidad e irrepetibilidad, sin que por ello dejen de ser reconocidos como hombres en cuya situación y experiencia puede uno colocarse; como hombres semejantes a nosotros a quienes nos liga, al fin y al cabo, la identidad de hombres.

Esto es válido no sólo para el rey cuya posición social favorece con demasiada facilidad la idea de una individualidad plenamente independiente y a nadie supeditada, sino también para los nobles, si uno se toma el trabajo de dejarlos aparecer, entre la totalidad de los nobles concretos, como personas individualmente perfiladas. Es válido para el duque de Montmorency: la manera en que se hundió, descrita aquí como un ejemplo, ilumina de golpe ciertos rasgos de su persona, así como el desplazamiento de los ejes alrededor de los cuales oscilaban los movimientos sociales pendulares de las violentas luchas por el poder entre representantes de la nobleza y representantes del rey, que fue favorable a estos últimos. Asimismo se puede entender mejor la persona del duque de St. Simon o del duque de La Rochefoucauld, si uno advierte que éstos tendían a polos opuestos, dentro del campo de acción de que disponía, bajo Luis XIV, la alta aristocracia cortesana. La idea según la cual los estudios sociológicos aplanan y achatan la imagen de los hombres concretos como individuos, tiene cierta justificación, en tanto uno utiliza teorías y métodos sociológicos en la investigación para tratar los fenómenos sociales no como figuraciones de individuos, sino como fenómenos que existen fuera y más allá del individuo. La comprensión de la individualidad del hombre concreto se hace más aguda y profunda, cuando se le percibe como hombre en las configuraciones que forma con otros.